

Armando Ortiz Ramírez

De la hélice al jet



Carlos Castro Sauritain

Armando Ortiz Ramírez

De la hélice al jet

Carlos Castro Sauritain

El autor de este libro cuenta, en la introducción, que no era muy partidario de escribir la biografía del General Armando Ortiz Ramírez, entre otras razones, porque: "...apenas estuvo dos años y medio como Comandante en Jefe, así es que puede ser poco significativo". Pero termina el libro con estas palabras: "Tal vez no importa cómo queremos verlo; lo vemos como un hombre integral, modelo de esos chilenos que saben construir la Patria".

Entre estos dos juicios se desarrolla esta obra, describiendo la vida de un hombre singular, puesto que alcanzó el más alto mando de la Fuerza Aérea de Chile en circunstancias infrecuentes y, pese al corto lapso en el que ejerció esas funciones, desarrolló una labor extraordinariamente prolífica que permitió a su Institución dar pasos largos y acelerados en el progreso y arrastrar con ellos a sectores importantes de la vida nacional.

La Fundación Arturo Merino Benítez, con mucha satisfacción, presenta este séptimo título de su colección destinada a dar a conocer personajes y hechos importantes de la vida aeronáutica nacional, mientras está ya en preparación un octavo volumen.

Armando Ortiz Ramírez
De la hélice al jet

N. SERGIO BRAVO FLORES
AV. P. HURTADO N° 1752
DPTO. C-21 - VITACURA
C.P. 66814-94
SANTIAGO - CHILE

Armando Ortiz Ramírez

De la hélice al jet

Carlos Castro Sauritain

Es propiedad de la FUNDACIÓN ARTURO MERINO BENÍTEZ

© Registro Propiedad Intelectual N° 129.627

ISBN: 956-7977-05-4

Fotografías: Archivo familiar - Museo Aeronáutico y del Espacio

Edición y producción editorial:

RIL® editores

El Vergel 2882, Of. 11

Providencia, Santiago

Teléfonos: 2238100 / 2254269

ril@rileditores.com / www.rileditores.com

Índice

Introducción	9
CAPÍTULO I	
Terremoto junto al mar	13
CAPÍTULO II	
El mandato de la sangre	33
CAPÍTULO III	
Consolidando las alas	55
CAPÍTULO IV	
Dos presidentes políticos	79
CAPÍTULO V	
Agregado Aéreo	97
CAPÍTULO VI	
De Comandante a Comandante en Jefe	119
CAPÍTULO VII	
Panorama durante el Gobierno de Ibáñez	151
CAPÍTULO VIII	
Institución y familia	173
CAPÍTULO IX	
La vida continúa	195

Introducción

Hace unos ocho años, un grupo de aviadores nos pusimos a soñar –lo que no es difícil en esta profesión– acerca de un libro que pudiera referirse al acontecer aeronáutico nacional, sin perder de vista el entorno mundial y con centro de gravedad en la Fuerza Aérea de Chile.

No se trataba de escribir la Historia de la Institución, que para eso ya había habido tres obras en distintas y distantes etapas de la vida aérea chilena. Además debía ser la **propia Fuerza Aérea quien hiciera una autobiografía**. No nos equivocamos en esto último, pues un grupo de distinguidos aviadores, con la cultura e inteligencia requerida –que es mucha– se abocaron a la tarea bajo el alero azul, y ya han entregado al conocimiento público dos tomos de la más alta calidad.

La misión que nosotros proponíamos era la de resaltar por escrito las vidas de aviadores destacados o hechos trascendentes del quehacer aeronáutico.

Como resulta frecuente en este país, al que propone una idea se le suele responder: “conforme, hazlo”. No hubo tiempo para los arrepentimientos, pues en seguida, el **Comandante en Jefe de la época, General Ramón Vega Hidalgo**, dijo: “conforme, hazlo tú”.

 Nos juntamos cuatro amigos con el vínculo común de ser Miembros de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y se escribió “Chile, de la tierra al espacio”, que nació bajo el patrocinio de la Fundación Arturo Merino Benítez. Cuando apareció ese libro, el Gerente General de la Fundación, mi excelente amigo, el General Nelson Maturana Terán, dijo: “esto está muy bien, pero hay que escribir la biografía del creador de la Fuerza Aérea de Chile, cuyo nombre llevamos”. Así se originó “El Comodoro Merino Benítez, hombre del destino”. Después de esto, hubo un común percatarse de que se había dado origen a una colección de la que este libro es el séptimo título y ya hay más en producción.

Seleccionar los temas o los personajes sobre los cuales se escribirá un libro es una tarea que el **Gerente General conversa con las más altas autoridades institucionales**, y de esas reuniones nace la orden, por lo que la responsabilidad

acerca de lo atractivo o no del tema es de esas personas, y quien escribe estas líneas tiene solamente la misión de hacer eso: escribir. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de dar alguna opinión. En el caso de este libro, **la opinión fue francamente negativa**, aduciendo diversos razonamientos tales como: el personaje está vivo y es de dudoso gusto referirse a alguien en esas condiciones; o, apenas estuvo dos años y medio como Comandante en Jefe, así es que puede ser poco significativo; o, tengo la impresión de que él **estuvo metido en algunos problemas políticos**; o...

✓ Afortunadamente, no se aceptaron mis objeciones y el encargo fue investigar y escribir la biografía de: Armando Ortiz Ramírez, visionario y pragmático.

A medida que la investigación fue progresando y las conversaciones con este viejo general se iban multiplicando, crecía mi entusiasmo, no tanto por escribir otra biografía, como por conocer a un individuo de excepción. Un hombre integral, cuya palabra siempre valió más que un documento notarial; un caballero sin cursilerías empalagosas, mas con una gentileza casi de capa y espada; un soldado que hizo del amor a la patria su mayor anhelo; un aviador que dio todo por la Fuerza Aérea y le proporcionó un impulso enorme, en un momento oportuno; un tipo simpático y buen amigo sin caer en lo farsesco; una persona de convicciones sólidas, donde el pensar, decir y hacer están fundidos de manera inquebrantable. En suma, un regalo para quien tenga la oportunidad de conocerlo y tratarlo.

Ahora bien, escribir sobre su vida no fue fácil, por la parquedad con que entrega los diversos detalles de su vida, sobre todo, en el período adulto. Es tremendamente cauteloso en cualquier comentario **atingente a su vida privada**, como a la de sus seres queridos, y por esa razón se suele perder el hilo de reflexiones que terminan con un: tal vez, o en una... con las que quiere esquivar la curiosidad del investigador. En cambio, su familia fue generosa en informaciones que naturalmente fueron influenciadas por los sentimientos que dominaban a cada uno respecto de Armando Ortiz. No obstante, todos se rinden al reconocimiento de su cálida personalidad. **Sus hijos, Sara y Rodolfo, no sólo** contestaron a mis preguntas, sino también me facilitaron fotografías que sin duda son valiosas para ellos. Su cordialidad comprometió mi gratitud. Algo similar sucedió en mis entrevistas con uno de sus sobrinos, **el General Adrián Ortiz Gutmann**, quien me prodigó con su velocidad de centauro, las respuestas a diversas interrogantes y me permitió el uso de fotografías de su archivo personal.

Me siento en el grato deber de agradecer a **Mauricio Somarriva Barrales**, ex Venerable Maestro de la Honorable Logia “Verdad” N° 10, quien con gran pacien-

cia y amplio conocimiento me orientó en la actividad de Armando Ortiz y en las complejas relaciones que conforman la vida masónica. Su afecto por el querido amigo quedó patente en cada una de nuestras charlas.

Tal como lo he hecho en otros libros, quiero agradecer la valiosa colaboración del Museo Nacional Aeronáutico y del Espacio, sin la cual me habría sido doblemente difícil la tarea emprendida. Un recuerdo lleno de afecto y gratitud para mis amigos Cristina Yáñez y Flavio Navarrete que no escatimaron esfuerzos por ayudarme.

Mi amiga y gran colaboradora, Marina Martínez, ha tenido en este libro, como en otros, una participación eficaz con oportunos consejos y con una tremenda habilidad para descubrir lo que decían mis manuscritos. Muchas gracias.

Es de toda justicia reconocer la labor de otro amigo, Ariel Soria Fernández, secretario del General Ortiz, cuya orientación planteada siempre con gran delicadeza me ayudó a encontrar los senderos adecuados por donde debía transitar la investigación. Estoy en deuda con él.

Mis conversaciones con el Coronel Enrique Varela Aguirre, quien fuera Ayudante en 1952 del entonces Comandante en Jefe; como con el General de Aviación Horacio Rojas Donoso, que fuera Edecán Aéreo del Presidente Ibáñez, contribuyeron de manera sólida para conocer un período complejo. Con su amabilidad comprometieron mi gratitud.

Este libro no habría sido posible sin la voluntad de la Fuerza Aérea de Chile, que convencida de la conveniencia de conocer el pasado ha estimado oportuno el desarrollo de este trabajo, y propuesto otro tema para el futuro inmediato.

Las condiciones necesarias para desarrollar esta verdadera actividad editorial durante varios años, han sido creadas por el inagotable dinamismo del Gerente General de la Fundación, el General Nelson Maturana Terán, a quien debo agradecer su comprensión, al igual que a todo el personal que labora bajo sus órdenes directas, por la permanente colaboración que me prestaron.

La actividad de quien escribe libros de este tipo u otros, se desarrolla normalmente en el hogar que ve alteradas muchas rutinas domésticas; sin embargo, mi esposa Anny ha querido tolerarme y perdonar atrasos, olvidos y eventuales gestos de mal humor. Agradecerle no es la expresión suficiente para manifestar mis sentimientos de amor.

Todas las explicaciones de motivos y razones dadas para escribir este libro, habrán tenido algún sentido, si lo que el lector encuentre en estas páginas le ayuda a

conocer mejor a este hombre: Armando Ortiz Ramírez y sus circunstancias, como habría dicho el pensador español.

El autor

Santiago, octubre de 2002

Terremoto junto al mar

Hay países de contornos definidos, sea por su condición insular, sea porque las guerras y el tiempo consolidaron sus fronteras. Chile es un país encerrado entre desiertos salinos por el norte, hielos eternos por el polo sur, una gigantesca cordillera y un océano —el más grande del planeta— que le aporta miles de islas y lo conecta con el mundo.

Hay países planos, lisos como una mesa; otros son quebrados por montañas y hondonadas; algunos son verdes por sus selvas milenarias y aquellos son café por las arenas que los cubren. Chile es tierra de blancos picachos flanqueados por gargantas donde corren ríos torrentosos, es verde y es café, es azul por sus mares y celeste por su cielo.

Chile es diferente.

Está situado en el último rincón del mundo conocido desde la era de Colón; está ubicado en un lugar de privilegio en el presente y futuro de la humanidad.

Mientras el hombre transitó solamente por la tierra y el mar, su costa era un acceso natural para los navegantes que quisieran venir hasta esta tierra extraña. Los marinos desembarcaban en los escasos puertos naturales, que además eran de una calidad harto discutible. Sin embargo, llegaron y la costa chilena no podía estar ausente en los derroteros de todos los buques. Hasta el tiempo presente se puede escuchar una canción en labios de marineros bretones que dice:

“Nous irons un jour
a Valparaisó”

Un día iremos a Valparaíso, el mismo puerto que fue visitado en 1536, cinco años antes de la fundación de Santiago, por Juan de Saavedra, según consta en escritos de la época. Con el correr del tiempo, la bahía que mira hacia el norte alojó a un caserío que se transformó en ciudad.

¿Por qué se llamó Valparaíso?

Al respecto hay varias teorías, pero la más aceptada es que un navegante portugués, deslumbrado por la belleza del abanico de cerros que bajan hasta el mar, la habría bautizado como Valle del Paraíso y luego por efectos del habla popular habría derivado a su actual nombre.

Cuando Juan de Saavedra, enviado por Diego de Almagro, llegó por tierra a la gran bahía encerrada entre Punta Duprat y Concón, en la comarca habitaba un pequeño grupo de changos que llamaban al área Aliamapu o Alin Mapo, que quería decir tierra quemada. El barco que Saavedra estaba recibiendo con abastecimientos se llamaba Santiaguillo.

Durante el período de la Colonia, poco a poco comenzó a desarrollarse un comercio en que figuraban como las principales exportaciones trigo, cueros, sebo, vino, frutas secas, oro de los lavaderos del Marga-Marga, cobre y una variedad de productos con destino a Perú y Panamá; en cambio recibía armas, herramientas y otras mercaderías que no producía el país.

Este activo intercambio obligó a la construcción de bodegas para almacenar las cargas que irían a Santiago o que se embarcarían hacia el norte.

Al acceder Chile a la independencia, comenzaron a llegar muchos extranjeros, particularmente ingleses, alemanes, franceses e italianos, quienes con su esfuerzo e imaginación fueron imprimiendo a las actividades portuarias y marítimas un fuerte impulso que lo convirtió rápidamente en el primer puerto del país. Ya antes, durante la etapa colonial, había sido llamado el puerto de Santiago, en atención a que las necesidades del comercio internacional imponían a Valparaíso como el único camino para conectarse con el exterior.

Otros puertos tenían una actividad reducida y las vías terrestres, aptas sólo en algunas épocas del año, no permitían el transporte masivo además de la escasa capacidad de carga de los vehículos de tracción animal.

En esas circunstancias, Valparaíso adquirió todas las características de una ciudad floreciente, cuya población aumentó y se diversificó rápidamente.

El acelerado desarrollo impuso características especiales a su aspecto urbano, pues el sector próximo a la costa –los porteños solíamos llamarlo “el plan”– era de reducida extensión y es así que la construcción fue ampliándose hacia los cerros, dándole un aspecto pintoresco que aún conserva e incluso ha embellecido.

Pero no todo era actividad naviera y movimiento comercial; también hubo una amplia cabida para la cultura. Si bien es cierto que la *Aurora de Chile* y otros

periódicos nacieron junto con la República, pronto se extinguieron, pero *El Mercurio de Valparaíso*, con más de ciento setenta años, es el medio informativo más longevo y de él se han derivado su homónimo de Santiago y otras publicaciones.

Entre las expresiones de la cultura relacionadas con el puerto, una muy significativa la constituye el “Diario de mi residencia en Chile durante 1822”, de la autora británica Mary Graham, quien el domingo 22 de abril de ese año llegó hasta su bahía en el buque Doris de la Armada inglesa.

De su lectura se pueden extraer párrafos que denotan lo antiguo de nombres que aún se conservan. Describe un sector poblado por gran variedad de deliciosos árboles frutales y particularmente por almendros, de donde se le llamó El Almen-dral. Narra que el 27 de mayo realizó un paseo a caballo a un lugar bastante abrupto que –según ella– se llamaría “Sorra o Sierra”; se refiere, sin duda, a la subida de Las Zorras por donde se empina el camino a Santiago.

En general, sus sabrosas descripciones hablan de una ciudad pintoresca en la que mayoritariamente, las casas eran construidas con adobes (1).

Una larga lista de nombres famosos en el mundo de la cultura puede agregarse a la escritora inglesa por haber dedicado obras a Valparaíso. Entre todos ellos podemos recordar a Domeyko, Gay, Rugendas, Somerscales, Alberdi, Eduardo de la Barra, Camilo Mori, Joaquín Edwards Bello y, por cierto, Pablo Neruda, que termina su Oda a Valparaíso, diciendo:

...
 recibiendo
 el rocío
 de los mares, el beso
 del ancho mar colérico
 que con toda su fuerza
 golpeándose en tu piedra
 no pudo
 derribarte,
 porque en tu pecho austral
 están tatuadas
 la lucha,
 la esperanza,
 la solidaridad
 y la alegría

como anclas
que resisten
las olas de la tierra.

Algunos de sus lugares más bellos son los cerros Bellavista, cuyo nombre lo dice todo, y el Cerro Alegre, que ha sido casi una colonia alemana. Otro lugar interesante es el cerro Del Barón, cuyo nombre se debe a que el Barón de Vallenary, más conocido por los chilenos como Ambrosio O'Higgins, mandó construir en lo alto un fuerte con una batería de cañones para defender al puerto.

Pero Valparaíso es eso y mucho más; es pasado, presente y futuro, aunque la apertura del Canal de Panamá haya atentado contra su vigor; aunque temporales, terremotos y el centralismo –que es parecido en sus efectos– lo golpeen; sin embargo, esa ciudad de las mil luciérnagas continúa luciendo con señorío.

Con toda razón, quien haya nacido y vivido allí guardará sus cerros con innumerables escaleras, paseos y miradores, su Plaza Victoria y su aire perfumado y refrescante, en lo más hondo del corazón.

En esa ciudad de tanta leyenda y encanto prestaba servicios en la administración pública, a comienzos del siglo XX, un hombre joven, retirado del Ejército con el grado de Capitán. Su nombre: Adrián Ortiz Lois, que había sido casado con doña Julia Arredondo de quien enviudó quedando con dos hijos: Marcos y Julio. Pero cuando se es joven la soledad no puede durar, por lo que contrajo nuevo matrimonio, esta vez con otra encantadora mujer: Delia Ramírez Cañas, que le dio ocho hijos: Delia, Marta, María, Adrián, Jorge, Cefira, Armando y Hernán.

Los vástagos del primer matrimonio serían militares como su padre, también como él, serían distinguidos oficiales de caballería y prestarían servicios en el Ejército por largos años.

Marcos, el mayor de todos, ejerció una influencia en sus hermanos y fue un ejemplo que siguieron varios de ellos. Contrajo matrimonio con Estela Molina Monckeberg y alcanzó el grado de Coronel antes de acogerse a retiro.

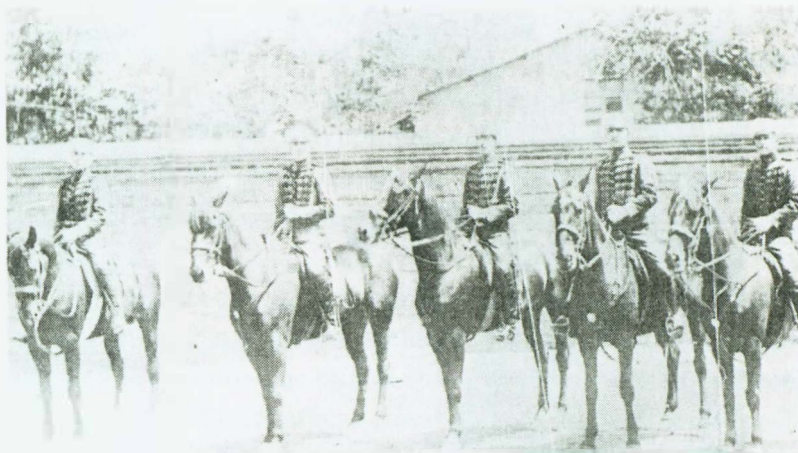
El segundo hijo del primer matrimonio de Adrián Ortiz Lois fue Julio, quien también ingresó a la Escuela Militar y fue oficial de caballería, donde llegó a Teniente Coronel antes de jubilar. Se casó con una dama encantadora que fue María Baquedano Aristegui, y de su unión nacieron Julio, Manuel y Jaime.

En el matrimonio con doña Delia Ramírez Cañas nacieron:



Doña Isabel de
Ramírez, abuela
del General
Armando Ortiz
Ramírez.
(Gentileza Museo
Aeronáutico).

DEL ALBUM DE LOS RECUERDOS



Año 1900 - Oficiales del Primer Escuadrón del Regimiento "Cazadores". Capitán Adrián Ortiz Lois (al centro), teniente Carlos Ibáñez del Campo y teniente Guillermo Aravena (4° y 5° de la derecha respectivamente).

La leyenda se explica por sí sola.



Oficialidad del Cazadores 1900. El quinto desde la izquierda, en primera fila, es el padre de Armando Ortiz Ramírez. El segundo desde la izquierda, en segunda fila, es Carlos Ibáñez del Campo.

Delia Ortiz Ramírez, que fue casada con su primo, de profesión ingeniero, Manuel Ramírez Ortiz y tuvieron ocho hijos: Manuel, Sabina, Ernesto, Geraldina, Adrián, Eugenio, Oscar y Elena.

Después nació Marta Ortiz Ramírez, casada con don Carlos Mechasky Coelho y tuvieron cuatro hijos: Carlos, Eliana, Marta y Adriana.

El siguiente hijo fue Adrián Ortiz Ramírez, quien al igual que su padre y sus hermanos sería oficial de caballería y que se le ve en fotografías de este libro. Adrián casó con una distinguida jovencita, hija de un oficial alemán en misión en Chile, Emilia Gutmann Marchant y tuvieron tres hijos: Adrián, quien siguiendo la tradición familiar fue oficial de caballería llegando al generalato y con quien el autor de este libro contrajo una deuda de gratitud por la gentileza, precisión y rapidez con que respondió a muchas preguntas y accedió a dilatadas conversaciones. Luego nació Marcos, que sería marino y se retiraría del servicio con el grado de Almirante. El tercer hijo es Iván Ortiz Gutmann, distinguido médico que ha entregado su vida al servicio de la Fuerza Aérea de Chile.

El cuarto hijo de Adrián Ortiz Lois y Delia Ramírez Cañas fue María, quien contrajo matrimonio con don Osvaldo Grez Rodríguez y formaron una familia compuesta por: María, Violeta, Olga, Osvaldo, Julia, Armando, Inés y Sonia.

Después vino al mundo Jorge, quien ingresó a la policía uniformada alcanzando el grado de Teniente Coronel de Carabineros antes de jubilar. Casó dos veces, la primera, con su prima María Ortiz Valenzuela y tuvieron un par de mellizas: María y Silvia. En el segundo matrimonio, con Selva Suárez López, nacieron dos niñas: María Cristina y Selva.

La hija siguiente fue Cefira Ortiz Ramírez, casada con el cirujano dentista Humberto Almazábal Pinto y tuvieron cinco hijos: Silvia, Humberto, Lucy, Mario y Adriana.

El próximo fue Armando: también ingresó a la Escuela Militar en 1922 y de su vida se ocupa este libro.

A continuación nació Hernán Ortiz Ramírez, que se dedicó al comercio y en parte importante de su vida se desempeñó como funcionario en el Ministerio de Obras Públicas. Contrajo matrimonio con doña Ana María Correa Caro y sus seis hijos fueron: Ana María, Cecilia, Carlos, Delia, Jaime y Ciro.

El menor de todos los hijos de Adrián Ortiz Lois y Delia Ramírez Cañas llevó por nombre Víctor durante su corta vida, que terminó penosamente en su más temprana juventud.

Al recorrer esta lista de once hijos, que a su vez engendraron más de cuarenta nietos uno puede ser llevado a ciertas reflexiones acerca de algunas amplias

familias que fueron parte significativa en la consolidación de la sociedad nacional durante las postrimerías del siglo XIX y primera mitad del siglo que recién terminó.

En esas familias no eran extraños los matrimonios de primos, como el caso de los Ortiz Ramírez, y tampoco, una cierta repetición de algunos nombres.

En el caso de la familia Ortiz Ramírez se aprecia también la influencia del ejemplo paterno, ya que cuatro de sus hijos serían oficiales de caballería, como él lo había sido, aun cuando uno evolucionaría con el paso de algunos años para ir a galopar en los cielos de Chile, unido a una pléyade de jinetes en corceles de roncotos motores.

En una fotografía de este libro se puede apreciar una hermosa imagen en la que cuatro oficiales de nuestro ejército posan para el futuro. ¿Qué pensarían en esos momentos? Sólo podemos formular suposiciones, pues no hubo registro de lo que tal vez programaron o soñaron para el porvenir.

Como militar y luego como funcionario en la administración civil, Adrián Ortiz Lois debió trasladarse con frecuencia por distintas ciudades, por lo que sus once hijos formaron una cadena semejante a la alargada geografía chilena. Unos en el norte, otros en el centro del país y uno en el sur, llegaron los retoños del matrimonio que estaba establecido en Valparaíso desde 1904.

El 17 de enero de 1906, doña Delia dio a luz su séptimo hijo, un varón al que bautizaron Armando y que según su familia sería sacerdote. En la idea sobre el futuro del niño jugaban dos concepciones diferentes de la vida y que tal vez sirvieron para enriquecer espiritualmente a la familia.

Don Adrián Ortiz Lois había sido bautizado, como correspondía en esos años a toda familia bien constituida, pero sin embargo, con el paso del tiempo se había alejado lentamente de las prácticas religiosas hasta convertirse, en la práctica, en un agnóstico.

En cambio su esposa, doña Delia, era una persona de gran religiosidad, lo que la conducía a tener una actitud paciente con todo lo que no tocara a sus valores morales o la felicidad de sus hijos.

Estas situaciones no son muy sorprendentes, por cuanto se dieron con relativa frecuencia durante el siglo XIX y primer cuarto del siglo XX entre familias de clases socioeconómicas media y alta.

Cualesquiera fuesen las motivaciones que guiaban al matrimonio Ortiz-Ramírez, el hecho es que constituían una familia, que a pesar de las estrecheces naturales, si tenemos en cuenta el elevado número de hijos y la condición de em-

pleado público de don Adrián, vivían con serena felicidad y educaban a los niños en buenos colegios.

En este ambiente es que nació Armando y fue bautizado en la iglesia del Espíritu Santo, frente a la plaza Victoria. Los años y los terremotos atentarían contra la estructura física del templo que fue demolido en dos etapas. El lugar de su emplazamiento lo ocupan edificaciones modernas.

La inscripción en el registro civil se efectuó algunos días después y como solía suceder en aquellos años, se cometió un error que tuvo como resultado quitarle cinco días al niño.

La fecha oficial, aquella anotada en los libros del Registro Civil es 22 de enero de 1906; sin embargo, en realidad él había nacido el día 17 de enero; pero en la época eso tenía poca importancia y la única complicación es que a lo largo de la vida su familia lo celebró el 17 de enero, mientras el Ejército y luego la Fuerza Aérea lo consideraron el 22 de enero y así está estampado en todos los documentos oficiales que deben referirse a su fecha de nacimiento.

Seis meses tenía el pequeñuelo cuando Valparaíso fue sacudido por uno de los terremotos más violentos y destructores de la historia patria contemporánea. En torno a este suceso trágico se han tejido mil historias reales y otras tantas leyendas. Los niños pequeños en Valparaíso, en la década de 1930, oíamos con atención y algo de admiración acerca de la violencia de la naturaleza que había “borrado” nuestra ciudad y escuchábamos comentarios sobre la energía de algunos personajes.

Don Luis Gómez Carreño, en esa época Capitán de Navío y Gobernador Marítimo de Valparaíso, fue nombrado por el gobierno como Jefe de Plaza con fuertes atribuciones, a fin de poner atajo al desorden social que siguió al terremoto.

El 16 de agosto de 1906, la zona central de Chile fue sacudida por un fuerte terremoto, tal como ha sucedido muchas veces y lamentablemente continuará sucediendo. Pero en aquella oportunidad hubo diversos hechos que lo destacan de otros.

Diez días antes, esto es el 6 de agosto de 1906, el Capitán de Corbeta Arturo Middleton Cruz, jefe de la oficina de Meteorología de la Armada, envió al diario El Mercurio de Valparaíso una interesante nota escrita de puño y letra.

“Pronósticos sobre fenómenos atmosféricos:

La Sección de Meteorología de la Dirección del Territorio Marítimo ha pronosticado fenómenos atmosféricos y sísmicos para el día 16 del presente mes basado en las siguientes observaciones:

El día fijado habrá conjunción de Neptuno con la Luna y máxima declinación norte de ésta.

A causa de estas situaciones de los astros, la circunferencia del círculo peligroso pasa por Valparaíso y el punto crítico formado con la del Sol cae sobre las inmediaciones del puerto”.

A. Middleton (2)

Como era de suponer en este país donde es tan frecuente hacer burla de las personas honestas, quienes leyeron la información le dieron una acogida fría, no exenta de ironía.

E PUR SI MUOVE

Así es, porque sin embargo la tierra se movió y muy fuerte.

A las 19:55 de aquel día, luego de sordos y prolongados ruidos subterráneos, hubo un primer sacudón que ya echó por tierra murallas; hubo otro algo más largo y de la misma intensidad. Diversos testimonios dicen que ambos tuvieron una duración de un minuto, aproximadamente, cada uno. Pero lo peor vino once minutos después, cuando dos nuevos movimientos mucho más fuertes que los anteriores y con intervalo de pocos segundos entre ellos, produjeron la mayor destrucción imaginable en la zona comprendida por las actuales Regiones V, Metropolitana, VI, VII y VIII, golpeando con mayor violencia al área de Valparaíso.

Los movimientos fueron de tal violencia que prácticamente la totalidad de los edificios cayeron con enorme estruendo, dejando a la ciudad convertida en un montón gigantesco de ruinas.

El mes de agosto es frío y en aquella época casi todas las casas se calefaccionaban con braseros a carbón que la gente dejaba extinguir cuando se iba a acostar, alrededor de las 10 de la noche, razón por la cual en centenares de habitaciones quedaban braseros con algunos carbones encendidos. Estos, sumados a velas y lámparas a parafina, hicieron que fácilmente brotaran entre las ruinas múltiples incendios que no podían ser apagados porque no había agua debido a la destrucción de la aducción principal.

Los efectos del terremoto y los incendios fueron agravándose paulatinamente con el paso de las horas, a causa de la lluvia que continuaba cayendo

persistentemente, los incendios, que pese a las precipitaciones no podían ser extinguidos y, algo habitual en situaciones de esa naturaleza en distintos países del mundo, el lumpen que salió a robar entre las ruinas y que provocó algunos incendios adicionales para ocultar sus latrocinios o por el simple deseo de hacer daño. Estos desalmados llegaron a atrocidades como cortar manos de cadáveres para apropiarse de anillos y pulseras.

Ante estas barbaridades, el gobierno nombró al Capitán de Navío Luis Gómez Carreño como Jefe de Plaza, quien ocupó la ciudad militarmente y procedió a aplicar una medida de tremenda violencia, pero también de tremenda eficacia. A cualquier persona que se sorprendiera robando, destruyendo redes de agua, iniciando incendios y otras barbaridades de ese estilo, se le fusiló en el acto. Los cadáveres fueron exhibidos con un infamante y rústico letrero: Fusilado por bandido.

Cuando se piensa en la magnitud del desastre y las consecuencias que podría haber tenido algún grado de tolerancia con la delincuencia, se comprende cuán justificada estuvo la acción del jefe de la plaza; naturalmente que aquellas medidas podían justificarse por los primeros dos o tres días, hasta que llegaron auxilios diversos a la bella pero destruida ciudad.

Si por un ejercicio mental pudiéramos trasladar hasta esa época a diversos políticos actuales de distintos sectores del horizonte partidista, los veríamos reclamando con lenguaje más o menos uniforme y adoptando actitudes teatrales, queriendo asemejarse a Catón el Censor.

Estos personajes –los actuales, no el notable romano– defienden a diversos delincuentes sin importarles mucho el fondo moral, viendo más bien un eventual provecho electoral. Se les ubica en ambos extremos o en el centro del espectro político partidista y dicen no transigir en materia de principios aunque protejan así a los bandidos.

Si de bandidos se trata, podemos recordar que en la cárcel porteña había medio millar de presos, entre los cuales se encontraba un personaje que había causado terror con sus crímenes; era un francés de 39 años de nombre Luis Amadeo Brihier Lacroix, más conocido por Emilio Dubois, como se hacía llamar y que murió fusilado en marzo de 1907.

El terremoto no respetó los muros de la prisión que al derrumbarse dejaron dos o tres huecos por donde pretendió escapar la población penal, pero fueron detenidos por la oportuna intervención de los guardias bajo el mando del Alcaide Marcial Lois, quienes haciendo uso de sus armas lograron frenar la evasión masiva,

como igualmente el escape de un tipo disfrazado con poncho y chupalla, que se hizo llamar el Mote Mey, pero que en realidad era Dubois.

Es interesante destacar la acción de Lois, por cuanto nos muestra a un hombre que aun bajo las circunstancias extremas de un terremoto piensa fundamentalmente en cumplir su misión en defensa de la sociedad.

No hemos dispuesto de antecedentes que permitan afirmar algún parentesco entre el Alcaide Marcial Lois y el Capitán de Ejército retirado Adrián Ortiz Lois, pero la reciedumbre de los caracteres pareciera ser común y, por otro lado, no resultaría tan extraño que el Capitán Ortiz haya querido desarrollar actividades en la misma ciudad que este, aparentemente, tío. Tampoco sería extraño que el Alcaide Marcial Lois haya sido oficial de ejército en retiro, pues con gran frecuencia, hasta comienzos del siglo XX, esos puestos fueron servidos por oficiales de ejército en retiro o en comisión de servicio.

En todo caso, seis meses antes del terremoto había nacido Armando Ortiz Ramírez, mientras sus hermanos mayores, Marcos y Julio Ortiz Arredondo, eran ya jóvenes oficiales de Ejército en el arma de caballería, continuando y perfeccionando una tradición militar en la familia que prosiguió con otros miembros.

Cuando ocurrió el terremoto, era Presidente de la República Germán Riesco Errázuriz, entroncado con sectores de la más rancia aristocracia, era un hombre de inteligencia normal, cuyos resultados como estudiante de derecho lo acreditaban en calidad de alumno regular. Atendidas las características político-sociales de la época, ingresó como funcionario subalterno al poder judicial en el que permaneció por veinticinco años. Su matrimonio con María Errázuriz Echaurren le aportó fortuna para acrecentar la propia y además influencias políticas que a los cuarenta y nueve años lo llevaron al Parlamento y luego a suceder en la presidencia de la nación a su cuñado Federico Errázuriz Echaurren.

A nadie llamaba mucho la atención en aquellos años que el poder circulara entre pequeños grupos a menudo ligados por parentesco. Costumbre que si bien se ha atenuado, no ha desaparecido.

Germán Riesco fue sucedido por Pedro Montt, también hijo de un presidente, pero nada menos que de Manuel Montt Torres, quien dejó en su hijo un profundo afán de servicio público y de quien además heredó una clara inteligencia y un carácter sólido, estable.

Sin embargo su gobierno no pudo tener el brillo que merecía, atendida la permanente guerrilla política mantenida desde el parlamento que mediante manio-

bras diversas hacía caer los ministerios impidiendo un buen gobierno. Como dato ilustrativo podemos recordar que durante el período de Montt 18-IX-1906 hasta el 23-XII-1910, esto es cuatro años, hubo tres ministros del interior, algunos de los cuales alcanzaron a estar en funciones unos pocos días, como Agustín Edwards Mac Clure que duró trece días. Naturalmente que, así, poco se podía progresar.

Cuando se ve el drama de esos años, se reflexiona con preocupación al observar cómo en la actualidad, año 2002, muchos parlamentarios pretenden inmiscuirse en las atribuciones presidenciales, mientras otros rasgan vestiduras y encuentran malo todo lo que hace el gobierno, llegando al colmo de afirmar que en el país no se hará nada durante el año aunque la realidad muestre objetivamente una obra sólida.

En aquel tiempo se guardaba una mayor compostura formal, pero los manejos tenían igual propósito: desbancar al gobierno para acceder al poder.

El Presidente Montt fue durante su mandato severamente hostigado por la oposición, y a menudo por su propia coalición. La impudicia en la lucha política llevó a personeros de oposición a fomentar los comentarios que publicaba la revista *Caras y Caretas* especializada en algo parecido a la prensa amarilla, llegando en una ocasión a caricaturizar la vida privada de doña Sara del Campo Yavar, esposa del Presidente.

Aunque la oligarquía continuaba dominando el país, algunos sectores comenzaban a dar señales de descontento y particularmente grave fue la huelga de los trabajadores del salitre en 1907, que condujo a la matanza de la Escuela Santa María, en Iquique.

Como vemos, la vida política del país era controlada por los sectores económicamente más fuertes, mientras la clase media trataba de perfilarse en las profesiones universitarias, las fuerzas armadas e importantes sectores del clero. Por su lado, los sectores obreros continuaban postergados, aunque poco a poco tomaban conciencia de clase, sobre todo a medida que aumentaba el éxodo del campo a la ciudad y a la gran minería del norte con predominio del salitre.

Para un oficial de ejército en retiro y con numerosa familia, no había otro destino que la administración pública y así sucedió con Adrián Ortiz Lois, que fue nombrado Gobernador de Cautín, con asiento en Lautaro. Allí se estableció con su familia, entre la cual uno de los más pequeños era Armando.

Algunos de los recuerdos más queridos para quien llegara a ser Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile se afincan en esos años pasados en el sur, donde a menudo efectuaban paseos al campo ya que las ciudades no merecían más nombre que pueblos y como tales había muy pocos lugares donde la juventud pudiera distraerse según parámetros actuales.

Particularmente, Lautaro era un pueblo pequeño con calles de tierra y sólo unas pocas cuadras estaban ripiadas. La presencia de mapuches era abundante y la población llegada desde el norte del país estaba mayormente compuesta por personal de ejército, administración pública y algunos establecimientos comerciales.

Esta composición poblacional era lógica en un país y época en que recién se estaba consolidando la conquista de algunos territorios y la integración racial aún era incipiente. Todavía, en la actualidad, podemos preguntarnos con propiedad si se ha logrado una plena integración étnica. La discriminación hacia las minorías raciales autóctonas continúa existiendo pese a todo lo que digan la Constitución y otras leyes. Basta observar a nuestro alrededor para comprobar cómo se han incorporado, en diversos estratos de la sociedad, apellidos árabes, italianos, franceses y otros, pero sin embargo queda vedado para araucanos la integración real y numerosa a las capas superiores de la vida política, económica, académica, sin mencionar las vanidosas notas sociales en la prensa.

“Los pueblos que se ubican al norte del Canal de Chacao, conocidos históricamente como mapuche o araucano (picunches, mapuches, huilliches, pehuenches, puelches cordilleranos y araucanos argentinos), constituían una sola unidad étnica. A pesar de la Guerra de Arauco, de los cautiverios y mestizaje; del sistema de encomiendas y la evangelización, la cultura mapuche –entre los ríos Bío-Bío e Imperial– se mantuvo casi intacta hasta fines del Siglo XIX e incluso hasta mediados de este Siglo” (3).

El mismo texto citado dice algo más adelante:

“En los Censos de 1907, 1920 y 1930 se convino en considerar como indígenas a todos aquellos naturales que aún conservaban su modo de vivir, sus trajes y su idioma, sin atender a la mayor o menor pureza de raza”.

“La población araucana, así considerada en 1907 y censada en padrones de papel de color especial, resultó ser de 101.118, repartidos en el territorio que se extiende entre el Bío-Bío y el golfo de Reloncaví”.

“Al año 1920 la población de araucanos que habitaba las denominadas reducciones, en esos límites, alcanzó a 105.162 personas y en 1930, a 98.703”.

“Por primera vez en el Censo de 1992 se consultó a las personas de 14 años y más si se consideraban pertenecientes a alguna ‘etnia’. En esa oportunidad casi un millón de personas (9.6% del total nacional) se declaró mapuche...” (4).

Debemos suponer, de acuerdo a estos datos dados por el INE, que la población mapuche era porcentualmente alta en 1910 y se agrupaba fundamentalmente en la Novena Región, con lo que se puede apreciar el aspecto que ofrecía la ciudad de Lautaro.

La vida familiar se desarrollaba básicamente dentro de la casa por razones de clima lluvioso durante muchos meses del año y por la falta de estímulos sociales. Naturalmente que algunas visitas entre familias amigas contribuían para amenizar la rutina.

Podemos imaginar cómo sería el hogar de la familia Ortiz-Ramírez con tantos hijos que se empinaban entre los cuatro y los catorce años.

Armando Ortiz Ramírez, en conversaciones con el autor de este libro, contó que los paseos más frecuentes eran al río Cautín, donde los niños concurrían acompañados a veces por una empleada de la casa, y en otras ocasiones por algún ordenanza puesto al servicio del gobernador.

Siempre en estas largas veladas sostenidas en su departamento en calle Suecia, decía entre carcajadas que cuando pequeño tenía miedo a las vacas “jaitas”, refiriéndose a animales bravos que podían embestir contra alguna persona.

En una oportunidad, como otras, fueron varios hermanos acompañados por el ordenanza hasta orillas del río Cautín y, en un momento en que estaban cruzando un pequeño puente, vieron que comenzaba a entrar a la misma vía pero por el otro extremo un pequeño piño de vacunos. Para evitar un accidente echaron a correr de regreso al extremo por donde habían entrado, pero se trataba de un puente rudimentario con tablones y barandas precarias, así es que en su carrera Armando, que tenía unos siete años, tropezó y cayó del puente sobre un sitio arenoso que estaba a poco más de un metro y medio abajo. Al caer, el niño se golpeó la cabeza en una piedra produciéndose una herida más aparatosa que grave, pero que en todo caso sangraba lo suficiente para que el atribulado ordenanza lo llevara en brazos hasta la enfermería del Grupo de Artillería de Montaña N° 4, del General Sotomayor. Esta Unidad de Ejército constituía la Guarnición de Lautaro desde el 16 de enero de 1912 y continuaría allí hasta el 26 de febrero de 1924.

Allí sería atendido profesionalmente por el doctor Montebruno.

El revuelo no era menor, pues se trataba de un hijo de la primera autoridad del Departamento (equivalente más o menos a las actuales provincias. N. A.), en una ciudad capital del mismo y con una población ligeramente superior a dos mil habitantes.

Hoy, un accidente de esa naturaleza daría oportunidad para titulares espectaculares en los diversos medios de prensa que parecen disfrutar en anunciar tragedias de todo tipo y en general malas noticias con titulares escandalosos.

En aquella época la noticia corría de boca a oreja y naturalmente todos ponían algo de su parte y al final había que encontrar asombroso que el niño hubiera sobrevivido. El médico, por su parte, previniendo cualquier consecuencia seria en el accidente, dispuso, que no debía leer, por lo que su madre lo retiró de la Escuela Pública donde cursaba segunda preparatoria. Desde entonces, y hasta 1915, año en que la familia se trasladó a Santiago, el pequeño estudió en casa bajo la conducción de su mamá y de su hermana Delia, que se convirtieron en sus profesoras.

En enero de 1915 la familia se trasladó a Santiago.

Era la época de los comienzos de la Primera Guerra Mundial. Hacía sólo un mes (8 al 15 de diciembre de 1914) se había desarrollado la batalla naval en las Islas Falkland con la victoria británica que mandó al fondo del mar al Scharnhorst y al Gneisenau; mientras en Europa los aliados obtienen una importante victoria en la zona del río Marne con una cifra dramática: 313.000 muertos y desaparecidos. Esta



Alumnos de preparatoria del Seminario 1917, acompañados del Prefecto don Ismael Silva León.
Tercera fila, tercero desde la izquierda, Fidel Araneda Bravo. Cuarta fila, último desde la izquierda, Armando Ortiz Ramírez.

cifra no debe causar extrañeza pues las fuerzas alemanas contaban con un millón y medio de soldados, mientras los franceses oponían una cifra ligeramente menor, pero ganaron la batalla estos últimos: “De este modo, el plan Schlieffen-Moltke, montado y dirigido por el Estado Mayor, fue liquidado por este último, porque el generalato estaba en bancarrota” (5).

Los mejores planes, mal dirigidos producen desastres.

En 1915, el Presidente de Chile era Ramón Barros Luco, cuyo gobierno estuvo afectado por los mismos males que los anteriores a causa de los manejos políticos en el Congreso y también por su carácter indolente, que lo hizo dejar muchos temas en manos de colaboradores.

Así, el progreso del país continuó cada vez más lento con el agravante que muchas importaciones –especialmente de Europa– se dificultaron grandemente a causa de la guerra.

El crecimiento de las ciudades fue una consecuencia de la emigración desde el campo, y no el resultado de una planificación consciente.

Santiago se extendió paulatinamente hacia el norte y sur, mientras se limitaba en direcciones este y oeste.

En la práctica, mirando hacia la cordillera, Santiago llegaba hasta cerca de Pedro de Valdivia en una sucesión de calles sin pavimento, mientras Ñuñoa constituía un núcleo vinculado al centro, por una línea de tranvías. A partir de la calle Los Leones había algunos fundos y comenzaban a instalarse algunas quintas de recreo.

En calle Seminario estaba el centro de formación religiosa que le daba su nombre.

Adrián Ortiz Lois no era hombre que se distinguiera por la piedad en las prácticas religiosas, pero sí lo era doña Delia, su esposa, quien tenía un hermano cura, don Julio Tadeo Ramírez que además mantenía una sólida y alegre camaradería con su cuñado. En esas circunstancias logró influenciar a la familia para que uno de los menores, de carácter algo retraído, ingresara al Seminario a fin de consagrar su vida a Dios.

Allí el muchacho pasó tres años entre rezos y jaculatorias que lo atraían más bien de manera formal que profunda, pues de alguna manera consideraba que permanecía en un cautiverio y no en un convento. Sin embargo vestía sotanas y podemos imaginar a ese jovencito algo esmirriado de grandes ojos interrogadores, saliendo el primer lunes del mes en la tarde con su ropa clerical, para ir a pasar el resto del día en casa de la familia en calle Rosas. Entre sus compañeros de curso encontramos a varios de ellos, que en el futuro serían sacerdotes. Otros, abogados y en

fin, distintas profesiones. Uno de sus amigos de ese curso fue el sacerdote Fidel Araneda Bravo que alcanzaría notoriedad nacional.

A sus noventa y seis años, entre risas y sorbos de té, contaba que un día salió para ir caminando hasta la Plaza Italia, lugar desde donde partía el “carro” San Pablo que lo llevaría a esa casona familiar de tres patios. En el trayecto por calle Providencia, algo más abajo de Seminario, fue interceptado por dos muchachos más o menos de su edad, modestamente vestidos y que seguramente tendrían ganas de divertirse a costa del joven seminarista. Lo primero fueron un par de pullas que no respondió porque así correspondía a un buen religioso. Luego, como siguieran los comentarios y risotadas de los otros muchachos, apresuró el paso manteniendo la vista baja en prueba de humildad. La situación se mantuvo por espacio de una cuadra, hasta que los otros, molestos por la falta de reacción, le dieron un empujón mientras decían que todos los curas eran maricas, y agregaron otros adjetivos.

Ante este agravamiento, Armando se detuvo, giró y las emprendió a puñetazos contra los jóvenes agresores, quienes ante la violencia del curita desistieron de sus propósitos y se fueron, no sin antes haberle propinado también algunos golpes.

Siguiendo la narración, comentaba que alcanzó a subir al tranvía N° 5 con los ojos llenos de lágrimas sin saber si lloraba de pena, rabia o frustración. Así llegó a casa, donde al abrazar a su madre le dijo entre sollozos que había cometido un pecado mortal pues se había trezado en una pelea callejera ensuciando así sus sotanas.

La mamá procuró consolarlo y mientras el niño comía pan con mermelada, le dijo que consultara el tema al día siguiente con su guía espiritual.

Cuenta Armando Ortiz que al día siguiente su primera preocupación fue confesar su enorme pecado, pero para su sorpresa, el sacerdote que lo escuchaba le dijo que no había de qué preocuparse y que estaba muy bien defenderse cuando lo atacaran.

Ya con la conciencia tranquila continuó sus estudios que duraron tres años, al cabo de los cuales se retiró porque –según lo que cuenta ahora en la senectud– no soportaba el cautiverio.

Este tema en realidad merece darle algunas vueltas, puesto que dos años después ingresó a la Escuela Militar donde permaneció cuatro años en régimen de internado sin que le molestaran los reglamentos ni restricciones que impone la vida militar. Al parecer, hubo dos factores que contribuyeron para que dejara el Seminario: primero, una evidente falta de vocación religiosa que se confirmó a lo largo de su vida, y segundo, la juventud, pues pasó en este centro formador religioso el período de la incipiente pubertad.

Retirado del Seminario, ingresó por dos años al Liceo de Aplicación del que no guarda recuerdos y que sólo fue una etapa de tránsito hasta tomar el camino que sería definitivo en la carrera de las armas.

Notas

1. Graham, María. *Journal of a Residence in Chile, during the year 1822*, Printed for Longman, Paternoster Row, Albemarle-Street, 1824; London.
2. Skinner Zavala, Enrique. “Forjadores del Valparaíso moderno, 1851-1951”; en *Valparaíso busca su destino*, Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, 1989; pág. 38.
3. Instituto Nacional de Estadísticas, *Estadísticas de Chile en el siglo XX*, noviembre de 1999; pág. 41.
4. *Ídem*.
5. General J.E.C. Fuller, *Batallas decisivas del mundo occidental*, Volumen III; Ed. Luis de Caralt, Seg. Ed., 1964; pág. 260.

El mandato de la sangre

En 1921 había tres hermanos Ortiz en el Ejército. Todos ellos habían abrazado el arma de caballería y seguirían en esta vocación por largos años. Marcos era Mayor, su hermano Julio Ortiz Arredondo era Capitán y Adrián Ortiz Ramírez era un joven Teniente con apenas un año de oficial.

Resulta bastante comprensible que el ejemplo de estos tres hermanos mayores influyera en el joven Armando, que estaba cursando tercer año de Humanidades y con el consentimiento de su madre —su padre había fallecido— se presentara como postulante a Cadete en la Escuela Militar, donde ingresó en febrero del año 1922 y egresó como Teniente 2º de Ejército en el arma de caballería el 29 de diciembre de 1926.

Durante su permanencia en el Alcázar de las Cien Aguilas, el joven Armando fue un muy buen Cadete, que a fuerza de estudio y sacrificio, unidos a sus condiciones naturales, logró egresar con la novena antigüedad en un curso numeroso.

Eran 138 oficiales los que recibieron sus despachos de Teniente 2º el día 29 de diciembre de 1926, distribuidos en las diversas armas del Ejército y viajarían a cumplir sus destinaciones a las distintas guarniciones repartidas a lo largo del país.

El Cadete Armando Ortiz había sido un buen deportista e igualmente un estudiante aventajado, como lo demuestra su ubicación en la promoción. Naturalmente fue un muy buen jinete, lo que no resulta extraño si se piensa que desde pequeño estuvo en contacto con oficiales de caballería, como eran su padre y tres de los hermanos mayores.

De él dijo su oficial calificador al ser nombrado Teniente 2º: “Desempeñó el puesto de Sub-brigadier a satisfacción del Comandante del Curso. Posee espíritu militar y es entusiasta para el trabajo. Mui buena conducta, caballeroso y de buenas costumbres, mui dócil y disciplinado. Mui buen estudiante y mui contraído (sic). Tiene condiciones para ser un oficial correcto”.

El calificador no escatimó “los mui” al referirse a las cualidades del joven –tenía veinte años– teniente. A sus noventa y seis años (2002) continúa siendo un cumplido caballero y durante toda su vida pasada se distinguió por sus virtudes intelectuales, su carácter firme y un interés por el perfeccionamiento profesional que difícilmente alguien puede poner en duda.

Respecto a la expresión “contraído” que vemos en la calificación, tal vez quiso decir que era parco en el hablar. Eso es posible, pues aunque su conversación fue amena y sus modales amables, no podemos asegurar que haya sido muy locuaz.

Con casi toda seguridad podemos decir que gran parte del mérito en las cualidades del joven Armando se debieron al ambiente familiar, constituido por conceptos de disciplina, lealtad y esfuerzo del padre y el amor con que la madre tejió una red que unió a todos los hermanos y luego a los hijos de éstos a través de los años.

Gestos de ese tipo, un poco de clan, que ahora se suele echar en falta, abundaron entre los Ortiz y los Ramírez desde antes de Adrián Ortiz Lois y Delia Ramírez Cañas. Como ejemplo se puede recordar que la fianza de \$ 1.500 que debían depositar al ingreso de los cadetes, fue cubierta por Manuel Ramírez Ortiz, primo de don Adrián y doña Delia, como también hermano del cura Julio Tadeo Ramírez Ortiz quien, como recordamos, fue factor importante para el ingreso del niño Armando al Seminario.

Pasados muchos años, algunos nietos de ese Capitán que tuvo once hijos y estaba en Valparaíso para el terremoto de 1906, han recordado de sus respectivas mocedades que la familia solía reunirse en casa del tío Adrián Ortiz Ramírez, allá en Ñuñoa, en la casa que poseían en Castillo Velasco con Los Cerezos y, en esas ocasiones, la tía Emilia Gutmann comentaba con gracia que “ya llegó la ortizada”.

Hoy, pocos matrimonios abren las puertas para que de manera habitual se reúnan diez o veinte sobrinos a jugar; y aunque, por cierto involucra dinero, también hay un aspecto relacionado con comodidad y mermado espíritu de familia.

Al egresar de la Escuela Militar, en diciembre de 1926, fue destinado al Regimiento de Caballería N° 5 Lanceros de guarnición en Tacna.

Ese año se vivía en aquella ciudad una situación muy particular por cuanto, como podemos recordar, se encontraba bajo soberanía chilena en una condición de territorio sometido a los acuerdos políticos suscritos entre Chile y Perú como consecuencia de la guerra de 1879.

La politiquería nacional de baja calidad, de la que aún no mejoramos, había permitido que un país vencedor en una guerra no buscada contra dos países aliados devolviera gran parte de lo conquistado, sufriera largo desgaste diplomático, gasta-

ra ingentes sumas de dinero y finalmente celebrara como un gran éxito el no haber perdido todo lo ganado en la guerra.

Reflexiones como la anterior son rechazadas en la actualidad, no tanto por razones morales, sino más bien por consideraciones prácticas pese a todo lo que argumenten muchos politólogos. Sin embargo, en el siglo XIX seguía siendo práctica normal que el vencedor se quedara con todo el territorio conquistado que le interesara guardar y pudiera conservar. A veces se daban explicaciones internacionales, pero en la mayoría de los casos se guardaba silencio. En América, desde EE.UU. contra México pasando por Centro América y Sud América la historia de conquistas definitivas es larga. En Europa las anexiones territoriales por distintos medios de fuerza se han usado hasta en el siglo XX. Asia y África ofrecen infinidad de casos; de tal modo que es factible afirmar que el proceso terminado con la devolución de Tacna al Perú en 1929, casi inevitable en esa época, fue un acto de torpeza generado por la conducción política desde la guerra civil de 1891.

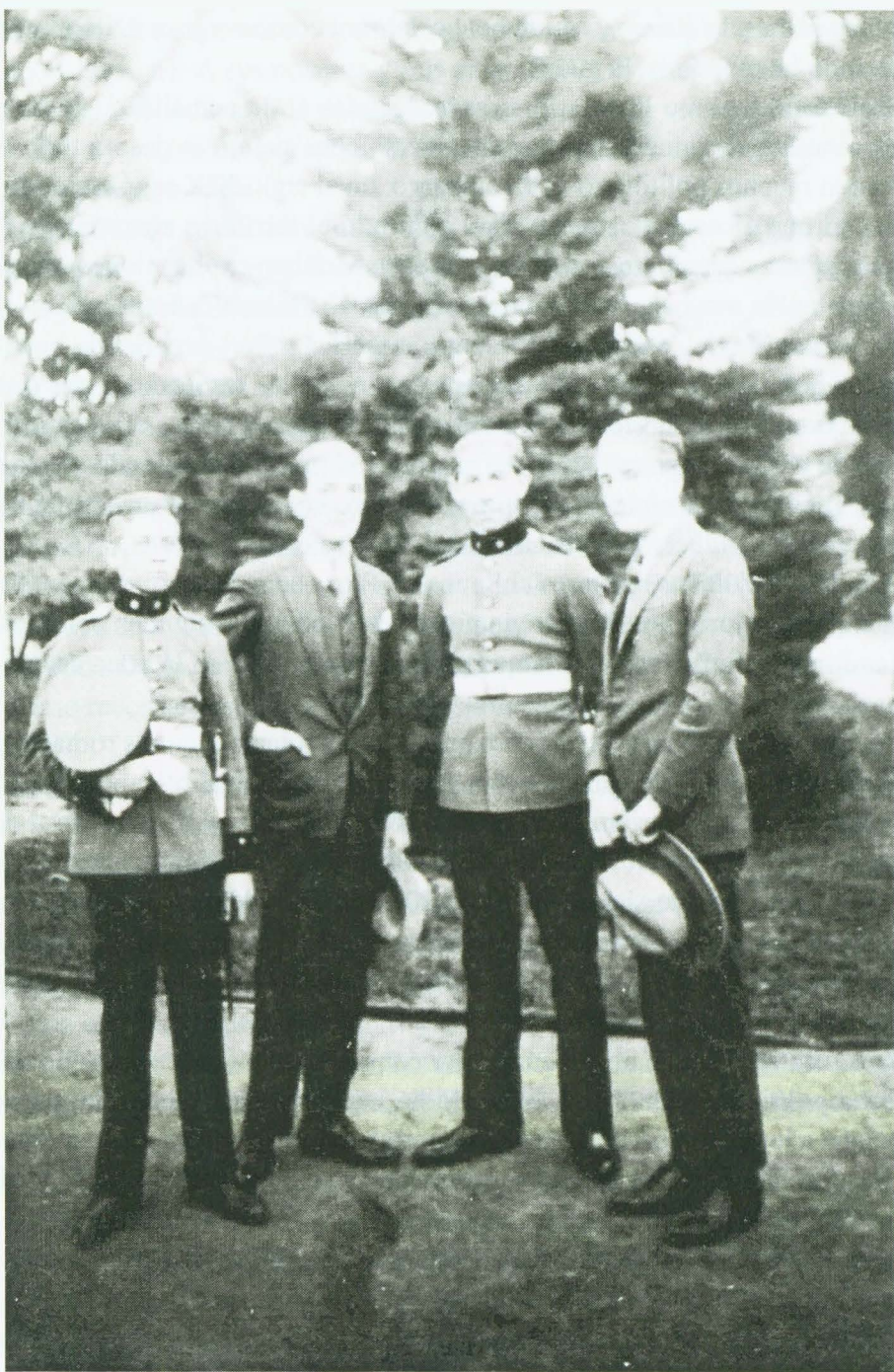
La actividad de los militares chilenos en Tacna se reducía fundamentalmente a mantener el mejor nivel de entrenamiento, participar en algunas ceremonias y recordar con nostalgia a su familia que generalmente vivía en la zona centro o sur del país.

En esas circunstancias no era raro que se desarrollaran algunos romances condenados desde el comienzo a tener corta duración; en especial se debe recordar que la población era mayoritariamente peruana y aunque no lo podía demostrar de manera muy ostensible, era rabiosamente anti chilena. De estos amores pocos se libraban en un regimiento de siete oficiales y 300 hombres del cuadro permanente, y aunque su Comandante Arturo Paredes tratara de evitar que su personal se comprometiera demasiado, no faltó quien engendrara hijos a los que conocería con el correr de los años.

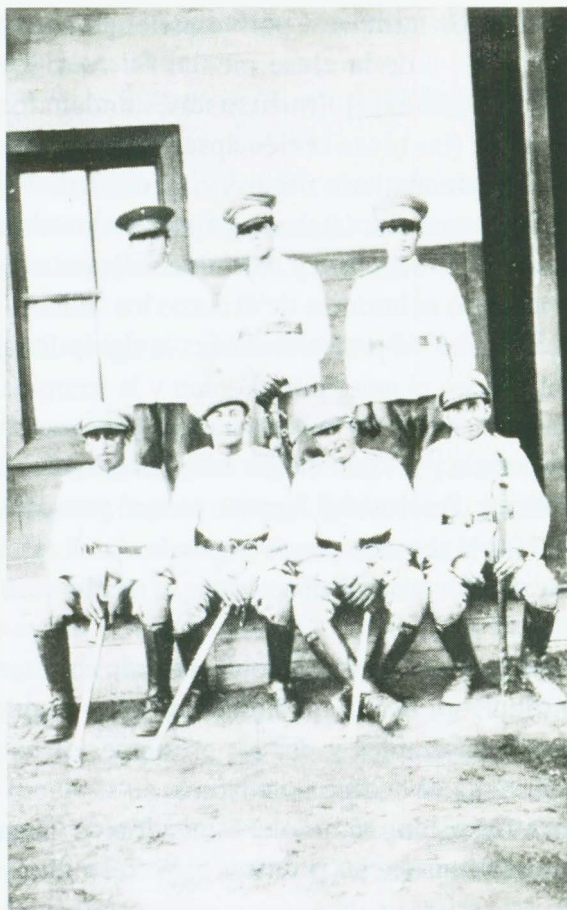
Los militares tenían ahora una mejor consideración en la vida nacional pues la derecha política y económica, como lo ha hecho siempre en Chile, tal vez no despreciaba a los militares, sino que los soportaba porque alguien tenía que simular vigilar las elecciones en las que se ejercía un cohecho por todos conocido y además debían animar las paradas militares que servían para entretener al pueblo.

Una buena descripción de este fenómeno social durante la primera mitad de los años veinte la encontramos en Gonzalo Vial:

“Era el Ejército, sabemos, un sector mediocrático, pero uno especialísimo. Se hallaba cerrado sobre sí mismo, desconectado a la vez de la aristocracia –que ni siquiera lo menospreciaba..., simplemente lo desconocía–; del pueblo –que sim-



Un grupo de amigos: el cadete más alto es Armando Ortiz R.



Oficiales y suboficiales del
Escuadrón de Lanceros del Reg. de
Cab. N° 5 en Tacna, 1928. Primero
a la izquierda, en primera fila, el
Teniente Armando Ortiz R.



1929 - reunión de los cuatro hermanos militares (de izquierda a derecha): Tte. Armando Ortiz, Esc. Cab. - Tte. Cril. Marcos Ortiz, C.G. Div. Cab. - Mayor Julio Ortiz, R.C.2. y Cap. Adrian Ortiz R.R.C.3.

Una reunión familiar.

patizaba con los militares, pero existiendo entre él y ellos una insuperable barrera cultural—, y de la clase media. En ésta, los “laicos”, siguiendo las ideas comunes —pacifistas, antimilitaristas, condenatorios de los “estrechos nacionalismos”, etc... (las ideas recién apreciadas recorriendo *Claridad*, no siempre tan extremas)—, tenían cierto desprecio, y ocasionalmente un sumo desprecio por los oficiales. Se acentuaba éste en los mediócratas novecentistas. Los social cristianos, imbuidos de mansedumbre y del universalismo religioso, tampoco fueron pro-Ejército, sin atacarlo ni burlarse de él como los “laicos” más jóvenes y exagerados. Los valores castrenses —el profesionalismo; la rígida disciplina; el depósito de indiscutibles glorias históricas; el amor por el orden y la jerarquía; la concepción de una sociedad solidaria— parecían anacrónicos e inútiles a los sectores que hemos llamado “visibles” de la aristocracia y la clase media. La oficialidad del Ejército, entonces, carecía de vínculos afectivos con el establishment..., con el que se iba y con el que llegaba, no obstante hallarse unida al segundo por el origen de clase” (1). La revista *Claridad* opinaba normalmente con singular virulencia aunque en este caso pudiera parecer algo extrema.

Esta marginación social obligaba a los militares a llevar una vida austera a la que contribuía en buena medida la pobreza en que se debatían por efecto de los sueldos casi miserables y por los presupuestos exiguos que limitaban el entrenamiento por falta de equipos modernos.

En 1925 había asumido el Ministerio de Guerra el Coronel Carlos Ibáñez del Campo, en circunstancias políticas bien conocidas y que han sido evocadas en otros libros de esta misma colección.

Durante 1926 fue Presidente de la República Emiliano Figueroa, pero nadie dudaba que el verdadero poder lo detentaba Ibáñez quien, el 17 de abril de 1927, asumió como Vicepresidente hasta el 21 de julio del mismo año en que asumió la presidencia.

Un poco de la mano de Ibáñez, el Ejército logró un cierto reconocimiento de la opinión pública aunque no logró despertar los amores de la oligarquía criolla que seguiría considerando a las fuerzas armadas como un mal necesario y de las que se serviría en varios períodos y especialmente en las décadas, '70 y '80, para consolidar proyectos económico-políticos.

En 1926 la preocupación del gobierno y de la población de Tacna se centraban en las negociaciones entre Chile y Perú, teniendo al General Joseph John Pershing como representante del árbitro en el diferendo, el Presidente de Estados Unidos.

Las crónicas de la época dejan algunas dudas acerca del comportamiento de la policía chilena, al parecer no muy alejadas de la realidad, pero que en todo caso

sería una reacción frente al comportamiento del clero peruano y especialmente la actitud tenida en contra de los capellanes chilenos.

Durante la permanencia de Armando Ortiz en Tacna se produjo un hecho que tendría consecuencias que durarían para el resto de su vida.

En general encontramos en la familia Lois de esos años una cantidad significativa de masones que fueron inculcando en los hijos una forma de entender la vida que los haría proclives al pensamiento masónico. Pero... ¿cómo entender ese pensamiento?

Enrique Mac-Iver Rodríguez, que fuera Gran Maestro de la Gran Logia de Chile (1887-1894), dijo:

“La Masonería no es una institución religiosa ni política: es una institución moral; sobre los sistemas políticos no impone cultos ni gobiernos. Rozándose con ellos en sus ideas generales condena sólo el despotismo y la tiranía, el fanatismo y la intolerancia. Si ha escrito en su evangelio como enseñanza del pasado y como dogma del porvenir Libertad, Igualdad y Fraternidad, ha sido como la expresión pura de aquello a que debe aspirarse y a que se tiene derecho en todas las condiciones de la existencia” (2).

Estas ideas vivían en la mente y el corazón de Armando Ortiz Ramírez, subteniente en el Regimiento Lanceros de Tacna, unidad en la que había —al menos— un oficial masón con quien mantuvo largas conversaciones sobre temas diversos, entre los que se tocaron los fundamentos masónicos.

Desde 1862 estaba en Tacna la Logia peruana “Constancia y Concordia” N° 11, que acogió a partir de 1887 a masones peruanos y chilenos procedentes principalmente de Lima.

En 1911 “... los masones chilenos, decidieron formar una Logia dependiente de la Gran Logia de Chile, a la cual y en homenaje a la pujante raza nuestra le dieron el nombre de ‘Araucana’”.

“Esto fue comunicado oficialmente a la Logia peruana ‘Constancia y Concordia’”.

“Por Decreto N° 38 del 26 de Abril de 1912, del Serenísimo Gran Maestro Víctor Guillermo Ewing, se autoriza a la nueva Logia para trabajar en instancia de Constitución, con el N° 41.

“El 12 de Diciembre de 1912, el Ilustre Hermano Enrique Barros, Ministro de

la Corte de Apelaciones, en la vida profana, es instalado como el Primer Venerable Maestro de la Logia Araucana N° 41.

“Lo acompaña la siguiente oficialidad:

Adolfo Miranda, 1er Vigilante; Julio Lanfranco, 2º Vigilante; Próspero García, Orador; Manuel Ahumada, Secretario; Máximo Villalobos, Tesorero; Eduardo Muñoz, Maestro de Ceremonias y Moisés Astete Pinto, 2º Diácono” (3).

La crónica transcrita más arriba continúa con el Acta de Instalación:

“En el Oriente de Tacna, siendo la hora del medio día del 12 de Diciembre de 1912, se abre la Tenida, teniendo el Mallette Regulador el Venerable Hermano Enrique Barros Barros, quien, seguro de estar a cubierto de la indiscreción de profanos, abre los trabajos ayudado por su oficialidad.

”Realzan con su presencia los trabajos de la Nueva Logia los Venerables” Hermanos Miguel González Sardin, Venerable Maestro de la Respetable Logia ‘Constancia y Concordia’ N° 11, de la Gran Logia del Perú; Alfredo Ruedaz y Arnoldo Luzio, Vigilantes; Pedro Quina Castaño, Capellán y Carlos Pradel, Secretario de la misma Logia.

”Explicando el motivo que mueve a la creación de este Taller, el Primer Vigilante Ilustre Hermano Adolfo Miranda, procede, con la debida autorización del Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, Ilustre Hermano Luis Navarrete y López a instalar al Venerable Maestro y a su oficialidad en forma solemne, declarando instalada en el Valle de Tacna a la Respetable Logia ‘Araucana N° 41’”.

Esta misma Logia continuó una fructífera vida hasta el 21 de enero de 1930, fecha en la que por Decreto N° 251 fue declarada oficialmente en sueños.

En 1929, cuando Armando Ortiz servía en el Regimiento Lanceros, algunos masones de esa Logia deben haber apreciado sus condiciones pero seguramente no fue invitado a incorporarse a la masonería en atención a que se sabía que en pocos meses, al pasar Tacna a manos peruanas, la Logia suspendería sus actividades en esa ciudad.

Efectivamente fue así, pero en noviembre de 1931 la Logia “Araucana” N° 41 renació en Santiago y pasado un mes se acogió el cambio de distintivo “Araucana”, por “Norte”, constituyéndose así la Respetable Logia “Norte” N° 41.

Mientras la Logia "Araucana" había vivido en Tacna tuvo algunos Venerables Maestros cuyos nombres se entroncan con la historia militar y política de Chile, tales como: Estanislao del Canto y Marmaduke Grove Vallejos.(4)

Pero Armando Ortiz adquiriría su condición masónica sólo en 1931.

Así las cosas, los oficiales del Lanceros podían especular tranquilamente acerca de su futuro, pero uno de ellos, el Teniente 2° Armando Ortiz estaba radiante porque conocía la buena relación existente entre su padre y el Coronel Ibáñez, nacida cuando Adrián Ortiz Lois, siendo Capitán, en 1900, comandaba el Primer Escuadrón del Regimiento Cazadores y allí uno de los Tenientes era Carlos Ibáñez. En este libro se muestra una fotografía de la época.

Dos años y un poco más permaneció el Subteniente Ortiz como oficial del Regimiento Lanceros, hasta abril de 1929, cuando fue destinado al Regimiento Cazadores, donde su hermano Julio Ortiz era Mayor. Algunos meses después asciende a Teniente y un mes más tarde es destinado a la Escuela de Caballería para integrar el Primer Curso, en calidad de alumno.

En ese período ya había descubierto que su verdadera vocación militar lo empujaba hacia la aviación, que en ese tiempo pertenecía al Ejército.

En sus conversaciones con el autor de este libro, recordaba que cuando decidió pedir el pase para ingresar a la Escuela de Aviación se encontró con un tropiezo muy serio, constituido por las ideas y acciones consiguientes del mayor de toda la "ortizada", su hermano Marcos, a la sazón Teniente Coronel que prestaba servicios en el Cuartel General de la División de Caballería, quien al ver la solicitud, la "tramitó" (expresión folklórica que significa inventar trámites variados e innecesarios a fin de demorar una gestión administrativa) sin hacer comentarios.

Como Armando viera que su solicitud no progresaba, fue a conversar con su hermano Marcos quien trató de persuadirlo para abandonar el proyecto.

Los argumentos esgrimidos por Marcos eran de tipo emocional, haciendo mención a la tradición familiar y al hecho de que cuatro hermanos fueran oficiales de caballería.

Armando trató delicadamente de convencerlo acerca de la firmeza de su propósito, pero como no lograra su objetivo, llegó el momento de expresar su enojo y decir que pensaba reclamar formalmente por la arbitrariedad de que era objeto.

Luego de un par de sesiones de conversación entre los dos hermanos, la situación se calmó y finalmente el joven teniente pudo incorporarse a los servicios aéreos el 7 de junio de 1930; pero el acto bien inspirado del hermano mayor pudo tener malas consecuencias para el futuro profesional de Armando.

A comienzos del año 1929, cuando fue destinado desde el Lanceros de Tacna había empezado a sentir la atracción por el vuelo, que no le abandonaría.

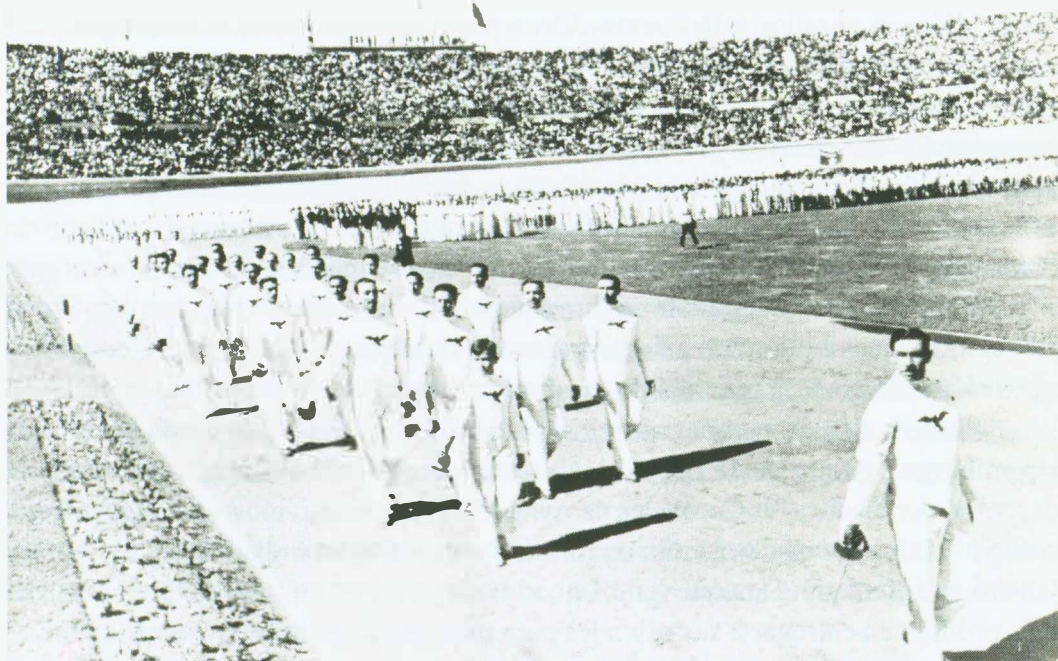
Hagamos un pequeño paréntesis para recordar que, el 28 de agosto, Tacna fue entregada a Perú en cumplimiento del Tratado suscrito entre los dos países, por tanto el Regimiento Lanceros había ya abandonado esa guarnición.

Como decíamos, su deseo de ser aviador se había manifestado mucho antes y aprovechando el viaje a Santiago cuando fue destinado al Cazadores, conversó con Merino Benítez a quien le planteó su interés y naturalmente encontró un interlocutor absolutamente favorable. Pero el tiempo transcurrió, se creó la Fuerza Aérea el 21 de marzo de 1930 y el **pase de Ortiz Ramírez estaba detenido en la División de Caballería**. Por estas circunstancias, cuando logró destrabar su solicitud y pudo formalmente solicitar su transferencia, se le aceptó pero quedando en el escalafón aéreo a continuación de oficiales menos antiguos que él, lo que aceptó con la esperanza de recuperar en algún futuro su ubicación.

Posteriormente consiguió recuperar su antigüedad y seis de sus compañeros fueron Generales. Nos referimos a Fernando Ortega Yáñez, Alejandro Schwerter Gallardo, Darío Callejas Rojas, Washington Silva Escobar, Osvaldo Cordero Vallejos y Ernesto Romero Rojas. Otros se retiraron en diversos grados, Félix Olmedo Prat, David Bobadilla Riquelme, Eduardo Muñoz Cortés-Monroi, Alberto Latorre Jáuregui, Francisco Conte Prado, Alfredo Cáceres Valenzuela, Togo Bascuñán González, Mario Acosta Briebe y Víctor Navarrete Arias, pero en general siempre estuvieron unidos por una sólida amistad, que los acompañó aun en momentos difíciles de sus respectivas carreras, en particular cuando Armando Ortiz fue nombrado Comandante en Jefe, tema sobre el que abundamos más adelante.

De aquellos años de oficial alumno en la Escuela de Aviación, recuerda con emoción a su primer instructor de vuelo, el Teniente David Bobadilla Riquelme quien había sido compañero suyo de curso en la Escuela Militar. Al referirse a Bobadilla lo señala como un oficial serio y exigente en sus labores.

Eran los tiempos de mocedad del arma aérea en todo el mundo y, naturalmente, en Chile. Eran los tiempos en que se requería una dosis de audacia y visión política por parte del gobierno de Ibáñez para enfrentar mitos y tradiciones que se convertían en presiones de diversa índole. El propio Presidente de la República pertenecía al Ejército y, sin embargo, comprendiendo que el mundo estaba cambiando pudo percibir que las guerras se lucharían en tres dimensiones: aire, mar y tierra. Comprendió también que se habían equivocado quienes en el conflicto 1914-1918 vieron a la aviación solamente como el brazo largo de la artillería y elemento



Inauguración del Estadio Nacional. 1938. Equipo de esgrima de la FACH bajo el mando del Tte. 1° Armando Ortiz Ramírez. El ayudante es el hijo del general Osvaldo Puccio quien sería secretario del Presidente Allende.

más o menos eficaz para ver más allá de las líneas enemigas; pero también comprendió que de allí en adelante el desarrollo del mundo y, por cierto, de su patria, estaría ligado a la rapidez en los desplazamientos de personas y carga.

Asimismo vio que la Aviación, indispensable en un país con nuestra geografía, no podría crecer solamente por esfuerzos privados y requería un impulso del Estado que solamente se podía empeñar si había un razonable grado de concentración de capacidades, y eso se llamaba Fuerza Aérea Nacional.

La creación de la institución aérea ha sido descrita en varios libros, incluso en algunos tomos de esta colección, y en muchísimos artículos, sin embargo todo parece poco cuando se trata de recordar la verdadera revolución que significó la incorporación, como un tercer componente, en el campo de la defensa nacional, del arma aérea.

En el año 1952, cuando la joven institución veinteañera recibió un nuevo Comandante en Jefe, en el segundo gobierno de Ibáñez aún todos sus mandos superiores provenían algunos de la Armada, y mayoritariamente del Ejército.

Durante mucho tiempo se tuvo como cosa cierta que la mayoría de los oficiales de ejército pasados a la Fuerza Aérea pertenecían al arma de caballería, sin embargo, revisados los tres tomos de la obra *Generales Fuerza Aérea de Chile*, trabajo magnífico realizado por el Museo Nacional de Aeronáutica y del Espacio, encontramos que sólo tres generales egresaron en el arma de caballería; nueve, en el arma de ingenieros; diecisiete en artillería; y veintiún oficiales pertenecieron a la infantería; dato que entregamos a título meramente ilustrativo y con el propósito de contribuir de alguna manera al término de mitos o creencias fundadas en errores.

Es posible que la idea anterior haya partido de una concepción algo romántica en cuanto a que el piloto de guerra monta en “corceles de acero”, pero, como vemos, el asunto no pasa más allá de un símil poético.

Pudiera alguien suponer que en grados inferiores se modifica esta tendencia, sin embargo hay que añadir que ella se acentúa al revisar el tomo de la obra señalada, correspondiente a los Coroneles de Aviación. Allí encontramos: cuatro egresados como oficiales de caballería; diez, en las armas de artillería e ingenieros; y cuarenta y ocho en infantería. De aquí vemos que la reina de las batallas fue largamente la más pródiga en entregar a sus oficiales para integrar la Fuerza Aérea de Chile.

Valga esta oportunidad para reconocer la excelencia alcanzada por el Museo Aeronáutico, que continuamente nos sorprende con nuevas iniciativas materializadas con enorme eficiencia y callada dignidad, todas en bien de la divulgación de temas de su especialidad.

Cuando en 1906, el año del terremoto como solían decir muchas personas, nació en Valparaíso Armando Ortiz Ramírez, en Santiago contraían matrimonio el joven ingeniero Rodolfo Fernández Bascuñán, nacido y criado en la linajuda Talca, con una jovencita de familia llena de tradiciones que desde mitad del siglo XIX habitaba un noble solar en lo que luego fue la Avenida Dominica. La novia era Sara Vial Orrego.

De la unión de ambos nació, en 1912, una hermosa criatura a la que bautizaron Inés Fernández Vial. Cuando la niña tenía cinco años, falleció su padre don Rodolfo Fernández Bascuñán quien se encontraba trabajando en Valparaíso a cargo de importantes obras de desarrollo portuario. Entre tanto, su joven viuda regresó a radicarse con su hijita a la casa familiar en Avenida Dominica.

La pequeña fue educada en medio de sólidos principios cristianos que se complementaron con sus estudios como alumna interna junto a las monjas de los sagrados corazones, por lo que resultó ser una jovencita recatada que no participaba en muchas de las fiestas y saraos de la muchachada de los locos años veinte; con esa

actitud fue muy natural que se enamorara de un joven aviador alegre, simpático y buen deportista a quien veía nimbado por un aura romántica.

Armando Ortiz fue también rápidamente flechado por el amor tierno de Inés; sin embargo, había entre ellos una diferencia importante y que tal vez se proyectó en alguna medida en el futuro de ambos. Mientras Inés venía de una familia católica observante, como dejamos dicho, Armando provenía de una tradición familiar masónica; él mismo lo fue durante toda su vida a partir de la juventud y no lo ocultó jamás en tiempos en que muchos de sus hermanos, sin negarlo, evitaban proclamar su condición; por el contrario, tenía como muestra de orgullo hacer notar su pertenencia a esta vertiente filosófica, y hasta sus noventa y seis años, cuando el autor de este libro lo entrevistó para conocer mejor, no tanto al Comandante en Jefe, como al ser humano, a poco andar de la conversación se manifestó explícitamente como masón de toda la vida.

Pero estas distintas visiones no fueron inconveniente para que el amor prendiera en la joven pareja y el 23 de abril de 1932, se casaron en la bella Capilla del Sagrario, de la Catedral Metropolitana.

Hoy (2002) a muchas personas puede resultarles extraño el celebrar su matrimonio en ese templo, por hermoso y lleno de tradiciones que se encuentre. Ahora, como antaño, la gente se casa en las iglesias de moda o en la parroquia del pueblo si no hay alternativa. El matrimonio, para muchos, es una fiesta casi mundana donde se procura lucir galas y esplendores; afortunadamente hay un sector, no pequeño, que comprende el carácter sagrado de los votos que se pronuncian en esa oportunidad y que permitirán seguir unidos hasta que la muerte los separe. De otra forma, el matrimonio es la culminación de una atracción más física que espiritual y que puede romperse cuando la pasión se extinga y sea reemplazada por otra sin considerar la responsabilidad que se asuma ante los hijos.

En 1932 no era complicado casarse en un templo en plena Plaza de Armas porque al lugar se podía acceder fácilmente en automóvil u otro vehículo y no había problemas de estacionamiento.

Eran los tiempos en que recién se había instalado en el portal Fernández Concha el más exclusivo restaurante de Santiago, que perduró a pesar de los cambios de dueños y estilo; el Chez Henry hizo las delicias de quienes conocen las glorias de la gastronomía francesa. Los que alcanzamos a degustar su cocina en la década de los años '40 podemos dar fe.

También allí se había reinstalado el Casino del Portal que según las crónicas

de la época era sitio de reunión de conocidas figuras políticas como Juan Antonio Ríos y Pedro Aguirre Cerda.

En esa época, en ese período entre las dos grandes guerras mundiales, cuando una parte del mundo se preparaba para dominar a la otra mitad que bailaba charleston y juraba que no habría más guerras, en ese tiempo, se casaron Armando e Inés.

Era Presidente de la República don Juan Esteban Montero Rodríguez quien había llegado al alto cargo después de una evolución interesante de recordar.

En 1931, renunció a la Presidencia de la República el General Carlos Ibáñez del Campo, motivado básicamente por la gran crisis económica de 1929 cuyas repercusiones en Chile fueron muy fuertes. El gobierno había tenido algunas realizaciones espectaculares entre las que destacamos con merecido orgullo, la creación de la Fuerza Aérea de Chile, bastante conocida. Junto a esos logros estupendos, se había caído en fallas que no se perdonaron, como fue el excesivo endeudamiento internacional para desarrollar infraestructura y la represión que se había ejercido sobre las personas que no aceptaran algunas de las determinaciones del Ejecutivo. La complicada situación económica, unida al rechazo por parte importante de la ciudadanía, llevó a Ibáñez a dictar el D.S. N° 2571 de 26 de julio de 1931, que decía:

“S.E. decretó hoy lo que sigue:

Graves motivos me impiden ejercer mis funciones constitucionales.

Me subrogará en el desempeño de la Presidencia de la República el Presidente del Senado don Pedro Opaso, con el título de Vicepresidente de la República, de acuerdo con lo prescrito en el artículo 66 de la Constitución Política del Estado.

Tómese razón, regístrese, comuníquese al Congreso Nacional y publíquese
C. Ibáñez C.”.

Para que el mando de la nación recayera en el Presidente del Senado, previamente, el mismo día, habían renunciado todos los ministros y el Presidente había aceptado las renunciaciones.

Lo que estaba sucediendo era algo absolutamente anormal, pero este país, y su, sin duda, a veces excesivo legalismo, obligó a que don Pedro Opaso Letelier, dictara a continuación del decreto anterior, el siguiente:

“Santiago, 26 de Julio de 1931

S.E. decretó hoy lo que sigue:

Nº 2572 Vista la declaración de S.E. el Presidente de la República, con esta misma fecha y no existiendo ningún Ministro de Estado, asumo la Vicepresidencia de la República en mi carácter de Presidente del Senado, a virtud de lo dispuesto en el artículo 66 de la Constitución Política del Estado.

Tómese razón, regístrese, comuníquese al Congreso Nacional y publíquese.

Pedro Opaso Letelier”.

Inmediatamente de asumido, nombró a sus ministros, que naturalmente estaban en posiciones distantes al ibañismo. Como Ministro del Interior designó a Juan Esteban Montero Rodríguez, y el día 27, esto es al siguiente de haber asumido, dictó el siguiente decreto:

“Santiago, 27 de Julio de 1931

S.E. decretó hoy lo que sigue:

Nº 2583.- Por estimarlo conveniente a los altos intereses públicos vengo en transmitir el mando de la Nación al señor Ministro del Interior, don Juan Esteban Montero, quien lo ejercerá con el título de Vicepresidente de la República de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 66 de la Constitución Política.

Pedro Opaso L.”.

Si no tuvieran estos acontecimientos el dramatismo de estar jugando con los destinos de la nación, se podría decir que constituían una farsa de opereta y tal vez alguien reiría al ver una representación escénica.

Se debe agregar que Montero había sido Ministro del Interior de Ibáñez, por ocho días, una semana antes que el Presidente renunciara.

Sería un asunto de demasiada audacia pretender imaginar qué sucedería frente a situaciones similares en algún otro período histórico; pero parece que los políticos profesionales no aprenden la lección y es posible ver en etapas posteriores a individuos dispuestos a toda clase de acrobacias con tal de poder acceder al poder y lo más probable es que, al igual que Montero, terminen su vida pública sin pena ni gloria.

Un testimonio de lo afirmado lo encontramos en la siguiente cita: “Los hechos nos demuestran que la dictadura militar es imposible si no cuenta con la complicidad de los civiles. Fueron precisamente esas legiones de arribistas siempre dispuestas a servir de domésticos a todos los amos, y que en la hora del derrumbe de sus ídolos enarbolan la causa de la libertad, los que sirvieron de andamiaje a la tiranía” (5).

Un mes después de haber asumido, Montero dejó el mando en manos de Manuel Trucco Franzani, como Vicepresidente y así quedar libre para poder ser candidato a la Presidencia.

El 20 de agosto de 1931 asumió la Vicepresidencia de la República el Ministro del Interior Manuel Trucco Franzani, y tres días antes, esto es el 17 de agosto de 1931, Armando Ortiz Ramírez fue iniciado en la Respetable Logia “Verdad” N° 10. Al ser iniciado, pasó a ser Aprendiz Masón y poseer el Primer Grado. Luego, el 9 de septiembre de 1933 ascendió a Compañero.

A través de una breve reseña histórica podemos llegar a la Logia “Verdad” N° 10 que ha sido por más de setenta años la de Armando Ortiz.

El 24 de mayo de 1862 se fundó en Valparaíso la Gran Logia de Chile, teniendo como base los primeros cuatro Talleres fundadores: la Respetable Logia “Unión Fraternal” N° 1, de Valparaíso; la Respetable Logia “Fraternidad” N° 2, de Concepción; Respetable Logia “Orden y Libertad” N° 3, de Copiapó; Respetable Logia “Progreso” N° 4, de Valparaíso.

La primera Logia de Santiago fue la Respetable Logia “Justicia y Libertad” N° 5, que inició sus actividades el 7 de noviembre de 1864.

El 14 de noviembre de 1869, nació a la vida masónica la Respetable Logia “Deber y Constancia” N° 7, cuyo primer Venerable Maestro fue don José Ignacio Vergara.

En pleno otoño de 1872, un grupo de masones de las Logias N° 5 y N° 7 dan vida a un nuevo taller para ampliar el horizonte de sus respectivas Logias y “hacer penetrar los grandes principios y propósitos de la Masonería en la dura costra capitalina y continuar reuniendo a los hombres más ilustrados, los ciudadanos más interesados en la solución de los grandes problemas, para imperar los ideales de tolerancia, respeto humano, libertad e igualdad y poniendo en sus disímiles ideales políticos una nota de mutuo respeto” (6).

La primera Tenida de la Logia Verdad se realizó el 16 de julio de 1872. Su primer Venerable Maestro fue don Sandalio Letelier Rojas, docente de gramática y retórica en el Instituto Nacional. Este notable personaje fue un médico cirujano que ejerció paralelamente la docencia y su consulta médica.

Miembro de la Real Academia Española de la Lengua; miembro de la Facultad de Humanidades y Filosofía de la Universidad de Chile; fundador de la Acade-

mia de Bellas Artes; de la Sociedad Médica y del Club de Ajedrez de Santiago. Dejó tras él una nutrida obra literaria y poética.

Otros distinguidos miembros de la Logia "Verdad" fueron Manuel Carrera Pinto, hermano del héroe de La Concepción, y él mismo fue diputado y también Intendente de Arauco. Diego Dublé Almeyda, hombre de vida llena de acciones brillantes; participó en la guerra contra España y después en la Guerra del Pacífico; fue el primer comandante del batallón Atacama y participó en las campañas de Arequipa y Puno. Después de la guerra, comandó la Artillería de Costa de Valparaíso. El Congreso Nacional lo declaró Benemérito de la Patria.

El 15 de noviembre de 1931 reasumió la Vicepresidencia Montero y llamó a elecciones. Además de su propia candidatura se presentaron: Arturo Alessandri Palma, con el apoyo de una mescolanza política formada por el Partido Demócrata, la Legión Republicana, parte del Partido Socialista, el Partido Liberal-Democrático, el Radical Socialista y el Comité de Obreros Cesantes. Otros candidatos fueron Manuel Hidalgo y Elías Lafferte.

Montero resultó electo con el 63.8% de los votos.

Poco tiempo duró como Presidente, pues seis meses después fue depuesto y reemplazado por una Junta de Gobierno que duró dos días; y ésta, después de quince días, fue reemplazada por otra que se mantuvo una semana para entregar el mando a un Presidente Provisional, quien luego de diez semanas fue reemplazado por otro Presidente Provisional y quince días después entregó a un Vicepresidente.

Después de esta seguidilla fue elegido Arturo Alessandri Palma, que asumió el 24 de diciembre de 1932 y gobernó hasta 1938.

Esta trágica sucesión de autoridades no tuvo una causa única ni un único responsable y como lo dice *El Diario Ilustrado* citado, hubo mucha gente que hubiera debido dar cuenta de acciones y omisiones motivados por intereses de poder y dinero. En cambio, otros fueron víctimas de circunstancias ajenas a ellos mismos; tal es el caso de Montero, o de Pedro Blanquier, quien también fuera responsabilizado en esa época.

Contemporáneamente se produjeron situaciones que afectaron a la Fuerza Aérea, tales como algunos conatos rebeldes donde participaron aviadores, o la Revolución de la Escuadra, episodio donde el arma aérea mostró sus posibilidades, pero también las falencias que la aquejaban entonces. Un excelente relato sobre este tema se encuentra en el Tomo II de *Historia de la Fuerza Aérea de Chile*, de reciente publicación.

Al detallado análisis profesional, que nos evita tratarlo en estas páginas, habría que agregar dos asuntos que parecen interesantes y que podrían complementar lo dicho.

Uno de ellos es la reflexión que merece la sublevación de las tripulaciones de la Escuadra. Esto se produjo porque se había disminuido audazmente la dotación de oficiales, se había reducido los sueldos del personal, faltaban estímulos profesionales, se había infiltrado el Partido Comunista en las filas del personal del cuadro permanente y en alguna forma se pretendió copiar lo que había sucedido en Rusia durante la revolución bolchevique. Se mostró que la carencia de mandos orgánicos (los oficiales de los buques estaban presos a bordo) no permite la operación táctica de medios idóneos.

El otro elemento es que se pudo comprobar la eficacia del arma aérea contra unidades de superficie, pero simultáneamente quedó demostrado que en aviación no puede haber improvisación. La instrucción y entrenamiento son fundamentales para un buen empleo del avión como arma de combate. Pero no basta con un piloto de elevado nivel, también se debe tener disponible un apoyo logístico impecable y eso tiene un valor en dinero que una nación inteligente no puede cicarrear bajo premisas de desarrollo económico o social, ya que se puede llegar a tener un país altamente desarrollado y que sea tan vulnerable que no pueda conservar su soberanía.

Mientras en Chile se sucedían gobiernos y gobernantes como hojas barridas por vientos de otoño, la Fuerza Aérea daba pasos todavía algo vacilantes por su corta edad y por los desacuerdos entre Merino Benítez y Vergara Montero, quien aun teniendo cierta razón en sus argumentos sobre logística cometió un error al tratar de desprestigiar al Comodoro fundador, y aun de rivalizar con él.

Realmente en esa época aun no había conciencia aérea en el país... ¿la hay, ahora?

En el resto del mundo sucedían cosas muy interesantes en materia de aviación en 1932.

El 5 de febrero de ese año, tres aviones de caza Nakajima-3, despegando desde el portaaviones Hosho, derribaron a un avión de combate chino en el distrito Shingu dando comienzo a la guerra chino-japonesa que se alargaría por muchos años, con influencia en el desarrollo de la segunda guerra mundial y consecuencias que aún pueden percibirse.

El día 22 de agosto, dos aviadoras estadounidenses, Frances Marsalis y Louise Thaden establecieron un nuevo récord de permanencia en el aire, registrando 196 horas en un Curtiss Thrush.

La información recibida el 21 de mayo en todo el mundo significa un hecho importante en la historia de la aviación:

“La hazaña es notable en sí misma: el Atlántico Norte se ha atravesado más rápido que nunca a 237 K/hr. Pero lo más asombroso es el piloto que ha llevado a cabo esta aventura. Él o mejor ella, ya que se trata de una mujer: se llama Amelia Earhart. Esta delgada joven norteamericana, apodada miss Lindy, pues se parece a su compatriota Charles Lindbergh, repite la hazaña de este último, cinco años después. Ha decidido despegar, con su Lockheed Vega con motor refrigerado por aire de 425 c v, desde Harbour Grace (Terranova) el 20 de mayo, día del aniversario de la salida de Lindbergh. La travesía ha sido difícil; no sólo el mal tiempo no ha cesado, sino que una fuga de combustible, debido a la rotura de un conducto, ha estado a punto de ser fatal. Amelia finalmente ha aterrizado en un campo cerca de Londonberry, Irlanda. Ha recorrido 3.918 kilómetros en 13 horas y 33 minutos. Con un golpe de ala, ha dado un paso importante hacia la igualdad de hombres y mujeres...” (7).

Ese mismo año y día, en el fundo Trafún, en Río Bueno, una muchachita de doce años galopaba sintiéndose alada mientras iba soñando con que un día ella volaría como las aves o como esos extraños aviadores que aún no conocía personalmente, pero sin embargo quería imitar. Margot Duhalde también llegó a ser una gran aviadora que diera lustre al nombre de su patria.

El 5 de septiembre de 1932, Mae Haizlip, una piloto norteamericana, bate el récord femenino de velocidad, dejándolo en 405.9 km/h en un avión Wedell Williams.

También en ese año, el Dornier Do X, hidroavión con doce motores de seis pares en tandem, se posaba en el Muggelsee, cerca de Berlín. Este gigante de 52 toneladas tiene en la cabina de pasajeros sillones tapizados en cuero, alumbrado especial y... cocina eléctrica.

Mientras tanto, Alemania, Italia, Francia y la URSS dedican importantes esfuerzos para desarrollar aviones de guerra.

En EE.UU. es elegido Presidente Franklin D. Roosevelt, quien gobernaría ese país durante la década en que se desarrolló la Guerra Civil Española y se inició la Segunda Guerra Mundial, mientras USA lograba mantenerse al margen de esos conflictos aprovechando para crecer aceleradamente.

Durante todo el año 1932, a pesar de los avatares políticos que sacudían al país y que tocaban en diversas magnitudes a la Fuerza Aérea, esta institución continuó desarrollando sus actividades de la manera más normal posible, considerando que hubo tres Comandantes en Jefe durante el año:

17 de marzo de 1932, Marmaduke Grove Vallejos

22 de junio de 1932, Arturo Merino Benítez

14 de diciembre de 1932, Diego Aracena Aguilar

En virtud de ese empeño por continuar preparándose para cumplir su misión de defensa de la patria, siguió impartándose instrucción a los oficiales alumnos de la Escuela de Aviación, lo que permitió que se graduaran en diciembre como pilotos de guerra.

Recibieron su título el 31 de diciembre y entre los agraciados estaba el Teniente 1º Armando Ortiz Ramírez, que ese mismo día había recibido también su tercer galón.

Notas

1. Vial, Gonzalo. *Historia de Chile*, Volumen III, Ed. Santillana, 1988; pág. 128.
2. Sepúlveda Chavarría, Manuel. *Crónicas de la masonería chilena (1750-1949)*, tomo II; pág. 7.
3. *Revista masónica de Chile*, año 61, septiembre/octubre, 1984; pág. 5.
4. *Ídem*, págs. 5 y 6.
5. *El Diario Ilustrado*, 14 de septiembre de 1932, pág. 1, citado en Covarrubias, María Teresa. *Políticos y Militares*, Ed. Atena; 1991, pág. 183.
6. Somarriva, Mauricio. *Reseña histórica de la Respetable Logia "Verdad"*, N° 10, 1997.
7. *Crónicas de la aviación*, Plaza y Janés Editores, Tomo I, 1992; pág. 295.

Consolidando las alas

El 10 de enero de 1933, el Teniente 1º Armando Ortiz R. fue destinado desde la Escuela de Aviación donde había sido alumno, a la Escuadrilla de Bombardeo. La palabra destinado tiene un sentido casi simbólico, pues ambas unidades eran vecinas en la Base Aérea El Bosque.

Esto que hoy puede parecer extraño a muchas personas acostumbradas a ver la presencia de la Fuerza Aérea en todo el país y con instalaciones de sólida envergadura, no lo era tanto en su época naciente —llevaba dos años de vida solamente— pues las Bases eran pocas y con un desarrollo escaso.

La dotación de personal era reducida y el público aún no se acostumbraba a ver el uniforme de los aviadores, que para muchos eran una especie rara, por lo que no debe extrañar su corto tamaño relativo respecto de las otras instituciones de la defensa nacional. Esto último tenía una importancia significativa cuando se trataba de distribuir el presupuesto nacional, pues las autoridades en su mayoría continuaban pensando con la vieja mentalidad de contar el número de fusiles para decidir en situaciones de conflicto social y político.

Además, debe tenerse presente que la fundación de la Fuerza Aérea ocurrió solamente un año antes de algunos de los sucesos que hemos evocado en páginas precedentes, por lo que tampoco había tenido el tiempo necesario para consolidarse. Tan inestable era aún la existencia de este nuevo componente de la defensa nacional, que en algunas ocasiones el gobierno consideró seriamente la posibilidad de disolverla y reintegrar el personal a las instituciones de origen y distribuir los medios aéreos entre las fuerzas de superficie. Esta insensatez era, naturalmente, mirada con simpatía por altos mandos del Ejército y la Armada, pero era resistida con fuerza casi heroica por los máximos jefes de la Aviación.

Todo es posible en tiempos de convulsión política como lo fueron los años 1931-32.

Es obligación de los seres inteligentes sacar lecciones de la historia, aunque a veces parezca imposible.

Algo más de cuarenta años después, no faltó el iluminado que amenazó con medidas parecidas dando origen a comportamientos indeseables que obligaron a recordar las pugnas entre Merino Benítez y Vergara Montero, de las que el Comodoro salió con el cariño y respeto de sus compañeros de armas y de gran parte de la ciudadanía; en cambio, el juicio formado en torno a Vergara es condenatorio por su falta de lealtad institucional y su demostrada obsecuencia con el Sr. Montero y el General Vergara Montero, de quienes era primo y hermano respectivamente. Tal vez, la ambición lo cegó, pero el hecho es que la posteridad lo ha condenado.

Uno tiene derecho a preguntarse, cómo es posible que una persona cuya relación con la Fuerza Aérea era sutil, haya llegado a mandarla, incluso en momentos tan delicados como fue la sublevación de la Escuadra.

Revisando su ficha en el libro *Coroneles de Aviación* (1) encontramos que el año 1927 se le nombra Director del Grupo Técnico de Aviación (instalación logística) tal vez en mérito a que antes, en 1923, hizo un curso logístico en la Air Service Tactical School en USA y luego, cuando era Agregado Militar en Gran Bretaña, en 1925, había conocido las pruebas que se realizaban al material Vickers en Londres.

A su regreso a Chile, fue destinado al Grupo Técnico de Aviación, oportunidad que le permitió recibir instrucción de vuelo y recibir el título de piloto militar, entiéndase que no fue jamás aprobado como piloto de guerra.

Quien sí lo era, fue un hermano suyo, Modesto Vergara Montero, quien comandó el Grupo de Aviación N° 5 en 1929 cuando la Unidad se fundó y se trasladó a su Base definitiva en Puerto Montt.

De modo que un oficial de infantería, quien posiblemente poseía grandes méritos en su arma, no tenía las calificaciones necesarias para ser el jefe superior de una institución a la que conocía de manera superficial; es por eso que sus críticos recuerdan que su único soporte lo constituía su cercano parentesco con el Presidente Montero y con el Ministro de Guerra, General de Ejército Carlos Vergara Montero.

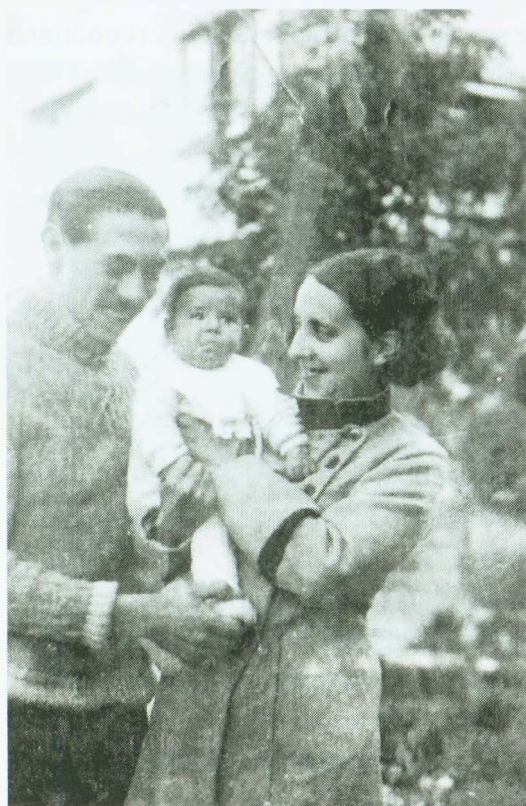
Es comprensible entonces la resistencia que encontró entre los oficiales de la Fuerza Aérea cuando se impuso su mando, aun por corto tiempo.

En medio de ese ambiente conflictivo y habiendo sido elegido ya Presidente de la República Arturo Alessandri Palma, el joven matrimonio Ortiz-Fernández se

enteró que la familia pronto estaría formada por tres personas. El nacimiento de su primera hija, Sara, los llenó de alegría y ella siempre sintió que sus padres le prodigaban un cariño especial, tal vez por el hecho involuntario de ser la primogénita.

Recuerda que su padre, sin descuidar a sus hermanos, mostró hacia ella una dedicación que se evidenciaba en una cantidad de gestos y actitudes.

Mientras el Teniente 1° Ortiz prestaba servicios en la Escuadrilla de Bombardeo y atendido su buen desempeño, se le envió como alumno a la Escuela de Tiro y Bombardeo Aéreo, que por entonces funcionaba en la Base Aérea de Quintero.



Armando e Inés, felices con su primera hija.



Inés, posando amorosamente con su hija Sara.

Un año feliz pasó la familia en la costera localidad de lo que hoy es Quinta Región. La acogida que la reducida población dio a los aviadores fue —y así siguió siendo siempre— muy cálida. Además, la actividad profesional tenía muy entusiasmado al joven Armando que hubiera deseado mantenerse por muchos años en esa

guarnición, pero el destino se mostró esquivo y, en febrero de 1934, fue nuevamente destinado cuando llevaba recién seis meses en la Escuela de Tiro y Bombardeo. Esta vez, muy contra su voluntad fue transferido a la Comandancia en Jefe.

Para su felicidad, sólo estuvo un mes en estas funciones administrativas que le resultaban altamente desagradables. Lejos estaba de pensar en que transcurridos algunos años volvería, pero esta vez como Comandante en Jefe.

El período comprendido desde 1931 a 1935 es una etapa donde resulta difícil encontrar muchas menciones a logros aeronáuticos y en cambio están plagados de accidentes con resultados de muertos y heridos.

Las razones para encontrar ese estado de cosas debieran ubicarse en dos condiciones diferentes pero relacionadas. Primero, la muy difícil situación económica que atravesaba el país, como consecuencia de actos propios agravados por la crisis de Wall Street, impedía a los pilotos mantener un adecuado entrenamiento en circunstancias que además la instrucción adolecía de diversas deficiencias, hasta el punto que el propio Comandante en Jefe de la época, el General Aracena, debía reconocer que no se volaba más de dos horas mensuales promedio por piloto, lo que naturalmente era insuficiente para mantener una eficiencia mínima. Segundo, el material había llegado en su mayoría a etapas de obsolescencia, lo que producía frecuentes fallas en vuelo que no sólo afectaban a los motores, sino en ocasiones se produjeron fracturas estructurales.

La suma de aviones viejos e indebidamente mantenidos por falta de repuestos, y pilotos con entrenamiento deficitario, no podían llevar a otros resultados que abundantes accidentes y ausencia de grandes resultados como se había tenido en el pasado.

La lectura de diversos testimonios sobre el estado del material aéreo nos obliga a mirar con mucha admiración y respeto a esas legiones de jóvenes aviadores que conscientes del riesgo cierto de sus vidas, continuaron en la hermosa tarea de construir una Fuerza Aérea.

Ramón Vergara Montero, en su libro *Por rutas extraviadas*, relata los problemas que tuvieron los aviones para atacar a la Escuadra en Coquimbo:

“Rodeados de explosiones altas y bajas, a 1.800 metros sobre el Latorre y a 120 Kms de velocidad, el teniente Luis Lepe lanzó una bomba de 300 kilos. Un inmenso pique observado en las inmediaciones del Latorre nos indicaba el punto de caída de la bomba. Las otras tres de 100 kgs., cada una, no caían a causa de haberse cortado el cable “control de lanzamiento...” (2).

“Habíamos gastado dos bombas de 300 kilos, dos de 100, 95 de 9 y 277 tiros

de ametralladora de 7 mm. Este escaso número de proyectiles consumidos, se debió al atascamiento de algunas ametralladoras” (3).

Luego de un mes en el Comando en Jefe regresó a la Escuadrilla de Bombardeo, donde permaneció por un espacio algo mayor a tres meses y fue destinado en julio de 1934 al Grupo de Aviación N° 3 en Temuco.



Alumnos de la Academia Aérea en visita profesional. Armando Ortiz es quien sostiene la gorra en la mano.

En ese período era Comandante del Grupo el Comandante de Escuadrilla Carlos Montecinos Asenjo y, segundo en el mando, Aurelio Celedón Palma.

El primero era un distinguido oficial que por allá en el 1921, cuando sólo tenía dos años de egresado desde la Escuela Militar, optó por la aviación en cuyas actividades permaneció hasta su retiro, mucho tiempo después. Montecinos había permanecido cinco años comisionado en Europa desde donde regresó para optar al título de Maestro de Vuelo, el que obtuvo con calificaciones excelentes. Su vocación aeronáutica se materializaba en especiales condiciones como piloto, a pesar

del tiempo pasado en el extranjero. Durante su mando en el Grupo N° 3 en Temuco llegó destinado el Teniente 1° Ortíz, con quien mantuvo una relación estrictamente formal en lo profesional como en lo privado.

Desafortunadamente para Armando Ortiz, su relación con el segundo comandante Aurelio Celedón fue áspera, dejando en estos dos futuros Comandantes en Jefe sentimientos de desafecto que les acompañaron por el resto de las respectivas carreras. Ya veremos más adelante que Celedón entregó la Comandancia en Jefe a Ortiz en circunstancias especiales.

A los pocos meses de haberse presentado al Grupo de Aviación N° 3, Ortiz fue destinado a la Dirección de Aeronáutica para desempeñarse como Jefe del Aeródromo de Copiapó, lo que no le resultó grato, pues lo sacaba de la línea regular de servicios alejándolo de Unidades de vuelo en las que había tenido poca ocasión de servir, ya que su paso por ellas había sido corto. Por razones que no hemos podido averiguar, esta destinación fue dejada sin efecto, un mes después de haber sido cursada y, en cambio, se le asignó al Grupo de Aviación N° 1 en Iquique, que ya comenzaba a construir su tradición de leyenda.

Quien haya servido en la vieja cuna de los cóndores allá arriba, en Alto Hospicio, no puede olvidar que cada jornada estuvo siempre impregnada de romanticismo en medio de un profundo sentido profesional.

Quince años después, cuando el Comandante de Grupo (Coronel) Armando Ortiz Ramírez prestaba servicios en el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas (hoy Estado Mayor de la Defensa Nacional), el autor de este libro llegó con toda su promoción destinado como joven Alférez al Grupo de Aviación N° 1, donde funcionaba el Curso de Tiro y Bombardeo. Allí, el Comandante era René González Rojas, hombre inteligente, culto y simpatiquísimo; algo bohemio supo ser tolerante en los desaguizados que en tierra y en el aire cometía esa alegre muchachada. El Segundo Comandante era el Capitán de Bandada (Comandante de Escuadrilla) Ricardo Ortega Fredes, oficial de excepcionales cualidades personales y profesionales. El ratón Ortega, como lo conocimos todos los que le quisimos con la sólida camaradería de los aviadores, sabía dar el garrote y la zanahoria. Hermoso tiempo en que la pampa y el mar fueron testigos permanentes de poco santas aserruchadas y programados vuelos rasantes de las alas con ansia de infinito en los roncós T-6.

A ese hermoso escenario llegó Armando Ortiz con el grado de Teniente 1°, grado que conservó sólo algunos meses, pues en enero de 1936 fue ascendido a Capitán de Bandada.

En esta Unidad pudo volar en los aviones Curtiss Falcon y Curtiss Hawk, considerados modernos aviones de combate aunque llevaban ya varios años en servicio en Chile y bastantes más en otros países. En Estados Unidos ya un Falcon había sido utilizado en 1924, el 23 de junio para realizar una travesía transcontinental en 21 horas y 44 minutos, de los cuales 18 horas y 12 minutos fueron de vuelo.

Con estos aviones de más de quince años de vida efectiva, los pilotos del Grupo Uno realizaban vuelos inclusive hasta Puerto Montt, lo que debe ser apreciado en perspectiva de la época, cuando la mayoría de los chilenos creían solamente en el transporte terrestre y, eventualmente, marítimo.

El Grupo de Aviación N° 1 ya llevaba varios años en que sus pilotos, gracias a la pluma dorada de Diego Barros, cantaban su himno:

Águilas blancas de la pampa,
bandada audaz de juventud.
Jinetes que cabalgan el relámpago,
Grupo Uno... ¡Salud!

Cada día, al despegar, sintiendo el sol ardiente del desierto mientras las alas surcaban el hondo precipicio de Alto Hospicio, que deja a la vista la rada heroica, Armando Ortiz debió sentirse muy feliz de haber vencido los desacuerdos con su hermano mayor y así ingresar a la Fuerza Aérea.

En Iquique, tal vez más que en otras ciudades, ha sido tradicional una estrecha camaradería entre los miembros de las Fuerzas Armadas y en el caso, entre el Grupo de Aviación N° 1 y el Regimiento de Caballería Granaderos, amistad que se mantuvo por muchos años, hasta que el Granaderos dejó su hermoso y viejo cuartel.

El Capitán de Bandada Ortiz era ya un oficial de la categoría de jefes pero no podía olvidar sus viejas pasiones por la equitación, lo que, unido a la amistad con sus antiguos colegas, le permitió practicar con frecuencia su deporte favorito en el picadero de los militares.

A la actividad profesional de primera categoría, se unía la práctica de deportes como la equitación o la natación, que es posible disfrutar casi todo el año en el balneario de Cavancha. Allí se da cita gran parte de los sectores de mayor gravitación en la ciudad, quienes siempre han brindado a los aviadores una muy grata acogida. De esta forma se daban las condiciones para que la vida de la familia, ahora aumentada a cuatro por el nacimiento de un segundo hijo –Víctor Armando– ocurrido justamente en Iquique, pudiera ser muy agradable, sin embargo las cir-

cunstancias con su carga de imprevistos dijeron otra cosa y cuando recién cumplía diez meses de estar destinado en esa Unidad, fue trasladado al Grupo de Aviación N° 2 con base en Quintero.

El 1° de marzo de 1936, Armando Ortiz se presentó a su nueva destinación, cuando el mundo se estaba preparando para una guerra que traería destrucción y muerte a la humanidad. El año anterior, Italia había invadido Abisinia en una marcha de conquista que convenció a Mussolini de ser el César redivivo, porque no fue capaz de comprender la enorme diferencia de potenciales. A pesar que el Negus creyera ser descendiente de Salomón y la reina de Saba, no pudo contener a las fuerzas itálicas aunque su nombre –Haile Selassie– significara “la fuerza de la Trinidad”. En Alemania habían ya comenzado las purgas nazis bajo el gobierno de Hitler y aunque la dictadura era una realidad evidente, el progreso económico, científico y militar parecían incontrarrestables.

En los dos países se estaba dando una muestra de cuán eficientes económicamente pueden ser las dictaduras de derecha ya que quien no está de acuerdo con el modelo económico es agredido físicamente e incluso asesinado. En cambio, las dictaduras de izquierda suelen ser ruinosas en cuanto desincentivan la iniciativa particular al negar la economía privada. Unas y otras alimentan mitos en torno a la figura del dictador, a quien sus partidarios lo siguen añorando aunque ya hayan pasado muchos años desde que fueran rechazados.

En 1936 se inició la sangrienta guerra civil española, donde ambos bandos dispusieron de material bélico que distintas potencias productoras querían probar y que les entregaban con el hipócrita llamado de cooperación para el triunfo de la justicia.

Principalmente Alemania, Italia y Rusia aportaron aviones de combate para que los españoles se mataran entre ellos. Durante este largo conflicto intestino tuvieron muchas oportunidades para verificar las cualidades o defectos de sus armamentos y, para el caso que más nos preocupa, de sus aviones.

A menudo el cable entregaba informaciones sobre determinadas acciones donde los aviones alemanes u otros se habían demostrado como eficientes.

La guerra comenzó, para todos los fines prácticos, con el levantamiento de Franco en África, cuyas tropas debían ser trasladadas rápidamente a la Península donde sus partidarios estaban siendo copados por el pueblo en armas y algunas unidades militares que habían continuado leales al Gobierno. Para esta operación, tanto Hitler como Mussolini ofrecieron cooperación y cumplieron, con lo que se

pudo transportar por aire a 24.000 hombres, siendo éste el primer puente aéreo que se puede mencionar con seriedad. Los aviones empleados fueron mayoritariamente Junkers JU-52 que luego serían reacondicionados como bombarderos para atacar Madrid, Mérida, Badajoz y Zaragoza.

A estos aviones del bando llamado nacionalista, se opusieron de parte de los republicanos los Polikarpov I-15 e I-16 con excelente resultado para los aviones rusos que habían costado, cada uno, la inmensa suma de US\$ 35.000 de la época.

Ese mismo año, en España se probaban tres prototipos del caza alemán Messerschmitt Bf 109 con denominaciones V 3, V 4 y V 5. El V 3 se accidentó al despegue en Sevilla porque su piloto, el sargento Klein, no acató las instrucciones que se le habían dado. El V 4 fue llevado al frente de Madrid por su piloto, el teniente Hannes Trautloft y, finalmente, el V 5 fue sometido a pruebas que se aprobaron. Otro avión alemán que fue sometido a pruebas del mismo tipo, era el He 112 V 4; este avión estaba armado con dos cañones de 20 mm. Otro prototipo que se probó en Sevilla el año 1936 fue el JU 87, el que fuera famoso Stuka.

Naturalmente no había gran divulgación sobre estos aviones y los resultados de sus pruebas; pero con gran sentido profesional, había oficiales chilenos de la Fuerza Aérea que lograban alguna información y comparaban con la pobreza en que se debatía su institución en este país, tema que ya comentaremos, pero sigamos con los beligerantes en la guerra española.

En 1937, combatían en la península aviones He 111 y Dornier DO 17 que con típica gracia española los habían bautizado como Pedro y Bacalao, respectivamente, así como al Heinkel He 45 le llamaban Pavo.

Sabemos que el 26 de abril de 1937, tres He 111 y tres escuadrillas de Ju 52 bombardearon Guernica durante tres horas, lanzando más de cincuenta toneladas de explosivos que arrasaron gran parte de la ciudad. Todos estos aviones pertenecían a la Legión Cóndor alemana combatiendo en España. El ataque, según algunos corresponsales británicos, dejó más de mil muertos, pero según habitantes de la ciudad le contaron al autor de este libro que ellos vieron una gran destrucción y se hablaba en la misma Guernica de varios miles de muertos.

Por su parte, las fuerzas republicanas equipadas con bombarderos Tupolev SB-2 Katiuskas, escoltados por cazas biplanos I-15 y varias escuadrillas de monoplanos I-16 atacan en operaciones tácticas conjuntas con blindados.

Mientras esto sucedía en España, el General Diego Aracena, con profundo sentido profesional y definida personalidad, hacía presente al gobierno la extrema incapacidad operativa en que estaba cayendo la Fuerza Aérea, lo que le impediría

en un momento de crisis poder cumplir con su misión de garantizar la seguridad aérea nacional.

En algunos otros libros de esta colección hemos destacado la gran coherencia que ha sabido mostrar la Fuerza Aérea en su vida, preocupada por alcanzar el mejor nivel posible de eficiencia profesional, con plena conciencia de las limitaciones que impone el desarrollo económico del país, y aun cuando en algunos períodos debió aceptar la “ayuda” norteamericana, en general el material aéreo ha sido comprado de acuerdo a lo que se estimó más conveniente y factible.

En este sentido es interesante destacar que varias veces las compras de aviones se han iniciado bajo un Comandante en Jefe y se han materializado con el siguiente, lo que habla muy bien de la seriedad de los estudios realizados y del espíritu profesional de sus autoridades superiores.

En 1936 la Fuerza Aérea había presentado un completo plan de adquisiciones cuya autorización fue establecida por la Ley N° 6011 de 30 de enero de 1937 por un monto \$ 100.000.000 (cien millones), que convertidos en libras esterlinas permitirían materializar casi todo lo propuesto, pero con la condición de comprar en Alemania e Italia.

En muchas oportunidades hemos visto cómo sectores políticos opinan con egoístas propósitos electorales, acerca de lo humano y lo divino en materia de equipamiento para la defensa nacional. Un conocido político decía, no hace mucho tiempo, que si de él dependiera vendería el Boeing 737-500 para dedicarlo a programas que le parecían importantes. La pregunta racional que surge es ¿cómo puede el Presidente de la República estar oportunamente en las cada vez más numerosas reuniones de Jefes de Estado y llegar con parecido decoro a como lo hace la casi totalidad de sus colegas en el mundo? Al observador desapasionado no le cabe mucha duda de que si el país vendiera esa aeronave, inmediatamente los correligionarios de la persona aludida rasgarían vestiduras porque así se lesionaba el prestigio nacional y que el dinero obtenido en la venta no alcanzaba para gran cosa.

Afortunadamente, en 1937 no le hicieron caso a los profetas que criticaban todo lo que hacía el gobierno de la época. El mundo cambia poco.

Las compras se efectuaron principalmente en Alemania y algo en Italia. El tomo II de *Historia de la Fuerza Aérea* trata el tema con gran detalle por lo que recomendamos al lector remitirse a ese texto para conocer mejor esta materia.

Como decíamos antes, en 1936 Armando Ortiz fue destinado al Grupo de Aviación N° 2, en Quintero.

Un poco más de un año permaneció en esta Unidad, volando en aviones anfíbios y botes voladores ingleses que en la época permitieron una larga serie de exploraciones de ruta hacia el sur.

Durante este tiempo en Quintero la familia continuó su eterno rodar como si fueran nómades. Si a estos frecuentes traslados con todos sus enseres, y sabiendo que los sueldos eran realmente miserables, agregamos la incertidumbre acerca de su destino en el año que vendría, comprendemos el sacrificio de la familia –en particular la esposa– que debía desarmar los reducidos mobiliarios y armarlos en la nueva ciudad, pues normalmente los maridos ofrecían una cooperación limitada por cuanto debían continuar prestando servicios en forma casi ininterrumpida. No podemos sino imaginar a la joven Inés, con dos niños y un notorio tercer embarazo, habiendo adquirido amistades que luego abandonaba por deber irse a otra guarnición y eso, varias veces.

El espíritu que mostró durante todos sus años de matrimonio logró despertar en sus hijos y personas que le conocieron un sentimiento profundo de cariño y admiración.

Poco más de un año alcanzó a vivir la familia en Quintero cuando la superioridad institucional decidió, en abril de 1937, comandar al Capitán de Bandada (hoy Comandante de Escuadrilla) a la Academia Aérea para ingresar como alumno del primer curso.

No cabe duda, al mirar la Hoja de Vida del General Armando Ortiz Ramírez, que su vocación profesional no lo limitaba sólo al vuelo, sino que estaba en el fondo de su concepción acerca de lo que debía ser un oficial, el hecho de estudiar formalmente el arte de la guerra. Además fue un muy buen estudiante a lo largo de su carrera, lo que se comienza a demostrar en la Escuela Militar pues egresó como oficial con la novena antigüedad entre 138 compañeros del Curso Militar, lo que representaba estar en el pequeño grupo que encabezaba a su promoción. Hoy, que están de moda los términos deportivos, alguien podría decir que fue Top Ten en la Escuela y no se equivocaría.

Luego se preocupó de ir lo más pronto posible a la Academia de Guerra Aérea, que en la época se llamaba Academia Aérea y ese año 1937 en el que fue fundada, integró el primer curso, donde había cinco comandantes y cinco capitanes, siendo Ortiz la penúltima antigüedad, esto es uno de los más jóvenes. Obtuvo el segundo lugar de su curso. Esta ubicación en su promoción de la Academia está registrada en su Hoja de Vida y es interesante consignarlo porque a menudo encontramos personas que aumentan sus méritos en base a exageraciones.

Hay una anécdota que ilustra muy bien esta idea.

Hace algo más de veinte años, un oficial del grado de Comandante de Escuadrilla cursaba el segundo año en la Academia de Guerra Aérea (se llamaba Curso Especial) y tenía buenos resultados que le permitirían a fin de año graduarse como oficial de Estado Mayor. Un General que le tenía mucho afecto le preguntó, en cierta ocasión, qué resultados estaba obteniendo en sus estudios. El Comandante contestó en seguida: “muy bien, mi General, tengo el segundo lugar de mi curso”. Naturalmente, el General lo felicitó y lo exhortó a continuar así hasta terminar el año.

Cuando se iba a despedir, el Comandante, con una sonrisa, explicó: “Mi General, en verdad no tengo el segundo lugar; estoy más o menos en la mitad, pero no importa porque todo el mundo sabe quién es el primero porque se lleva todos los premios y nadie se preocupa mucho del orden en que queda el resto; por eso, si le digo que estoy segundo no tiene mayor trascendencia porque la cosa es salir primero... y de no ser así, todos dirán más tarde que fueron segundo en su promoción”.

El general rió con la muestra de humor, pero le aconsejó no tener planteamientos tan cínicos.

 El Capitán de Bandada Armando Ortiz Ramírez, en realidad obtuvo el segundo lugar de su promoción en la Academia Aérea al egresar en 1938, pero en aquella época no se otorgaba título de oficial de Estado Mayor, por lo que algunos años después, cuando la Academia Aérea estaba cerrada por motivos institucionales que veremos más adelante, fue como alumno a la Academia de Guerra del Ejército y tras tres años de estudios en ese establecimiento, logró su graduación como Oficial de Estado Mayor.

En 1937, cuando se decidió fundar la Academia Aérea no se disponía de un edificio adecuado para este efecto, por lo que comenzó sus actividades en una incómoda dependencia vecina a la oficina del Jefe de Estado Mayor. Hoy, en que la Academia dispone de instalaciones de alta calidad, resulta difícil imaginar cómo se las arreglarían los alumnos para estudiar con las presumibles interrupciones por los más variados motivos.

La historia de la Academia de Guerra Aérea ha sido un poco la historia de toda joven y pujante nueva organización. Allí pasó lo mismo que en toda la Institución, se fueron creando organismos indispensables a fuerza de brío y tenacidad. Es cierto que los mandos superiores tomaban las determinaciones y –poco o nada– se conseguía presupuesto con un gobierno que no estaba convencido de la necesidad imperiosa de contar con una Fuerza Aérea moderna; más bien le impresionaba la

tradición y la cantidad de fusiles que podía ver en desfiles y huelgas. Sin embargo, todos los hombres vestidos de azul aéreo empujaban con lealtad rumbo al progreso y la consolidación.

Un día llegaron muchos aviones de Europa y poco después desde Estados Unidos y entonces hubo de cerrarse la Academia para completar las dotaciones en las Unidades aéreas. Cuando se produjo alguna racionalización en la administración de personal, se arrendó una vieja casona en calle Catedral N° 1740 y, por algunos años, los jóvenes oficiales de la primera mitad de la década de 1950 pasábamos frente a ella preguntándonos qué se estudiaría allí y cómo seríamos cuando nos tocara pisar sus aulas, que nos parecían algo misteriosas. Pero el tiempo transcurrió y la Fuerza Aérea adquirió una amplia propiedad, ubicada en Avenida José Pedro Alessandri N° 550 para albergar allí a la Academia de Guerra Aérea.

Ya no quedan en servicio oficiales de los que nos graduamos en Macul 550.

El sentido del humor hizo correr la broma de que el número del inmueble era premonitorio, pues se exigía nota 5.50 como mínimo para pasar a segundo año. El lugar siempre dio motivo para toda clase de comentarios.

Otro tema vinculado con la ubicación de la Academia de Guerra Aérea en ese lugar, era el de las manifestaciones populares, que con el correr de los años fueron haciéndose cada vez más destructivas y donde jugaban un papel importante los alumnos universitarios, y entre ellos los del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile que más tarde sería transformado en Universidad de Ciencias de la Educación, pero que pese al cambio de nombre siguió siendo un foco de desmanes más y más violentos, impulsados por una minoría marxista radicalizada, acompañada por agitadores profesionales y lumpen. Pero como fuera, es un deber reconocer que los revoltosos respetaron a la Academia mientras muchos inmuebles vecinos recibían pedradas. Eventualmente alguien escribió algo con pintura negra en sus paredes pintadas de color azul aéreo, pero nada ofensivo para la Institución y solamente se trató en esas escasas ocasiones de alguno de los tantos “slogans” políticos que aparecían por doquier.

En el año 1972, en abril, un día el Director de la Academia, el Coronel Nicanor Díaz, citó a su oficina al Comandante de Grupo, Secretario de Estudios y autor de esta obra, para darle la misión de ir con una agrupación de ocho cabos a instalarse en los terrenos de lo que sería la nueva Academia de Guerra Aérea en calle La Cabaña, en Las Condes.

En el lugar había un hermoso y moderno edificio que servía de noviciado a una congregación de monjas, la que, por causas para nosotros desconocidas, había

disminuido notoriamente su cantidad de novicias. A lo anterior se agregaba el hecho de que el gran edificio fue construido en un predio de varias hectáreas y a esa fecha (1972) estaba rodeado por campamentos con nombres de fantasía con los que se pretendía atemorizar a la gente, tales como “Che Guevara”, “Fidel Ernesto” y otros similares. En el caso de las monjitas lograron su cometido y estas buenas mujeres decidieron vender la propiedad que fue comprada por la Fuerza Aérea.

La tarea encargada a este oficial fue bien clara:

–En todo el perímetro haga instalar carteles visibles que digan “Recinto aéreo”, “Prohibido el paso”, “Peligro” y otros más ominosos.

Se cumplió la orden y a distintas horas de la tarde y la noche el personal practicó tiro al blanco con carabinas Garand y subametralladoras Thompson. El resultado fue el previsible: hacía mucho tiempo que las monjitas no dormían tan tranquilas, pese a los nutridos disparos de los cuales estaban advertidas.

Permanecimos dos días de guardia en el recinto mientras se iniciaba la mudanza de las pocas pertenencias que aún guardaba la congregación en el lugar; mientras la Academia procedía casi simultáneamente al traslado de sus bienes muebles desde Macul a La Cabaña.

La limpieza del terreno tomó largas semanas y poco a poco se pudo percibir un recinto aéreo que estaba a la altura de su misión y que con los años se ha ampliado y perfeccionado.

Armando Ortiz permaneció como alumno del Instituto los años 1937 y 1938 y al egresar fue destinado de regreso al Grupo de Aviación N° 2, el 22 de febrero de 1939.

Ese año, entre otros colegas se juntaron tres oficiales que con el correr de los años llegarían a ocupar la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea. Uno, era el Capitán de Bandada Armando Ortiz, y los otros eran los Tenientes 1° Eduardo Iensen y Máximo Errázuriz. ¿De qué conversaban cuando se reunían por razones de servicio o por motivos sociales? ¿Cuál era la relación entre sus esposas?, pues los tres eran casados con las mujeres que los acompañaron hasta la culminación de sus carreras.

Eran años de penuria económica para los miembros de las fuerzas armadas, pues los sueldos eran de modestia franciscana y casi no se contaba con apoyos de bienestar social tales como casas fiscales para arrendar a precios alcanzables, clubes sociales o centros de recreación y sin embargo había que mantener una apariencia de burgués semiacomodado. Todo eso imponía obligaciones que hoy se perci-

ben de manera diferente, como por ejemplo la importancia de que la mamá ejerciera un fundamental complemento del colegio.

La hija mayor del General Ortiz recuerda con cierta dosis de emoción la vida familiar en Quintero, a pesar de ser ella una pequeñuela, cuando uno de los grandes paseos eran el día domingo al ir a almorzar al Casino de Oficiales, pues nadie podía imaginar que un Capitán de Bandada (actual Comandante de Escuadrilla), casado, con tres hijos y un cuarto por nacer podía darse el lujo de ir a un restaurante con su esposa... y tampoco solo.

Otra de las escenas que Sara revive en sus evocaciones es la de su padre: un hombre esbelto, cordial y de gran afición deportiva, jugando tenis con gran frecuencia y haciéndole bromas a otros colegas por su sedentarismo.

Compartía sus aficiones con su amigo Carlos Anwandter, con quien a menudo practicaban deporte y se visitaban por las tardes, mientras sus esposas: Inés de Ortiz y Olguita de Anwandter hacían muñecas cuya venta se destinaba a obras de caridad. ¡Ellas!, que tenían una situación económica modesta por los escuálidos sueldos de los maridos, sabían compartir con alto espíritu social con quienes tenían menos en una actitud que se llama solidaridad, comprensión de cómo comportarse en provecho del bien común.

Este recuerdo es oportuno para comentar acerca de una imagen que se suele diseñar sobre las esposas de los hombres de las fuerzas armadas.

Se ha convertido en una opinión que se suele escuchar que “las mujeres de los milicos”, término con el que encierran a todas las señoras sin distinción de grados o instituciones de sus maridos, son superficiales, flojas y preocupadas solamente de verse bien.

Tal vez es bueno que traten de verse bien, cuando uno puede contemplar a tanto esperpento a lo ancho del espectro social, político y económico que al tratar de “verse bien” producen pena por los esfuerzos frustrados tratando de cubrir los años o abusando de la cirugía plástica, la silicona y los gimnasios sofisticados.

Respecto a la flojera, hay que recordar que con sueldos muy distantes de un empresario, parlamentario, ejecutivo de empresas o determinados profesionales, las esposas no pueden ser flojas si –como lo hacen– mantienen los hogares pulcros y los hijos limpios. En realidad no tienen tiempo para la holganza. Agréguese a lo anterior que en la Fuerza Aérea, más del 60% de las esposas del personal institucional, trabaja fuera del hogar, sin abandonar sus funciones de ama de casa.

En cuanto a ser superficiales, la gran mayoría de ellas tiene un nivel educacional correspondiente a estudio de educación superior y lo normal es encontrar que

aun las señoras de los funcionarios de grados más bajos tienen, al menos, educación media terminada. No hay razones aparentes para que esto sea diferente en las otras fuerzas armadas y Carabineros.

Es posible que muchas personas se hayan dejado impresionar por situaciones especiales de un pasado no lejano, pero es bueno recordar que una golondrina no hace verano.

En 1939, en Quintero se vivía con modestia económica, con espíritu solidario en lo social y una elevada vocación por el servicio y en esas circunstancias no era infrecuente que alterara el acontecer de la familia aérea algún accidente, a veces mortal.

Siempre presente en los recuerdos de Sara Ortiz, la hija primogénita de Armando, está un día en que jugando con su amiga de la misma edad, Carmencita Anwandter, vieron llegar al Capitán de Bandada Armando Ortiz con aspecto cansado y, aunque trató de ocultarlo, vieron que la manga de su uniforme estaba manchada de sangre, después oyeron decir que ese día, el tío... (no recuerda su nombre) se había matado en un avión y el papá corrió a sacarlo de la cabina.

Ésa era la vida de los aviadores en Chile, cuando en Europa comenzaba la tormenta.

En 1939, Alemania se anexa Checoslovaquia, el mismo país que después de la guerra pasaría de la tiranía hitleriana, a la demencia stalinista, para terminar dividido en los Estados de Eslovaquia y República Checa.

Ese mismo año terminó la Guerra Civil Española, donde los civilizados países europeos probaban sus armas para saber cómo matar a más gente con menos costo económico; y también en ese año Alemania invadió Polonia gracias a un cordial acuerdo entre dos dictadores que después combatirían uno contra otro. Esto último es sólo una forma de decir, porque todos los dictadores han sido unos redomados cobardes que aparentan bravura pero mandan a otros para que hagan el trabajo sucio, y cuando se trata de responder ante la historia o la justicia sufren tremendos ataques de amnesia u otras formas de trastornos mentales.

En Chile, recién había terminado el sexenio de Arturo Alessandri y el nuevo Presidente que se llamaba Pedro Aguirre Cerda comenzaría a dar un cambio a la política nacional por la cual la oligarquía daba estertores y se empezaba a perfilar una democracia que hasta entonces era básicamente una ilusión.

El nuevo Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea era el General del Aire Armando Castro López, personalidad ligada a la actividad aérea desde hacía muchos años, pues apenas alcanzó a permanecer cinco años como oficial de Ejército

en actividades propias de esa Institución para luego incorporarse definitivamente a la aviación a partir del 15 de marzo de 1919, cuando aún era un joven Teniente de veintiséis años. Dejaron recuerdos imborrables en la Fuerza Aérea su sólida vocación y clara inteligencia, cualidades que unidas a un recio carácter le permitieron ser un ejemplo para futuras generaciones de aviadores.

El 23 de abril de 1940, el Capitán de Bandada Armando Ortiz fue nombrado Segundo Comandante del Grupo de Aviación N° 2 que en esa oportunidad era la unidad más potente de la Fuerza Aérea, con aviones alemanes e ingleses haciendo un total de dieciocho aeronaves que se desglosaban así:

6 Arado A.R. 95
4 Dornier Wal, Napier
1 Dornier Wal, Rolls Royce
2 Avro 626
3 Avro Lynx
2 Fairey III F (4)

Al decir más potente no estamos olvidando al Grupo de Aviación N° 4, que entonces estaba basado en El Bosque, pero esa Unidad estaba dotada con aviones NARDI y BREDA cuya vida de servicio en la Fuerza Aérea fue efímera por la significativa cantidad de accidentes en los cuales estuvieron comprometidos.

Con ese material y una importante dotación de personal, resultó realmente un placer para Ortiz ejercer la segunda comandancia, puesto que le permitía desarrollar muchas iniciativas y al mismo tiempo podía mantener una adecuada actividad como piloto.

Pero la vida de un aviador imponía muchos desplazamientos y aunque él mismo estaba muy grato en esa Unidad y su familia, que había aumentado con otro hijo, estaba feliz por el buen ambiente que se disfrutaba en un clima gratísimo; antes de cumplir un año como segundo comandante, la superioridad institucional decidió su traslado y es así que fue transferido al Estado Mayor de la Fuerza Aérea, en Santiago.

La aridez de las nuevas funciones, unidas a los inconvenientes económicos y complicaciones en las disponibilidades de tiempo en Santiago hicieron que el grupo familiar mirara con tristeza la partida desde Quintero y la llegada a la capital; pero las órdenes que recibe un hombre de armas son para cumplirlas y no para discutir las.



Posando con aspecto de capa y espada.

Sin embargo, no hay mal que dure cien años, y en este caso se dio el proverbio con justeza, pues poco después de cumplir un año en esa repartición recibió una destinación que lo llenó de alegría.

Se le nombró Comandante del Grupo de Aviación N° 3, pero sus mejores deseos de comandar una Unidad donde la actividad aérea fuera incesante se vieron frustrados, ya que por razones logísticas parte de su dotación de aviones fue transferida al Grupo de Aviación N° 1 en Iquique.

Sin embargo, pese a la limitación en la cantidad de aeronaves, se pudo continuar desarrollando los programas previstos para mantener el entrenamiento de las tripulaciones y al mismo tiempo cumplir tareas de apoyo a la ciudadanía, particularmente en zonas aisladas a donde era (y a veces sigue siéndolo) difícil llegar por un medio distinto al aéreo.

Sin habérselo propuesto, llegaba a la zona donde había vivido hacía treinta años, cuando su padre fue Gobernador en Lautaro.

Ahora, su puesto de mando estaba en Temuco pero ya resultaba fácil recorrer los pocos kilómetros que separan a ambas ciudades, por lo que más de una vez fue a visitar la casa donde vivió y hasta pudo ubicar el puente desde el que cayó y motivó su traslado a la enfermería del regimiento.

En esa Unidad nombró como su Ayudante al Subteniente Enrique Varela Aguirre quien enhebrando recuerdos contó que un día llegó hasta la ayudantía un Capitán del Escalafón de los Servicios y le ordenó copiar unas actas. El subteniente lo miró de manera agresiva y respondió un tajante: “Usted no tiene mando, así es que no me puede dar órdenes... mi capitán”.

El Capitán no respondió, si no que entró a la oficina del Comandante Ortiz.

Al poco rato salió el capitán y el comandante llamó a su ayudante:

“Mire Varela, usted tiene razón en que ese oficial no puede darle órdenes, pero en la vida hay que saber contestar armonizando lo justo con lo diplomático, por lo que le daré la oportunidad de meditar sobre este hecho durante tres días en su pieza”.

En buen castellano, lo estaba mandando arrestado, aunque no le dejaría una anotación en la Hoja de Vida.

Al día siguiente, al atardecer, el Comandante Ortiz iba en su automóvil hacia la Base, cuando vio a una joven que caminaba en la misma dirección. Gentilmente ofreció llevarla y una vez en el auto le preguntó a dónde iba, a lo que la muchacha respondió:



En su casa de Temuco, cuando comandaba el Grupo de Aviación N° 3.

“Al Casino de Oficiales a visitar a mi amigo el subteniente Varela que está castigado por culpa del comandante”.

Ortiz la dejó en el Casino y al día siguiente citó al subteniente a su oficina donde le dijo:

“Así es que está castigado por culpa mía. Mire joven, todavía le falta mucho por aprender en la vida y para eso, si algún día yo fuera Comandante en Jefe, lo tendría a usted de ayudante para que supiera lo que es sufrir”.

No podía Armando Ortiz imaginar en ese momento que algunos años después llegaría a ejercer el mando superior de la Institución, y cuando eso sucedió recordó su promesa, la cumplió y a pesar de la diferencia de grados nació entre ambos una sólida amistad.

Un factor que contribuyó grandemente para hacer placentera la vida de los Ortiz-Fernández estuvo relacionado con el gran sentido familiar que siempre abrigaron y que en Temuco encontró una excelente expresión pues allí vivían dos de las hermanas de Armando.

Marta, como ya lo hemos dicho, era casada con Carlos Mechasky Coelho quien era agente viajero, por lo que estaba obligado a recorrer con gran frecuencia toda la región sur desde Concepción hasta Puerto Montt pero que ya en la época de nuestro relato había adquirido una pequeña propiedad agrícola a pocos kilómetros de Temuco. En esa casa rural vivía el matrimonio con sus cuatro hijos: Carlos, Eliana, Marta y Adriana.

En la misma ciudad vivía la hermana que precedía a Armando; Cefira, casada con el odontólogo Humberto Almazábal Pinto, un distinguido caballero que además de sus cualidades profesionales era un rendido admirador del vuelo, por lo que su relación con el cuñado aviador era estrecha y ambos tendrían una seria influencia en el porvenir de una de las hijas Almazábal. Los hijos del doctor y Cefira eran cinco: Silvia, Humberto, Lucy, Mario y Adriana.

La vida familiar era intensa pues se daba la buena y poco frecuente fortuna de que tres hermanos ya casados y con varios hijos volvieran a vivir a la zona que los había cobijado cuando eran pequeños.

El ser humano siempre ha asociado a la altura con la divinidad y con el misterio de llegar a regiones desconocidas donde en alguna medida se dan condiciones mágicas. En los atardeceres, sentados a orillas del mar miramos el rojo sol que se hunde lentamente en el abismo insondable del horizonte y contemplamos el vuelo elegante de las aves que van a pasar la noche en algún lugar y en esos instantes somos capaces de construir todo un mundo de fantasía con princesas, dragones y castillos, mientras un caballero alado llega a rescatar a su enamorada, y soñamos, y soñamos que volamos hasta un reino etéreo y somos felices y capaces de imaginar mil maravillas.

Con razón dijo Diego Barros, hablando de los aviadores:

“¿Quién al verlos pasar, alto, muy alto
como cisnes que emigran de un lugar,
vuelta al cielo la cara iluminada
siguiendo el paso azul de la bandada
no ha sentido el anhelo de volar?”.

En 1940, la actividad aérea era aún poco conocida en Chile y, tal vez por eso, los aviadores eran mirados con algo de admiración y envidia por los que tenían que desplazarse por la superficie del planeta. Volar era todavía algo misterioso cuya clave guardaban los aviadores. Pero si eran mirados rodeados por un aura especial,

también las madres, novias y esposas vivían con la preocupación permanente ¿y si a él le pasara algo?; nadie hablaba de muerte, era preferible espantar esa palabra tan trágica. Los únicos que lo decían sin ambages eran los aviadores para comentar como algo casi trivial: mi amigo Juan se mató el otro día.

Esta mezcla de sentimientos encontrados alrededor de los aviadores, los convertía en fáciles sujetos de adoración para los niños tocados por el destino quienes soñaban también con ser aviadores como el tío Carlos o el primo Juan.

No fue raro entonces que en Temuco, allá por el año 1940, una niña encantadora y bella llamada Lucy Almazábal Ortiz se prometiera a sí misma que un día sería piloto como lo era su tío Armando. Y la niña cumplió su propósito y con el correr del tiempo fue aviadora enamorada del cielo azul para mirar desde lo alto, entre la mirilla de nubes blancas, la verde tierra sureña o la café del norte que sería definitiva. Pero de ella hablaremos más adelante en este libro.

Digamos ahora que las tres familias gozaron de un período hermoso, del que no sólo nacieron deseos de volar entre los jóvenes y pequeños primos, sino también se tejieron amores que culminaron con el matrimonio muchos años después entre Sara Ortiz Fernández y su primo Mario Almazábal Ortiz, que el correr del tiempo enfrió.

Pero... un año pasó y Armando Ortiz fue nuevamente destinado a Santiago, dejando junto a hermosos recuerdos una parte de sí mismo.

Notas

1. *Coroneles de Aviación, op. cit.*
2. Vergara Montero, Ramón. *Por rutas extraviadas*, Imprenta Universitaria, 1933; pág. 52.
3. *Ídem*, pág. 53.
4. *Historia de la Fuerza Aérea de Chile*, Tomo II, 2001; pág. 866.

CAPÍTULO IV

Dos presidentes políticos

El 23 de noviembre de 1941, cuando Armando Ortiz era Comandante del Grupo de Aviación N° 3 en Temuco, falleció el Presidente de la República Pedro Aguirre Cerda, cuyo mandato había significado el término de los gobiernos oligárquicos y el comienzo de un período en el cual la clase media podría tener acceso al poder, lo que hasta entonces sólo había sido una utopía escasamente variada por la presencia de algunos representantes de los niveles medios y bajos en el Parlamento.

La muerte de este destacado político pudo traer consecuencias muy graves para la continuidad de los gobiernos populares que se habían iniciado con Don Tinto, como le llamaba el gracejo popular, pues aunque la enfermedad que lo aquejaba era conocida por las cúpulas políticas, y en alguna medida por la opinión pública, no resultaba posible ni habría sido aceptable desde un punto de vista del respeto humano que la campaña presidencial para sucederlo se iniciara oficialmente mientras aún estaba vivo.

Sin embargo, pronto se pudo ver que había dos bloques posibles para presentar candidatos: uno estaba formado por radicales, un sector liberal, socialistas y democráticos; el otro lo constituían los partidos de derecha.

Esa elección, en la cual resultó triunfante Juan Antonio Ríos, nos permite algunas reflexiones de validez permanente.

El candidato de la derecha era Carlos Ibáñez del Campo, lo que significa que su base electoral estaba constituida de manera importante por los mismos que lo habían desalojado del poder en 1931. Pero eso no sería raro si tomamos en consideración cuántas veces hemos contemplado en la historia de la humanidad las cabriolas de los políticos para conseguir cuotas de poder, circunstancia a la que en Chile no estamos ajenos hasta los tiempos presentes.

Otro factor interesante en esta candidatura consiste en la cantidad de veces que Ibáñez fue candidato a la presidencia, lo que tampoco ha de extrañar si conside-

ramos que en el siglo XX se dieron los siguientes casos: Arturo Alessandri Palma gobernó dos veces; Carlos Ibáñez gobernó dos veces y fue candidato en otras oportunidades; Salvador Allende gobernó una vez y fue candidato en otras ocasiones; Jorge Alessandri gobernó una vez y fue candidato para el período subsiguiente cuando lo derrotó Allende.

A partir de 1990, con la restauración de la democracia, no se ha dado el caso de un candidato derrotado que vuelva a competir y eso parece una buena señal, por cuanto involucra la idea de que un postulante derrotado no debe convertirse en alguien que al final gane por cansancio de la opinión pública.

El otro antecedente de la elección de Ríos que resulta interesante está constituido por algo que nos cuenta Gabriel González Videla en sus memorias:

“El martes 16 de diciembre (de 1941, N. del A.), muy de madrugada, Juan Antonio Ríos me llamó por teléfono para solicitarme una reunión secreta e inmediata, con el propósito de evitar la división del partido, que él veía inminente, porque el Tribunal Supremo que debía dar el cómputo final de los votos estaba en empate: dos a dos.

“Acepté gustoso su llamado y le insinué que esa entrevista se realizara a las nueve de la mañana de ese mismo día en mi quinta de Ñuñoa, muy cerca de la suya en Macul.

“Puntualmente acudió Juan Antonio. De inmediato, y sin preámbulos, me planteó su proposición, cuya síntesis era la siguiente: El Tribunal Supremo del partido, compuesto por Guillermo Labarca Hubertson, Héctor Arancibia Lazo, Pedro Castelblanco y Luis Alamos Barros, que debía conocer de las reclamaciones de ambos candidatos, habría que reemplazarlo por un Tribunal de Honor, para fallar, sin ulterior recurso, dentro de veinticuatro horas, a quien correspondía postular a la Presidencia de la República.

”-Le acepto de inmediato su planteamiento -fue mi respuesta a Juan Antonio.

”-Pero eso no es todo -agregó él-. Hay algo más espinoso que es lo que deseo conversar con usted ‘a puertas cerradas y a calzón quitado’... Quiero sinceramente, frente al peligro inminente de la división del partido en un momento en que la situación política por la que atraviesa el país es extremadamente delicada, que usted me ceda el paso en el Tribunal de Honor que vamos a nombrar, porque, de otra manera, mis partidarios no aceptarán el fallo. Mi gente no lo combate a usted, pues lo saben un radical de ‘buena ley’. No

quieren nada con los comunistas, quienes verdaderamente se hicieron odiar por su conducta en el Gobierno de don Pedro; y como éstos se han apoderado de su candidatura, como cosa propia, votarán por cualquier personero de la derecha, incluso por Ibáñez... Al revés de usted, yo no controlo a mi gente; y, créame, sería un grave error suyo desconfiar de la verdad de lo que afirmo. Además, Gabriel, usted es muy joven, tiene por delante toda una vida, con un promisorio porvenir. En cambio, para mí ésta es la última oportunidad de mi vida para alcanzar la Presidencia de la República.

“—Pero usted, Juan Antonio, es un hombre en la plenitud de vigor, con el aspecto de un roble, para estar dominado por ese absurdo pesimismo —le repliqué.

“—En todo caso, Gabriel, es mi pálpito... y mis pálpitos nunca han fallado.

“Sin duda que fue esta idea fija de Juan Antonio lo que verdaderamente me conmovió y me predispuso a cederle el paso, para cuyo efecto, y de inmediato, nos pusimos de acuerdo en designar el Tribunal de Honor integrado por los señores Guillermo Labarca, Luis Alamos Barros y Pedro Castelblanco, que eran mis partidarios.

“Al día siguiente, toda la prensa del país publicaba con grandes caracteres una sensacional noticia: los contendores radicales Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla habían aceptado que un *Tribunal de Honor* fallara en conciencia (el destacado es del autor de este libro), esa misma noche, a quien correspondía el mejor derecho para optar a la candidatura presidencial.

“Efectivamente, a las cuatro de la madrugada el mencionado Tribunal, en forma unánime, proclamó a Juan Antonio Ríos candidato oficial del Partido Radical.

“Después de treinta y cuatro años doy a la luz pública este ‘acuerdo secreto’ entre Juan Antonio Ríos y yo. Puedo decir, sin falsa modestia, que gracias a ese impulso intuitivo mío se produjo el milagro de que el Partido Radical continuara en el Poder por diez años más, que Juan Antonio Ríos fuera el segundo Presidente Radical, y que yo le sucediera como el tercer Mandatario.

“De no haber pospuesto mis expectativas, el radicalismo se habría dividido, sufriendo una derrota definitiva, y mis ambiciones de alcanzar la Presidencia de la República habrían quedado sepultadas para siempre.

“Mi prudencia de saber esperar hizo que el sueño de mi madre se viera realizado. Sirva este episodio de mi vida de experiencia a la juventud inquieta e intransigente: en política, como en todos los actos humanos, más vale la paciencia de la espera que la precipitación irreflexiva de la ambición” (1).

A confesión de parte, relevo de prueba, dice el conocido aforismo jurídico.

Es verdaderamente notable este reconocimiento hecho por Gabriel González acerca de un tal “arreglín” político.

Notable, porque no tuvo empacho en calificar como Tribunal de Honor a un grupo de políticos que realizarían una farsa y luego engañarían a sus propios camaradas de partido; y, aunque la intención –desde un punto de vista sectario– fuera buena, el método empleado era espurio.

Es notable también, porque con una enorme franqueza rayana en el cinismo, confirma que su actitud estuvo marcada por el cálculo electoral, antes que por la honestidad y el interés por servir a la nación.

Sin duda, que como González Videla lo deseaba, esta lectura puede servir a la juventud para entender que no se puede confiar en esas directivas de partido que secretamente llegan a acuerdos electorales, porque normalmente, tras las conversaciones a puertas cerradas, se esconden intereses inconfesables.

Las directivas que se eligen y renuevan entre cuatro paredes sin recurrir a la votación democrática de todo el respectivo partido, son una clara demostración de inconsecuencia entre la realidad de su comportamiento y la democracia e independencia que proclaman.

En la elección presidencial venció Juan Antonio Ríos con 260.758 votos, contra Carlos Ibáñez, 204.858 votos; pero en la oposición se consolidó el Partido Agrario Laborista, una mezcla heterogénea donde confluían sectores de derecha tradicional con gente del ex nacional socialismo (nazi) criollo, algunos agricultores de las regiones del Bío-Bío y Cautín, y militantes de diversas tendencias socialistas; teniendo como elemento aglutinador algunas nostalgias del eficiente primer gobierno de Ibáñez, pero ya veremos más adelante que nunca segundas partes fueron buenas.

En el mes de julio de 1943, durante el lluvioso y frío invierno, Ortiz fue destinado desde el Grupo de Aviación N° 3 en Temuco, a Comandante de la Maestranza Central en Santiago.

Cuando en el presente hablamos de traslados se suele tener la tendencia a mirar todos los actos administrativos con una óptica actual, pero la realidad era distinta en aquellos años. Desde luego no es frecuente materializar destinaciones a mediados de un año calendario, no sólo porque la vida institucional y de la nación están conformadas de manera coincidente con el calendario, sino también –y en importante medida– por una razón social consistente en procurar evitar al funciona-

rio problemas habitacionales y, a sus hijos, dificultades escolares. Sin embargo, en esos años se producían estos traslados.

Actualmente, cuando un funcionario es trasladado desde una guarnición a otra, como es el caso que estamos viendo, se le proporcionan los medios materiales necesarios para el transporte de sus enseres de casa y pasajes aéreos para el interesado y su grupo familiar.

En 1943, el viaje desde Temuco a Santiago para la familia se hacía en tren, en esos excelentes trenes que hoy son un poco recuerdos color sepia y que ojalá pudieran volver a prestar servicios.

¡Cómo no recordar! aquellos magníficos carros comedor donde un servicio excelente permitía degustar comida de alta calidad mientras se contemplaba a través de anchos ventanales correr el paisaje en sentido inverso a la dirección del tren. Claro que el coche-comedor estaba reservado para los pasajeros de 1ª y 2ª clase, mientras los de tercera debían conformarse con el muchacho que recorría los vagones, canasto al brazo, voceando:

Malta, bil y pilseneé.
Heladita,
malta, bil y pilseneé

O aquel otro que con delantal y gorra blancas se movía a lo largo del convoy pregonando:

Tortas especiales de Curicó.
Los chilenitos,
dulces chilenos
de bizcochuelo, manjar y alcayota.

O el hombre que vendía “naipes de hilo pa’entretener el viaje”.

En fin, una multitud de personajes que daban vida y color a los duros carros de tercera. Pero aun a esos viajeros que habían acomodado en las altas sombrereras maletas de mimbre, sacos harineros llenos de algo y hasta alguna pequeña jaula donde dos gallinas miraban curiosas, les estaba abierto el placer de ver en las estaciones a vendedoras y vendedores voceando en Chillán: las ricas sustancias; y en Curicó, las deliciosas tortas; o en Rancagua, los pollos cocidos; y en mil lugares: rojas longanizas y arrollado picante.

La gastronomía invadía y dominaba el viaje en tren.

Si se tenía los medios económicos necesarios y se pasaría una noche a bordo, se podía utilizar un departamento con sus asientos enfrentados en el día y sus cómodas camas en la noche que se mecían al ritmo del traca-trac del tren.

Así viajó la familia del Comandante Ortiz Ramírez desde Temuco a Santiago, pero el jefe de ella no disfrutó ese placer pues varios días antes se trasladó en avión, como piloto, para llegar antes a fin de presentarse oportunamente en su nuevo puesto.

Pero ser Comandante en la Maestranza Central no era función que le agradara, pues lo sacaba del área operativa para llevarlo a la logística que en ese período pasaba por serias dificultades derivadas de la situación mundial.

La Unidad había nacido junto con la aviación como una necesidad de reparar el material aéreo dañado en frecuentes accidentes, pero lentamente comenzó a tomar cuerpo el concepto de mantenimiento preventivo que aun —en esos años— sin tener ese nombre, constituía una práctica más o menos regular.

Las instalaciones de la Maestranza eran modernas para la época, pues se habían construido sólo unos cuatro años antes.

Con el correr del tiempo cambiaría de nombre para llamarse Ala de Mantenimiento que al paso de los años originaría a Enaer, empresa de la cual nuestro país puede estar orgulloso por el bien ganado prestigio en el exterior, aun cuando no tenga una importante divulgación dentro de nuestras fronteras.

Los problemas logísticos que aquejaban a la Fuerza Aérea de Chile no se originaban en sí misma, sino en la situación general.

Recuérdese que en 1942 se había iniciado la formación de oficiales en la Escuela de Aviación, diciendo adiós al pasado cuando las escuelas matrices de oficiales de las instituciones congéneres proveían esta fundamental función. Esto obligaba a mantener en vuelo una cantidad importante de aviones de instrucción donde el material alemán era progresivamente reemplazado por los norteamericanos AT-6 Texan; BT-13 Valiant; y el PT-19 Cornell. Los dos últimos se incorporaron al servicio en 1943, mientras el primero lo había hecho un año antes.

Junto a los aviones comenzó a llegar una cantidad considerable de repuestos pero la estructura de almacenaje no estaba en condiciones adecuadas para hacer frente a las exigencias de la nueva situación. Incompatibilidades administrativas de variada índole conspiraban contra la fluidez que debe guardar un buen sistema de abastecimiento y de esa manera se lesionaba la oportuna disponibilidad de partes y piezas en el área de mantenimiento que se desarrollaba en la Maestranza Central.

Agréguese a lo anterior que era cada vez más difícil contar con repuestos para los aviones europeos, lo que impuso un fuerte proceso de canibalización que difícilmente se incorpora en el mantenimiento preventivo y por tanto implicaba congestionar los espacios disponibles para reparaciones de aviones con fallas o accidentes.

Este cuadro era bien conocido por el Comandante Ortiz cuando se presentó al Comandante en Jefe en cumplimiento a destinación. El diálogo sostenido en esa oportunidad con el General del Aire Manuel Tovarías Arroyo tuvo un sabor especial que refleja un poco el sentido del humor en Armando Ortiz y el afecto que le tenía Tovarías.

Las fuerzas armadas tienen una compleja red de reglamentos que pretenden, y logran en buena medida, estandarizar todos los procedimientos en la más amplia gama imaginable.

Así, hay una cantidad importante de disposiciones estableciendo hasta las más pequeñas cosas de los diferentes uniformes que usa el personal de cada grado, especialidad y función. Los hay para los servicios de guardia y mil otras actividades.

Sin embargo no se tiene una disposición que prohíba o regule el uso de barba o bigotes. Estos últimos se han impuesto por la costumbre pero la primera ha sido casi totalmente erradicada sin faltar quienes afirmen que “está prohibido usarla”. No obstante, en las Bases Antártidas su uso se ha generalizado y eventualmente se puede ver a algún funcionario llevando barba por circunstancias particulares.

Sucedió, sin embargo, que en 1943, el Comandante Armando Ortiz llegó con una teatral perilla a presentarse a su jefe.

El General Tovarías era hombre con una tremenda capacidad para escuchar, lo que no significa alguna debilidad de carácter, por lo que una vez recibido el oficial le manifestó su extrañeza esperando –seguramente– una justificación que sonara a algo así como: irritación de la piel. Sin embargo se encontró con una respuesta insólita.

“No, mi general, me la dejé por un simple capricho y como no existe alguna disposición que lo prohíba... hice una apuesta con algunos amigos a que regresaría con barba para entregar el mando del Grupo y que solamente me afeitaría para la ceremonia de entrega.

”Como usted ve, mi general, le ruego que no me haga perder la apuesta”.

En la misma ocasión en que el General Ortiz Ramírez contaba esta anécdota al autor de este libro, agregó:

“El general Tovarías lanzó una carcajada y con un: ‘conforme’ iba a terminar la entrevista, cuando yo aproveché el momento para plantearle mi interés por ir a la Academia de Guerra para ser Oficial de Estado Mayor”.

En la versión entregada por el General Ortiz dejó en claro que el Comandante en Jefe le prometió mandarlo el próximo año a la Academia de Guerra del Ejército, única que en esa época entregaba la especialidad de Estado Mayor.

El aspecto algo decimonónico del Comandante Ortiz se puede apreciar en una fotografía de este libro.

Como fueran las cosas, la permanencia en su nueva destinación se prolongó por apenas algo más de ocho meses, que se vieron interrumpidos por un curso de entrenamiento en los aviones AT-6 que estaban llegando a Chile.

Luego de su permanencia en la Maestranza Central, en el mes de abril de 1944 fue puesto “a disposición del Comandante en Jefe del Ejército para ser nombrado alumno de la Academia de Guerra”.

En el curso de las largas conversaciones sostenidas con el General Ortiz Ramírez, éste narró partes de su vida, especialmente de su niñez, y naturalmente en muchas ocasiones formuló comentarios y observaciones que permitían ir conociendo el fundamento de las motivaciones que lo impulsaron en la vida.

Así, un día reflexionaba sobre su afán por el estudio, él pensaba que un oficial de la Fuerza Aérea puede ser un excelente piloto, pero si sus inquietudes intelectuales se limitan al hermoso arte de volar y olvidan o relegan a lugares de poca importancia la capacitación como soldado, como comandante, como estratega y finalmente como político-estratega, ese oficial está condenado a llegar solamente a grados subalternos y en el caso de alcanzar los niveles superiores de la Institución, será un conductor mediocre, incapaz de crear y que, al no haber sido capaz de trascender, junto con el retiro vendrá el olvido.

El general pensaba de sí mismo que fue un piloto normal, que cumplió con las exigencias del vuelo que cada etapa de la vida le fue planteando; y recordaba, con aire reflexivo, que la mayor parte de sus compañeros que se sintieron un poco ases del aire, terminaron en su juventud bajo tierra, sin dejar algo realmente positivo para la Fuerza Aérea, más allá del recuerdo romántico; en cambio, los que siendo normales se prepararon para el mando, fueron los que realmente dieron forma a la Institución.

Ahora bien, Ortiz confiesa que no estaba particularmente interesado en llegar a ser algún día el Comandante en Jefe, pero le atraía el estudio de temas profesionales porque así estaría más próximo al modelo de buen oficial que había profesado bajo las enseñanzas de su padre y el buen ejemplo de sus hermanos mayores. Fueron motivos como ése los que lo impulsaron para presentarse a examen de admisión en la Academia de Guerra.

Resulta difícil aceptar que una simple conversación con el General Tovarías haya llevado la situación hasta permitirle ocupar una vacante de alumno. Es probable que el paso del tiempo haga difusos algunos recuerdos y se destaquen con más fuerza acontecimientos que escaparon al normal acaecer, tal como una conversación simpática, casi divertida, con la más alta autoridad institucional.

En abril de 1944 se inició un período crucial en la vida de Armando Ortiz pues fueron tres años —ésa era la duración de ese curso en aquella época— de gran concentración, período en el que como siempre había sucedido, contó con un apoyo abnegado a toda prueba de parte de su esposa.

Su hija mayor, Sara, al consultarle sobre sus recuerdos respecto a la relación de sus padres, no titubeó en señalar como una de las imágenes más fuertes en la memoria, aquella de su padre dictando largos párrafos, mientras la mamá tomaba notas, que luego pasaría en limpio para que su esposo pudiera estudiar con facilidad.

Esta estampa familiar nos permite evocar con toda precisión cuánto sacrificio se le impone a las esposas de los oficiales en los años de Academia.

Estamos refiriéndonos a individuos cuyas edades fluctúan en las proximidades de los cuarenta años y cuyo grupo familiar está integrado normalmente por los esposos y dos o tres hijos, cuyas edades pueden estar entre 1 y 15 años. Con una situación económica modesta, que limita la posibilidad de personal de servicio doméstico y para quienes las distracciones de fin de semana son limitadas... siempre que no haya exámenes u otro tipo de trabajos académicos que abundan.

Los Ortiz-Fernández eran una familia numerosa, pues además tenían ya cinco hijos, con tres de ellos en etapa escolar cursando preparatorias, lo que hoy se llama ciclo básico.

Afortunadamente, vivía con ellos la madre de Inés, la señora Sara Vial Orrego vda. de Fernández cuyo esposo, el ingeniero Luis Rodolfo Fernández Bascuñán, había fallecido muy joven, cuando su hija Inés tenía poco más de cinco años, de tal forma que la unión de la madre viuda y la hija única fue siempre muy sólida.

No obstante, esa vinculación que a ciertas personas pudiera hacerles creer que de alguna forma perjudicaba la armonía en el hogar, era por el contrario, un excelente apoyo para la vida familiar por cuanto su carácter alegre y comprensivo constituía a doña Sara en una magnífica compañera con quien Armando mantenía una positiva relación de camaradería. Además, la suegra, la abuelita Sara, era objeto de una verdadera adoración para los nietos, quienes hasta el presente recuerdan que ella se preocupaba de mantenerlos ocupados y entretenidos pero en silencio, mientras Armando estudiaba e Inés pasaba en limpio las notas que su esposo había tomado en clases.

En 1944, mientras cursaba el primer año en la Academia de Guerra, debe haber tenido sobradas oportunidades para analizar la situación política y estratégica mundial.

Nada más interesante para un alumno de Estado Mayor que estudiar causas, desarrollo y consecuencias de las gigantescas operaciones que estaban aconteciendo en los distintos teatros de guerra.

El 25 de julio de 1943, a la caída de Sicilia ante los aliados, siguió la caída de Mussolini derribado por algunos de sus colaboradores, quienes impusieron en el Poder al mariscal Pietro Badoglio, quien firmó el armisticio con los aliados el 3 de septiembre. Se estableció una efímera república bajo la conducción de Mussolini con sede en Saló; pero en abril de 1945 fue capturado por guerrilleros italianos y ejecutado junto a su amante, Clara Petacci y exhibidos los cadáveres de manera cruel. Como dice el historiador Veit Valentin, “los dictadores caídos no tienen amigos y, en abril de 1945, el Duce fue apresado por guerrilleros...” (2).

Desde el derrocamiento de Mussolini, Italia debió caer rápidamente en manos de los aliados, lo que habría permitido una progresión en dirección a la línea Viena-Praga-Berlín, dejando en poder de Occidente todos los territorios de Europa del Este, pero en Teherán tanto Roosevelt como Churchill cedieron a la presión de Stalin. Esto no es extraño si recordamos lo que el Presidente norteamericano dijo a su ex embajador en Moscú, William C. Bullitt, cuando éste afirmó que no era posible confiar en Stalin.

“Bill..., no quiero discutir la lógica de su razonamiento. Pero tengo la impresión de que Stalin no es de esa clase de hombres. Harry así lo dice también, y añade que Stalin sólo desea la seguridad de su país. Creo que si le doy todo cuanto puedo, sin pedirle nada a cambio, de acuerdo con el lema de que noblesse oblige

no intentará anexionarse nada y cooperará conmigo en pro de un mundo de paz y democracia" (3).

Si el gobernante norteamericano hubiera sobrevivido a la guerra, habría tenido ocasión de comprobar lo enorme y trágico de su error. Su sucesor, Harry Trumann, sí que tuvo la ocasión de sufrir con el doblez hipócrita del dictador soviético.

Cediendo a la presión soviética, en 1944 se lanzó la operación Overlord que marcaría el comienzo del fin de la guerra, donde Occidente obtuvo éxitos militares pero no logró un triunfo político.

Son muy interesantes las palabras de Fuller al respecto: "En realidad, fue Stalin quien llevó la mejor tajada; Churchill no obtuvo nada, excepto el ganarse al archicomunista Tito como colaborador, y en cuanto a Roosevelt, recibió las más expresivas gracias de Stalin".(4)

No cabe duda que los objetivos políticos de EE.UU. e Inglaterra estaban mucho más allá que la cacareada lucha por la democracia; en realidad perseguían áreas de influencia que obtuvieron muchos años después y como consecuencia de otra guerra: la Guerra Fría.

En 1944, las fuerzas occidentales aliadas desembarcaron en Normandía, mientras los rusos presionaban desde el Este sobre una debilitada Alemania que perdía, en buena medida, porque Hitler creía saber más que los especialistas y daba órdenes a sus mariscales que representaron sonadas derrotas y pérdidas de vidas de miles de sus soldados; pero a los dictadores no les preocupa que la gente muera.

Desde luego que la causa de la derrota alemana está más allá de la simple tozudez del Führer, se debe contar también con la gigantesca maquinaria bélica que desarrollaron los aliados, donde EE.UU. marca la pauta.

Durante los tres meses que precedieron al día D (6 de junio) se lanzaron 66.000 toneladas de bombas en Normandía.

El día en que comenzó la invasión, 2.395 aviones de transporte y 867 planeadores tocaron tierra con las tropas aerotransportadas, mientras que 2.219 aviones efectuaban un bombardeo intensivo sobre el dispositivo germano.

4.266 buques y barcasas de desembarco entregaron su carga humana y de material en las playas y puertos artificiales creados con buques viejos.

En la operación Overlord, los aviones Thunderbolts P-47 tuvieron una lucida

4.100 buques y barcasas
 2.395 aviones de transporte
 867 planeadores
 2.219 aviones
 66.000 toneladas de bombas
 4.266 buques y barcasas
 Thunderbolts P-47

actuación, mientras los B-25 se batían en el Pacífico. Estos magníficos aviones llegarían a Chile tres años después para integrarse en cantidad limitada a la Fuerza Aérea.

Seguramente en la Academia de Guerra se jugaría con parte de esta información que, poco a poco, las potencias en guerra dejaban filtrar.

Durante los tres años de estudio en la Academia quedaba poco tiempo para la vida social, que se limitaba mayormente a reuniones de tipo familiar, sobre todo en casa de Adrián Ortiz Ramírez, en Ñuñoa.

Cuando terminó el primer año (1944) y se aproximaban las vacaciones de verano, recibió Armando una buena noticia: era comisionado para viajar a Estados Unidos a fin de transportar en vuelo un avión AT-6.

En esa época se organizaron varios grupos de oficiales para traer en vuelo el material con que comenzó a renovarse el inventario de la Fuerza Aérea. Como ya se ha señalado, no se trataba de aviones nuevos ni de especiales performances, pero era una importante adquisición para un país que encontraba a su arma aérea en condiciones hartamente deplorables, como consecuencia de la situación mundial y de la economía nacional todo el tiempo oscilante.

Estas comisiones solían durar un mes, en el caso fue de cuarenta y cuatro días, y ayudaban, por efecto del viático, a aliviar temporalmente la crítica condición económica de los aviadores.

El viaje desde Chile a Estados Unidos se efectuaba en alguna compañía aérea norteamericana y lo frecuente era realizar una escala en Lima y al menos otra en Panamá. El regreso se hacía en bandadas de tres o cinco aviones que iniciaban el cruce en alguna Base norteamericana y luego se solía aterrizar en una o dos ciudades mexicanas, en uno o dos países de centroamérica, en Panamá, Colombia, Ecuador y dos o tres puntos de Perú hasta llegar a Chile haciendo escalas en Arica, Iquique, Antofagasta, Vallenar y Santiago. El vuelo era maravilloso por todo lo que se conocía, pero realmente muy cansador.

En el caso de Armando Ortiz había sido una forma agradable y provechosa de emplear un mes de vacaciones, pero para la familia había significado estar todo ese tiempo sin el esposo o padre, con el calor de Santiago en verano y sabiendo que en cuanto llegara comenzaría otro año en que los niños no debían hacer ruido y la esposa retomaría los dictados y las copias en limpio.

La situación de América Latina estaba marcada por un naciente populismo que poco a poco fue afirmándose, en especial en Argentina y algo menos en Brasil. En el primero de estos países se presentó un fenómeno de extraordinaria importancia con trascendencia en Chile y en el futuro de Armando Ortiz. El fenómeno se llamó Juan Domingo Perón.

Este destacado político nació en la provincia de Buenos Aires, el 8 de octubre de 1895 y después de ingresar a la Escuela Militar, en 1924 era capitán. En 1930 participó en el derrocamiento de Hipólito Irigoyen y luego ocupó funciones de agregado militar en Chile e Italia. En nuestro país tuvo un desempeño equívoco que le mereció acusaciones de espionaje.

Con el comienzo de la II Guerra Mundial se formó en Argentina una especie de logia o cofradía: el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) quienes se oponían a la neutralidad argentina y en cambio profesaban intenso afecto al Eje en 1943. Ese mismo año se produjo un golpe de Estado que lo llevaría a la Secretaría de Trabajo y Previsión para que en dos años se catapultara hasta la presidencia con la evidente ayuda de su segunda esposa, Eva Duarte, a quien el pueblo llamó Evita y le rindió una verdadera adoración que aún, para muchos, continúa.

La dictadura populista de Perón tuvo honda trascendencia en Argentina y ejerció una notable atracción en los ejércitos de otros países sudamericanos; fascinación a la que oficiales chilenos no se restaron cuando formaron el G.O.S. (Grupo de Oficiales Seleccionados; nótese la similitud con la organización argentina). Esta extraña asociación revivió poco antes de la elección de Carlos Ibáñez, en 1952, con el nombre de P.U.M.A. Sobre este tema volveremos más adelante pues inviste importancia en nuestra narración.

Las academias de guerra son lugares donde por imperativo lógico debe estudiarse el acontecer político y político-estratégico del mundo y, naturalmente, del propio país; si eso no sucediera se estaría incurriendo en una deficiencia grave, por lo que es natural que en esos centros de altos estudios militares se comente con la mayor profundidad posible el acontecer nacional.

Los alumnos son profesionales cuyas edades fluctúan entre 30 y 40 años, animados por una misma vocación, expresada de forma que difiere sólo en matices y naturalmente se producen razonables discrepancias por características propias tales como inteligencia, sensibilidad, ponderación, etc. Muchos de ellos son amigos desde su temprana juventud en la escuela de cadetes y han continuado vinculados por amistades familiares: esposas e hijos.

El ambiente de las academias de guerra difiere de aquel de las universidades en varios aspectos significativos: el promedio de edad de los alumnos es superior en los centros castrenses que en aquellos civiles; los alumnos militares están animados casi sin excepción por conceptos de disciplina formal y profunda que los conducen a análisis en los que raramente se desvían de los patrones preestablecidos por la academia o por los propios alumnos; su apoliticismo es real, lo que no significa que abominen de “los” políticos, sino que ellos mismos procuran conscientemente no adherir a corriente política determinada.

No obstante estas circunstancias, al realizar sus análisis de la contingencia aprecian lo bueno y lo malo de personas y grupos, con lo que naturalmente experimentan simpatías por determinadas tendencias o personas y oposición por otros. Cuando el ambiente político muestra posiciones muy llamativas en algún sentido que parecen lesionar el interés nacional, entonces es fácil que esos estudiantes lleguen a conclusiones diferentes a las proposiciones de los civiles y puedan incubarse pensamientos poco democráticos.

En los años 1944, 1945 y 1946 el mundo vivía los finales dramáticos de la II Guerra Mundial y en Chile gobernaba Juan Antonio Ríos, quien aquejado de cáncer, debió dejar el mando quedando Alfredo Duhalde como Vicepresidente. Por esto se produjo una fuerte lucha política al interior del Partido Radical, al que pertenecía el Presidente, entre el propio Duhalde y Gabriel González Videla. Los enfrentamientos se hicieron públicos con el natural desconcierto para la opinión pública y, desde luego, para los militares.

La derecha, que estaba en una dura oposición, también vivió un período de, ácidas disputas por nominar al candidato a una elección presidencial que se veía venir, aun cuando Ríos todavía estaba vivo y sobreviviría varios meses. Como ha sido habitual, la actitud de la derecha no contribuyó a bajar la presión política, sino, por el contrario, exacerbó los ánimos.

El 28 de enero de 1946, algunos gremios obreros encabezados por el Partido Comunista realizaron una concentración en la Plaza Bulnes con una asistencia estimada en aproximadamente cinco mil personas. De pronto se ordenó desalojar a los manifestantes, lo que fue resistido con violencia y ante lo cual la policía empleó las, armas de fuego, resultando muerta una dirigente de la Juventud Comunista de nombre Ramona Parra, lo que dio al partido marxista la oportunidad para llevar un santo a sus altares.

Todo el año 1946 estuvo plagado de convulsiones socio-políticas que el país miraba con asombro y desagrado, sentimientos compartidos por los militares y en

particular por los alumnos de la Academia de Guerra, quienes podían establecer algunas comparaciones con el fuerte gobierno argentino de Juan Domingo Perón y de Evita, donde las manifestaciones populares eran de delirante apoyo, ya que las posiciones contrarias al Presidente eran extinguidas en su inicio.

En estas circunstancias terminó el año 1946 y al mismo tiempo terminó la actividad académica con la graduación de los alumnos aprobados en Tercer Año.

El Comandante Armando Ortiz fue destinado como Secretario del Comando en Jefe.

El General de Aviación Oscar Herreros Walker había sido nombrado por Gabriel González para comandar la Institución, al asumir la presidencia, pues se conocían desde la niñez, cuando habían sido compañeros de colegio en La Serena.

La amistad del período escolar no fue inconveniente para que se produjeran desacuerdos serios entre el Presidente de la República y el Comandante en Jefe. Como es de suponer, el hilo se cortó por lo más delgado y el general fue llamado a retiro antes de cumplir un año en posesión efectiva del cargo.

Entretanto, el Comandante Ortiz Ramírez recibió una destinación que habría de ser extremadamente grata para su familia. Dos meses trabajando junto al Comandante en Jefe, le habían bastado al General Herreros para justipreciar a su Secretario y apreciar que podría servir en excelente forma la función tan especial de Agregado Aéreo. Lo destinó a esa función en la Embajada de Chile en Estados Unidos y además lo nombró Jefe de la Misión Aérea de Chile en Washington.

Allí pasaría la familia dos años, que en opinión de los hijos de Armando Ortiz fueron, tal vez, los más felices para la familia que al fin pudo vivir sin las permanentes restricciones económicas.

Durante los años pasados desde que en 1943 Armando fuera destinado como Comandante de la Maestranza Central, había arrendado una casa en Ñuñoa, próxima a la Chacra Santa Julia. Era el barrio que comenzaba a empinarse hacia la cordillera, sin perder sus amarras con “el centro”. Era la época en que todavía quedaban en Avenida Tobalaba algunas Quintas de Recreo donde tenían público para almuerzo, once y comida.

En esos años, Santiago buscaba nuevos barrios para que la gente elegante saliera definitivamente del centro y se fuera a vivir al barrio alto. Todo lo que quedaba desde Plaza Italia hacia el oriente empezaba a ser barrio alto. Lo que estuviera más arriba de avenida Tobalaba y su continuación, Ossa, eran potreros.

Recién había terminado la guerra y el mundo comenzaba a experimentar la liberalización de las costumbres que suelen seguir a las grandes tragedias. El mundo aceptaba muchas cosas que antes habían parecido escandalosas, si no pecaminosas. Las mujeres podían disfrutar por fin de las medias nylon, que permitían a los hombres admirar las piernas femeninas sin tapujos.

El público de los fines de semana se concentraba en cines y teatros. Los nombres de Alejandro Flores y Lucho Cordova ocupaban las principales carteleras.

Flores nació en Santiago en 1894, aunque él aseguraba que había sido en 1896. Vanidad de artista. “Dedicado por entero a actuar –nadie duda que como galán van a pasar muchos años antes de que aparezca un verdadero sucesor–” (5). Ver algunas obras de las que era autor u otras de su enorme repertorio, era un verdadero placer, lo que le mereció en 1946 el Premio Nacional de Arte.

Respecto de Lucho Córdova o Luis Garreaud, como era su verdadero nombre; hijo de chilena, nacido en Lima, podemos recordar que su enorme ingenio le permitió montar muchísimas comedias, donde él y su esposa, Olvido Leguía, hacían el deleite de jóvenes y viejos con los enfoques farsescos que proyectaban sobre variados acontecimientos de la vida nacional. Se dice que nunca se le otorgó el Premio Nacional de Arte, que merecía sobradamente, por ser peruano, nacionalidad que no abandonó aun cuando la mayor parte de su vida la pasó en Chile, que lo recibió siempre con gran cariño.

En esa época, el deporte nacional brillaba en las alturas del continente. Grandes atletas se cubrían de medallas en cuanto campeonato sudamericano se organizaba y los nombres de Mario Recordón, Guillermo García Huidobro, Betty Kreshmmer, las hermanas Weller, Ilse Barends o Raúl Inostroza, entre muchos otros, eran temidos en las justas deportivas. En el boxeo, Arturo Godoy llegó dos veces a disputar la corona mundial de los peso pesados, pero las dos veces se enfrentó a Joe Louis, tal vez lo más grande que ha existido en ese deporte.

Los equitadores chilenos, tanto del Ejército como de Carabineros, se demostraban como excepcionales hasta llegar en 1947 al récord mundial de salto alto (2.47 mts.) establecido por el entonces Capitán Alberto Larraguibel.

Este país, con mucho de pueblerino pero con voluntad de progreso; con una democracia viva, pero con frecuentes asperezas en la política diaria; este país rico en recursos naturales pero viviendo inmerso en el mundo de los países subdesarrollados, fue la tierra desde donde partió, vía Panagra, la familia Ortiz-Fernández para ir a vivir por dos años en la bonita y desarrollada capital de Estados Unidos.

En Washington los esperaba una realidad agradablemente diferente a la que habían estado sometidos de manera permanente.

En Santiago dejaban a un país que, al fin, tenía un cardenal; el anciano prelado amigo de los pobres José María Caro, era elevado hasta los más altos niveles de la jerarquía de la Iglesia Católica. Un país con un Premio Nobel de Literatura; la divina Gabriela, nacida en humilde cuna en el soleado Norte Chico era ahora recibida por reyes y gobernantes dentro de la mayor pompa, debido a su maravillosa sensibilidad, gloriosa creatividad y cautivante humildad. Un país, que recién había descubierto, allá en el frío y ventoso extremo austral de América, que poseía petróleo, lo que por esos años era considerado según muchos como la llave del desarrollo económico.

Notas

1. González Videla, Gabriel. *Memorias*, Tomo I; Ed. Gabriela Mistral Ltda.; 1975; págs. 386-388.
2. Veit, Valentin. *Historia Universal*, Tomo III, Ed. Talleres Gráficos La Compañía, 1959; pág. 301.
3. *Batallas decisivas del mundo occidental, op.cit*, Tomo III; pág. 617.
4. *Ídem*, pág. 620.
5. Morgado, Benjamín. *Histórica relación del teatro chileno*, Universidad de La Serena, 1985; pág. 202.

CAPÍTULO V

Agregado Aéreo

Washington, la capital de EE.UU., es una ciudad con una serie de atractivos, obras del ser humano, como lo es en general toda esta urbe.

Su origen se remonta a 1790, cuando a propuesta de George Washington, el Congreso eligió el Distrito de Columbia como sede del gobierno del nuevo país.

Ejercía la presidencia George Washington, quien en 1787 asistió en representación de Virginia a la Convención Constitucional de Filadelfia, donde fue designado Presidente. En esta calidad propuso la creación de la ciudad capital federal; en 1800 el gobierno se instaló en esta ciudad.

Con el trazado inicial del ingeniero militar francés Pierre-Charles L'Enfant y algunas modificaciones menores posteriores, se construyó una urbe de grandes avenidas, cortadas en ángulos de noventa grados por calles rectas.

Diversos edificios tales como la Casa Blanca y el Capitolio son característicos de la ciudad y en la actualidad allí se concentra gran parte de los mayores poderes del planeta.

Por tratarse de la capital del país más poderoso, todo el resto de las naciones acreditan representaciones diplomáticas que, dependiendo de diversos factores, son más o menos numerosas. En la actualidad, salvo aquellos Estados con los cuales el propio EE.UU. haya interrumpido sus relaciones políticas tales como Cuba o Irak, todo el resto está presente en esta nueva Roma Imperial.

En 1947, la cantidad de representaciones era menor, porque también era menor la cantidad de países soberanos, particularmente en Asia y África, donde las antiguas potencias colonialistas todavía vacilaban antes de decidirse a dar vida independiente a sectores de la tierra que habían sido la fuente de riqueza para países como Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Holanda y otros.

Como antecedente se puede recordar que el 26 de junio de 1945 hubo cin-

cuenta y un países que firmaron la Carta de las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco.

Posteriormente a esa fecha se han ido incorporando otros Estados hasta tener en la actualidad una cantidad próxima a los doscientos. Naturalmente que entre ellos hay diferencias gigantescas, tales como India, con novecientos millones de habitantes, una velocidad de duplicación de treinta y cuatro años y una superficie de 3.165.596 km²; o China, con un mil doscientos millones y tiempo de duplicación de 60 años; por el otro lado, países como Dominica, con una superficie de 750 km² incluidas las aguas interiores y una población de setenta mil personas, o Guinea Ecuatorial, con 26.051 km² y población de trescientos treinta mil habitantes.

Estas enormes diferencias convierten a muchos países en números que se debe atraer para determinadas votaciones y cuya simpatía es fácil de conseguir por los más poderosos en las diversas regiones de la tierra.

 Pero en 1947 cuando el Comandante Armando Ortiz llegó a Washington, todavía se vivía el ambiente internacional de una tragedia mundial recién terminada, con el continente europeo casi totalmente destruido y grandes sectores de Asia también arrasados.

Ese mismo año, las Naciones Unidas tomaron a su cargo el problema de Corea, ya que la península coreana había quedado dividida en dos, al norte y sur del paralelo 38° N. En el norte había tropas soviéticas y, en el sur, fuerzas estadounidenses. Como habían fracasado todas las gestiones de unificación y la situación tendía a agravarse, se retiraron casi todas las fuerzas extranjeras, pero Corea del Norte había preparado unas fuerzas armadas importantes con la ayuda de la Unión Soviética, lo que en los años finales de la década de 1940 creó una condición de alta tensión que explotaría en 1950 con el ataque a su vecina del sur, estallando la Guerra de Corea.

En Europa, inmediatamente después de terminada la guerra, los vencedores, previendo lo que traería el futuro, se habían apresurado a establecer sus zonas de influencia, donde lo más significativo era la ciudad de Berlín.

La división de Alemania en un país comunista al este y uno pro occidental al oeste, dejaba a la antigua capital germana en la zona de influencia soviética, pero, la ciudad misma estaba dividida en cuatro sectores correspondientes a administración de EE.UU., Francia, Inglaterra y Unión Soviética, pero en 1948, la superpotencia moscovita decidió bloquear el acceso terrestre a Berlín, con lo que dejaba a los tres sectores pro occidentales en difícilísimas condiciones.

Frente a esta situación, los aliados occidentales, pero especialmente EE.UU., reaccionaron estableciendo un puente aéreo que durante varios meses abasteció a

Berlín de todo lo necesario para que conservara una apariencia de relativa normalidad. Esta operación gigantesca conocida como El Puente Aéreo de Berlín ha dado ocasión para numerosísimos estudios, libros científicos y de ficción, cintas cinematográficas y miles de actos académicos en el mundo entero.

Particular interés revistió esta operación para los aviadores, pues venía a romper uno de los mitos creados por diversas tradiciones en el sentido que el transporte de apoyo masivo a zonas aisladas sólo era practicable por tierra o agua, y aunque la aviación ya usaba pantalones largos, todavía seguía planteando dudas en mentalidades conservadoras.

No nos cabe duda que el Agregado Aéreo de Chile en EE.UU., trabajando en su oficina de la Embajada, en la avenida Wisconsin, en Washington, debe haber reunido gran cantidad de información para poder remitir a su Institución. Él no podía en ese momento suponer que alguna vez su patria requeriría de un esfuerzo aéreo parecido, y sin embargo así sucedió en 1960, cuando con ocasión de los terremotos de Concepción y Valdivia se implementó un puente aéreo con apoyo de muchos países, pero coordinado por chilenos, cuya magnitud hasta esa época sólo era superada por el homónimo de Berlín.

Hay un comentario, que se escucha más de una vez, en el sentido que la función de un agregado está limitada mayormente por actividades de inteligencia, lo que no es del todo efectivo, pues si bien se debe trabajar con todas sus antenas desplegadas en forma habitual, no es menos cierto que por estudios previos, grado y experiencia profesional debe permanecer alerta a las causas político-estratégicas que originan multiplicidad de fenómenos internacionales, razón por lo cual ha de entender que forma un equipo con todo el personal de la Embajada, de manera de ayudar y ser ayudado para comprender las sutilezas del medio diplomático en el cual carece de entrenamiento.

El desempeño de sus funciones se le hizo fácil y agradable, en particular por la calidad del personal que servía diversos cargos en la representación diplomática chilena.

Desde luego merece una mención especial el Embajador, quien fue una gran figura chilena en el mundo de las relaciones internacionales. Félix Nieto del Río ha sido considerado por mucha gente como un prototipo de hábil diplomático e inteligente negociador; su prestigio y aguda percepción de la contingencia política le permitían llegar hasta los más altos niveles de la vida pública estadounidense con gran facilidad, siendo así envidiado por muchos de sus colegas, en particular los latinoamericanos.

Personas como el entonces Consejero Juan Guzmán Cruchaga o el Segundo Secretario Carlos Mardones Restat contribuían de manera destacada a la eficiencia de la Embajada.

Los colegas de Armando Ortiz eran el General Rafael Fernández Reyes, un brillante oficial de Ejército que llegaría a los niveles más altos de su Institución; y el Agregado Naval, el Almirante Danilo Bassi Galleguillos de destacada trayectoria en la Armada donde dejó una Hoja de Vida con brillantes servicios.

Así también la calidad de los cónsules era muy meritoria, y vale la pena destacar en esas actividades a quien nos representaba en Santa Bárbara; era nada menos que Lucila Godoy Alcayaga, conocida en el mundo de las letras como Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura en 1945.

La Adicto Cultural ad honorem era doña Lily Pérez Freire de Besa, hija de esa gloria de la música nacional que fue Osmán Pérez Freire. Lily, nos representaba culturalmente en Washington con méritos propios, pues ella era también una destacada intérprete y persona de rica cultura.

Es un buen ejemplo ver como el gobierno nacional procuraba en esos años enviar como agregado cultural o cónsules a personas –en este caso dos mujeres– ligadas con galanura a las formas del arte. Nadie reclamaba, todos aplaudían. Cuán diferente con el triste espectáculo que dan en la actualidad personas que por menguados intereses, casi todos políticos, desatan campañas por los medios de comunicación destinados a oponerse al gobierno sin trepidar en oscuras críticas contra los artistas que se desempeñan en funciones diplomáticas. Claro está que al mismo tiempo resulta recomendable que los artistas no incursionen en política, salvo que decidan dedicarse a esto último en forma exclusiva.

Por otro lado, se ha dado el caso de personas que piensan en las comisiones al extranjero como oportunidades especiales para mejorar sus ingresos, aunque sea temporalmente. Este legítimo anhelo, sobre todo para quienes han vivido siempre en condiciones franciscanas, no debe interrumpir el firme propósito de poner el máximo esfuerzo en el mayor provecho del país y sus instituciones.

Cuando en una entrevista con el ya retirado General Armando Ortiz se le preguntó en qué pensó cuando le comunicaron la noticia de que saldría como Agregado Aéreo en EE.UU., su respuesta espontánea fue: “platita”, acompañada con un gesto de la mano como quien cuenta dinero.

La honestidad de esta respuesta pudiera ser decepcionante en alguien que alcanzó el alto rango al que él llegó; pero un momento después siguió con una larga explicación que vale la pena consignar por la experiencia de quien la exponía:

Dijo que naturalmente le alegraba saber que durante un par de años recibiría un sueldo que le permitiera vivir alejado de las estrecheces a que tenía acostumbrada a su familia, pero que en ningún momento dejó de lado el honor que significaba ser elegido para esas funciones y particularmente en un país que en ese período era tan importante para la Fuerza Aérea de Chile, atendido el hecho de que estábamos recibiendo cantidades significativas de aviones y equipo de apoyo. También comprendía que se le brindaba una oportunidad única para estar sentado en la primera fila de platea frente al escenario del mundo que estaba viviendo circunstancias de tremenda importancia.

Recordó, en esa conversación, las situaciones de Corea y Europa, agregando que había mucho material para reflexionar con el Juicio de Nuremberg que planteaba una serie de interrogantes.

Con todas estas visiones de carácter profesional y lo estimulante en el terreno personal y privado, partió acompañado por su familia, con la que se radicó en el Estado de Maryland, vecino al Distrito Federal.

Para atender a las necesidades de su numerosa familia, recordemos que además del matrimonio estaban los cinco hijos y la mamá de Inés que los acompañó siempre; no por razones económicas, sino por cariño, y que en buena medida ella atendió a la educación de los niños que en la actualidad, siendo abuelos algunos de ellos, recuerdan a la abuelita con un cálido sentimiento. Decíamos que para atender a la familia, Armando arrendó una casa muy amplia, lo que no era difícil en el sector donde vivían; además compró uno de esos grandes automóviles Buick, que con su color rojo brillante permanece nítido en el recuerdo de los hijos.

Cuando la actividad de Armando lo permitía, montaban en el rojo vehículo y se iban a pasar un buen fin de semana en un hermoso y tranquilo balneario llamado Mayo Beach en la bahía de Chesapeake. Durante los meses calurosos podían bañarse y jugar en la arena, pero en los períodos de frío invernal hacían largas caminatas y en toda estación del año, los niños comían hamburguesas, salchichas y palomitas de maíz mientras aprovechaban para montar en las atracciones mecánicas de una feria que se instalaba por largo tiempo en el lugar.

Podemos imaginar el griterío de los jóvenes en el auto hasta el punto que un día distrajeron de tal manera a su padre, que éste equivocó el camino y anduvieron perdidos por un buen par de horas. Hoy, al recordar la situación sonríen con algo de nostalgia porque no olvidan que poco a poco se fue traspasando a los hijos la pre-

ocupación del padre y paulatinamente disminuyeron los gritos y risas para terminar todos muy callados y algo asustados, sobre todo los menores.

En otras ocasiones recibían amigos de sus padres que venían a casa y en el jardín realizaban asados que motivaban a los adultos para conversar de temas serios, mientras los hijos y sus amigos de edades parecidas jugaban o proyectaban algunos paseos.

En 1946, fue elegido Gabriel González Videla por una coalición de partidos políticos de izquierda, entre los que se contaba el Partido Comunista. Eran los tiempos en que aún no comenzaba la Guerra Fría y por tanto todavía esa ideología marxista no era completamente perversa a los ojos occidentales, entiéndase EE.UU. y los países de su órbita.

En esas circunstancias y por primera vez en la historia de Chile, tres personeros comunistas fueron nombrados ministros de Estado: Víctor Contreras, en Tierras y Colonización; Miguel Concha, en Agricultura; y Carlos Contreras Labarca, en Obras Públicas.

A pocos meses de iniciado el gobierno, se aproximaban elecciones municipales, lo que motivó a todos los partidos políticos para desatar un vendaval de recíprocas acusaciones. Tal vez algunas de las más fuertes se originaron en los partidos socialista y comunista. Este clima electoral permitió al Presidente González, en La Serena, pronunciar un discurso donde dijo en algunas de sus partes: “Quiero, en éste, mi hogar radical, hacer hoy noche una declaración clara, terminante, definitiva: no habrá fuerza humana ni divina que me aparte del pueblo. Sin el concurso del Partido Comunista, yo no sería Presidente de la República, yo sería un miope si no comprendiera que no se puede gobernar al margen del pueblo...” (1).

Poco tiempo después los comunistas salían del Gabinete, aunque muchos de ellos quedaban en funciones ejecutivas de significación; sin embargo, el Partido Comunista argumentó que la renuncia aceptada de los ministros se debía a la presión yanqui coludida con la oligarquía y sectores reaccionarios nacionales, en lo cual no les faltaba buena dosis de razón, pues la Guerra Fría estaba comenzando, el ardiente enamoramiento durante la guerra había terminado y era muy difícil para un país pequeño y pobre, con una situación geográfica poco interesante en esa época, resistir a los intereses de Washington.

Las *Memorias* de González Videla evocadas en este libro, son elocuentes para mostrar toda la gimnasia acrobática de los partidos políticos a fin de mantener o

aumentar cuotas de poder, lo que no es extraño en la vida política contingente hasta la actualidad.

Lo que el ex Presidente también dice, aunque de manera involuntaria y con pretendidas justificaciones, es que él mismo cambió varias veces posiciones que parecían inquebrantables.

¡Pero él era así, como después lo han sido muchos otros!

Una excelente descripción de la situación política que se vivía en nuestro país, cuando Armando Ortiz Ramírez y su familia viajaron a EE.UU., la proporciona la crónica de Rafael Otero publicada en 6 de enero de 1966 en la revista *PEC*:

“En la tarde y la noche del jueves 12 de junio de 1947 violentos incidentes provocados en los terminales de locomoción colectiva provocaron cuatro muertos y veinte heridos. Un chofer fue apuñalado por la espalda, dentro de su máquina, cuando intentaba sacarla a trabajar.

”El Siglo rasgó sus vestiduras, culpando de los hechos a la ‘intransigencia de los empresarios franquistas’ y ‘a la intervención de la fuerza pública en contra del pueblo’.

”El viernes 13 no fue fácil hablar con el Presidente González. Estaba entre sus sueños de amor con el comunismo y los hechos. Él había criticado duramente lo ocurrido durante la Vicepresidencia de Duhalde, y ahora estaba frente a un cuadro semejante. ¿Sería posible que en la mañana los tres más altos dirigentes del Partido Comunista le hubieran jurado una cosa, y en la tarde las huestes del partido hubieran hecho otra? ¿No era él el único que conocía ‘el lenguaje comunista’?

”El sábado 14 de junio el Presidente se levantó más temprano que de costumbre, porque su tradicional insomnio estaba acentuado por la cadena violenta de hechos; tensión en la capital, racionamiento de gas, racionamiento de energía eléctrica, disminución del movimiento ferroviario y los centenares de informes acumulados en su mesa sobre las actividades revolucionarias comunistas. Él había pedido ser el único que ‘se entendiera’ con los comunistas y ahora debía ‘entenderlo’.

”Todavía en pijama leyó *El Siglo*. La oscuridad y el frío invernal desaparecieron de súbito. Gabriel González Videla lo vio todo rojo. En primera página una extensa declaración de la Comisión Política del Partido Comunista, responsabilizando al Gobierno de lo ocurrido, pidiendo enérgicas sanciones para los culpables, ‘por muy alta que sea su situación’. Adentro, en un lastimero editorial lavatorio de manos, el partido recordaba mefistofélicamente:

”Con toda razón el actual Presidente de la República, señor González Videla, dijo en la memorable tarde del domingo 21 de julio de 1946 en el Salón de Honor del Congreso Nacional: ‘Soy y seré una amenaza para todo abuso de fuerza pública en contra del pueblo indefenso que, en uno de sus derechos soberanos, haga oír su voz, por estridente que ella sea. En mi gobierno no se ametrallará al pueblo, ni su sangre generosa será derramada en las calles y plazas de las ciudades. Jamás, os lo prometo, pueblo de Chile, la fuerza pública será instrumento de represión en contra del pueblo. Un gobierno del pueblo no necesita de espías, de verdugos o soplones para su seguridad. Le bastan la confianza y el respaldo del pueblo de Chile’.

”El Presidente, colérico, llama a Darío Poblete.

”Darío Poblete Nuñez, Secretario General de Gobierno, contestó soñolientamente el teléfono, para escuchar al otro lado una voz inconfundible, aunque difícilmente comprensible en ese instante. Juntando sílabas y recomponiendo estrépitos vocales, Poblete pudo reconstruir una orden:

”—Levántese y véngase tal como esté. Póngase un abrigo encima del pijama. No se bañe, no se afeite: lo quiero inmediatamente en La Moneda.

”Solamente los viejos amigos de Gabriel González Videla podían mantener la calma en los momentos en que el Presidente de la República se enfurecía. Un largo historial de bofetadas a Ministros y servidores, en presencia de testigos, lo clasificaban como el Mandatario más explosivo que ha tenido el país.

”Darío Poblete leyó las páginas de *El Siglo* que le lanzaba Gabriel González. Protegido tras su pipa, soportó las andanadas con que comenzaba a elaborar su cólera presidencial. A los gritos, tomó papel y lápiz:

”—Escribe... sin cambiarle ni una coma... Quiero oírlo al mediodía en cadena nacional... Escribe...

”Son las dos carillas más ásperas, insultantes, descomedidas y brutales que jamás ha debido oír y reproducir Darío Poblete. No hablaba el Presidente de la República: bramaba e insultaba un hombre herido en el alma por su amante más solícita.

”—Intentando hacerlo reflexionar, Darío Poblete preguntó:

”—¿Qué hago con esto Presidente?

”—¡Ya te dije! Sácalo en limpio, sin cambiarle ni una coma, y que Lucho Cuevas lo haga leer por cadena nacional de radios. Lo voy a escuchar en Viña. ¡Quiero oírlo a la una...!

”–Bien Presidente.

”Darío Poblete no era ni es torero, pero conoce las reglas de la tauromaquia y, tranquilamente, hizo copiar textualmente las dos páginas de insultos y llamó al Ministro del Interior, pidiéndole que en cuanto estuviera listo se viniera a La Moneda, porque le tenía un encargo urgente del Presidente.

”Darío Poblete transmite la orden a Luis Alberto Cuevas.

”A las diez de la mañana el Secretario General de Gobierno pasó las dos carillas a máquina al Ministro del Interior y le dijo:

”–El Presidente quiere que se lea esta declaración suya por cadena de radios a la una. No quiere que se le cambie ni una coma.

”Y se sentó, mirando socarronamente a Luis Alberto Cuevas, mientras el Ministro leía la fabulosa colección de denuestos. Cuando terminó, lo interrogó sonriente:

”–¿Qué vas a hacer?

”–No voy a transmitir esto.

”–El Presidente dio órdenes precisas...

”Cuevas se niega a transmitir la réplica.

”Así, será, pero no lo voy a transmitir. Estas no son palabras ni expresiones que pueda decir un Mandatario, por respeto a sí mismo. Con las mismas ideas redactaré otra declaración.

”–Yo he cumplido con el encargo del Presidente...

”–Y yo cumpliré con mi deber: si veo a un amigo al borde de un barranco, no debo empujarlo, sino detenerlo, aunque sea violentándolo. Eso es lo que haré.

”Ambos sabían que la situación era difícil. Sin perder ninguno de los conceptos o ideas de la primitiva declaración de Gabriel González, a la una de la tarde todas las radios del país transmitían la réplica presidencial a la edición de *El Siglo* de ese sábado 14 de junio.

”La réplica de la declaración original dictada por Gabriel González al Secretario General de Gobierno, Darío Poblete, y suavizada y dulcificada por el Ministro del Interior, Luis Alberto Cuevas, terminó de leerse por cadena nacional a las 13.10 horas.

"El Presidente estalla de ira.

"A las 13.20 sonó el teléfono directo del Ministro. La voz del Presidente no dio tiempo para réplicas.

"-¡Quién es el Presidente aquí, mierda...!

"Luis Alberto Cuevas no alcanzó a responder a Gabriel González, porque el Mandatario cortó, furioso, en el Palacio del Cerro Castillo, en Viña del Mar. Le habían cambiado su desahogo y estaba indignado.

"El Ministro llamó a su secretaria y le ordenó separar los papeles privados de los públicos y empaquetarlos:

"-Después de este llamado no hay arreglo con el patrón...

"Pero hubo. El lunes, Gabriel González llegó de Viña del Mar hecho una seda. Más de tres mil telegramas llegaron a La Moneda felicitándolo por su 'firme y serena declaración'. El Intendente de Palacio, Escanilla, se los había leído telefónicamente. El Siglo publicó íntegro el texto, reproduciendo nuevamente la declaración de la Comisión Política, sin comentarios. Después, silencio y timidez. El golpe había sido categórico. El martes habló en la Cámara Ricardo Fonseca. Todos esperaban una catapulta. Sus palabras fueron medidas, pusilánimes, cautas. ¡Ellos eran inocentes...!" (2).

La decisión de transcribir in extenso este artículo obedece a varias consideraciones que es indispensable consignar.

En primer lugar, señalar que obedecen a la verdad, pues de otra manera no le habría dado cabida Gabriel González en sus *Memorias*, y si bien es probable que los comunistas quisieran "agregar, quitar o modificar" algo de ese texto, sabemos que la pugna entre el Presidente y sus ex aliados había llegado a cotas de rompimiento y se manifestaba por una acción comunista sostenida de carácter subversivo.

Lo segundo que resulta destacable es la nitidez con la que Otero perfila la situación política de la época, el carácter del Mandatario y los entretelones en el propio gobierno. El comportamiento de las personas y en especial, de los gobernantes, condiciona la marcha de los acontecimientos en plazos variables. En el caso que nos ocupa, la forma de ser de Gabriel González marcó los rumbos por los cuales caminaría el país y lo llevaría a un cambio que significó al término de su mandato, el fin del período radical que se extendió desde 1938 a 1952.

Finalmente, y tal vez lo más importante para efectos de este libro, es que los virajes durante el gobierno de Gabriel González fueron dando condiciones políticas y sociales de fuerte magnitud y serían decisivos en la vida de Armando Ortiz Ramírez quien no podía imaginar el futuro cuando sucedió lo narrado en estas páginas.

Al consultarle si él pensó en algún momento, cuando estaba partiendo a EE.UU., en 1947 que en cinco años más sería Comandante en Jefe, sonrió y con un gesto amable, replicó:

—¡No!, ¿cómo se le ocurre?, si yo era un modesto Comandante de Grupo (hoy, Coronel).

Napoleón dijo que todo soldado lleva en la mochila el bastón de mariscal, para señalar la igualdad de oportunidades y que de las condiciones personales dependen las promociones. Sin embargo, es difícil que un oficial, por meritorio que sea o crea serlo, pueda suponer que en corto período dará un salto de quince o veinte antigüedades en el escalafón para alcanzar el rango máximo, aunque hay gente para todo. Pero Armando Ortiz tenía la lealtad en alto valor por lo que no pensó que tan pronto llegaría a ese nivel.

En agosto de ese mismo año 1947 se inició una huelga en todos los centros mineros de la zona del carbón, desde Coronel a Lebu, reclamando contra el precio del pan. Recordemos que en esa época, como consecuencia de viejas prácticas agravadas por la Segunda Guerra Mundial, muchos productos tenían precios de venta a público fijados por la autoridad administrativa.

A esta huelga se plegó un sector importante de ferrocarriles con la intención evidente de paralizar al país por falta de transporte y de combustible, lo que casi lograron; pero luego de diversas alternativas terminó la huelga y el país volvió a la normalidad.

En 1948, en sesión del 12 de mayo, la Cámara de Diputados aprobó la llamada Ley de Defensa de la Democracia, que los comunistas llaman la Ley Maldita y que permitió al gobierno dejarlo fuera de la ley y finalmente enviar a una importante cantidad de ellos relegados a Pisagua que así se convirtió en una prisión en la que, sin embargo, en aquella época no se cometió ningún tipo de atentado contra la vida de los detenidos.

En muchos sectores de la vida nacional, la activa propaganda norteamericana en contra de su ex aliado, la URSS, había conseguido una especie de convicción de

que todos los males de nuestra sociedad estaban originados por el marxismo internacional y su obsecuente seguidor: el Partido Comunista chileno. Entre esos sectores se empezaron a contar oficiales de las fuerzas armadas, en especial del Ejército y la Fuerza Aérea pertenecientes al tramo de mandos medios, los que primero por razones de servicio y sociales tenían la ocasión para conversar de la situación nacional en términos bastante inocentes, pero en algunos de ellos había picado el bichito de la política y comenzaron a reunirse de manera esporádica, ya no por razones sociales o de servicio, sino específicamente para conversar del acontecer del país y del futuro nacional.

En casi todas esas ocasiones surgía el nombre de Carlos Ibáñez como el del gobernante que había impulsado durante su gobierno, dos décadas antes, una serie de obras de desarrollo y consolidación.

Además se le veía como el hombre que había mantenido al país en medio de aceptable orden y tranquilidad.

Muchas de esas inquietudes se generaban entre oficiales egresados de la Academia de Guerra, entre los cuales había normalmente algunos aviadores quienes además habían sido oficiales de Ejército y mantenían lógicos vínculos de amistad con sus ex compañeros de armas.

✓ Fue así que nació un movimiento que se autodenominó PUMA y que tenía el propósito de ver a Ibáñez como Presidente al término del gobierno de González Videla... o antes si era necesario.

Nunca se pudo probar que Ibáñez aprobara estos comportamientos, pero lo cierto del caso es que muchos PUMA ocuparon altos cargos en su gobierno y otros de grados menores ocasionaron incidentes que enturbiaron la vida militar y fueron protegidos por el Presidente.

Hay coincidencia en todos los textos que se refieren a ese período de la historia nacional acerca de los caracteres golpistas que se apreciaron en relación a Ibáñez. Refiriéndose al período previo a su elección para el segundo gobierno, encontramos: “Durante este período, Ibáñez nuevamente se vio vinculado con conspiraciones golpistas. Si bien no está claro el grado de injerencia personal, sus partidarios estuvieron vinculados con dos intentos; el primero producido el 8 de octubre de 1948, conocido como el complot de ‘las patitas de chanco’, y el de Colliguay, en agosto de 1951” (3).

El complot de las patitas de chanco significó el retiro para numerosos oficiales de la Fuerza Aérea, entre ellos el Director de la Escuela de Aviación, Comandante de Grupo (actual Coronel), Félix Olmedo Prat, quien fue separado de las filas

el mismo día, causando una natural sorpresa entre numeroso personal de la Institución y aun entre los que en aquel año éramos cadetes reclutas en primer año. No podíamos comprender por qué echaban de la Fuerza Aérea a un hombre de quien habíamos escuchado tan buenos comentarios.

En las *Memorias* de Gabriel González encontramos: “En Santiago, el General Ibáñez, el más pertinaz enemigo de mi gobierno y del Partido Radical, había logrado un importante triunfo electoral, obteniendo la primera mayoría como senador...”.

”Esta gran votación del General Ibáñez en la capital de la República me hizo temer que pudiera estimular la acción conspirativa de ciertos elementos golpistas cuyas actividades quedaron reflejadas en los dos complots en que debió intervenir la Justicia. Participé de mi preocupación al General Barrios, en su carácter de Ministro de Defensa, quien me dio absolutas seguridades respecto a la lealtad del Ejército (4).

”El golpismo actuaba en el país dentro de un triple frente:

”Mediante la penetración ideológica en el Ejército, sobre todo en la oficialidad joven, utilizando para ello las fuerzas en retiro y el ascendiente que tenía el General Ibáñez en los institutos armados.

”Por intermedio del Partido Socialista Popular, que azuzaba a los gremios para soliviantarlos en contra del gobierno, tarea a la que sumaban los partidos de oposición, provocando huelgas y trastornos sociales.

”A través del Partido Agrario Laborista, que frente a la insurrección y al desorden provocado por los mismos opositores de los que formaba parte, reclamaba la sustitución de mi gobierno por otro de carácter autoritario.

”A esta tarea desquiciadora se unía el comunismo, vencido pero no derrotado, que aspiraba tomar la revancha y que no perdía la ocasión para fomentar el descontento y la intranquilidad ciudadanos” (5).

Las afirmaciones del ex Presidente imponen algunas reflexiones, pues los hechos comentados tuvieron honda repercusión en la vida nacional, e incluso pudieron verse algunas réplicas en un pasado próximo y otras similitudes en el presente.

La vinculación y posible influencia de los sectores retirados en la oficialidad joven obedece a la lógica de la tradición familiar, pues en esta profesión, tal vez algo más que en otras, no es infrecuente que los hijos sigan la carrera de sus padres y abuelos. El mismo Guillermo Barrios se encontraba en esa situación, de manera que demuestran desconocimiento de realidades en el sector quienes toquen a rebato por esas relaciones.

Los apellidos que se repiten en la vida política no sorprenden y nadie puede acusar extrañeza porque padres e hijos conversen sobre temas que les resultan comunes. Por extensión, agreguemos que no puede sorprender que un oficial en retiro converse con su hijo, en servicio activo, de lo humano y lo divino.

Respecto de los trastornos sociales creados por determinados sectores y aprovechados por la oposición, más vale no hacer comentarios, pues es un tema recurrente en Chile con todos los gobiernos hasta el presente.

En referencia al interés del agrario laborismo por llegar a instaurar un gobierno autoritario, el país ha sido testigo como algunos de sus personeros, hasta ahora prorrumpen en alabanzas y muestras de adhesión a toda forma antidemocrática de gobierno, expresiones a las que se suman todas las tendencias políticas que tienen algo que ganar cuando se gobierna con desprecio por la voluntad popular.

Y, finalmente, el Partido Comunista lleva en lo más profundo de sí el drama de la revolución leninista para llegar a la dictadura stalinista; y mientras no logren instaurar esa dictadura, seguirán procurando crear un estado de caos. Así ha sido en todos los gobiernos, incluido el del Presidente Allende.

Naturalmente que González Videla en su libro trata de justificar muchos de sus propios errores, sin olvidar que en la coalición de gobierno e incluso en su propio partido, el Radical, encontró inconsecuencias y deslealtades que dificultaron aún más su gestión presidencial y a la postre dieron el triunfo a su “más pertinaz enemigo”.

No sería la última vez que un partido político pusiera palos en las ruedas de la bicicleta al gobierno que contribuyó a elegir, creándose de esa manera problemas graves al propio avance.

Durante los años en los cuales Armando Ortiz permaneció en EE.UU. se mantuvo permanentemente informado acerca de lo que estaba sucediendo en Chile y pudo comprobar que pese a la simpatía con que la super potencia miraba al gobierno chileno, la situación interna fue deteriorándose, mientras que la Fuerza Aérea recibía aviones de instrucción y de combate, lo que obligaba al Agregado Aéreo a una actividad muy intensa.

En ese período, a través del Pacto de Ayuda Mutua, EE.UU. cedió a Chile aviones B-25 Mitchell y Republic P-47 Thunderbolt que incrementaron los magros inventarios de la Base Aérea de Quintero. Ese material, en importante cantidad, llegó a Chile piloteado por oficiales estadounidenses quienes se desempeñaron por

algún tiempo como instructores de sus pares chilenos. Como se comprende, actividades de esa naturaleza imponen a un Agregado Aéreo una fuerte carga de trabajo que el Comandante Ortiz desempeñó con la mayor eficiencia.

Cumplida su destinación y terminado el período por el que fue enviado, se lo destinó, en julio de 1949, como Subjefe del Estado Mayor de Aviación, cuyas oficinas estaban y continúan estándolo, en el Ministerio de Defensa Nacional, hoy edificio de las Fuerzas Armadas.

En este puesto permaneció algunos meses, hasta que en febrero de 1950 fue transferido al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, el que en la actualidad se llama Estado Mayor de la Defensa Nacional, que en aquellos años funcionaba en el mismo edificio, pero hoy opera en el edificio Diego Portales.

Esa alta repartición, que depende directamente del Ministro de Defensa, tiene entre sus múltiples funciones, algunas de índole doméstica relacionadas con mantenimiento del edificio, seguridad del mismo, alimentación del personal que presta servicios allí y otras similares. Desde luego que todo esto consume mucho tiempo, razón por la que se han creado organismos especiales destinados a atender esas funciones.

Tomando en cuenta el gran tamaño del edificio en el que labora una importante cantidad de personal de las tres instituciones armadas, entre oficiales, empleados civiles, suboficiales y personal del cuadro permanente, se comprende que el servicio de alimentación resulta complejo y que al ser administrado por una persona perteneciente a cualesquiera de las tres armas podría ser inconveniente, se optó hace ya muchos años por entregar ese servicio de alimentación a un concesionario que debe cumplir una serie de requisitos entre los cuales la honorabilidad es fundamental.

A fines de la década de 1940 y años siguientes las instalaciones del “Casino del Ministerio” como se le denominaba, estaban situadas en un subterráneo y su espacio era reducido para la cantidad de personal que debía atender, aun cuando la totalidad de los generales y almirantes, como también la gran mayoría de los oficiales superiores y muchos oficiales jefes habían organizado comedores privados en las reparticiones en que trabajaban, sin embargo el casino no era suficiente y se debía recurrir al sistema de turnos.

En esas circunstancias, el Comandante Ortiz fue designado a cargo de uno de los departamentos del Estado Mayor que tenía entre sus múltiples funciones la supervisión del Casino a fin de asegurar la alimentación del personal en calidad, puntualidad en los turnos y costos.



Tomando té en el Waldorf, cuando recién conoció a Bertita.

Siempre había sido un tipo acucioso para elaborar cualquier documento y trataba de investigar cada aspecto del tema que se le proponía. En este caso uno de los primeros pasos fue visitar el Casino del Ministerio para verificar personalmente las condiciones de funcionamiento. Por una básica cortesía comenzó su visita con un saludo al concesionario, que en esa época era una concesionaria; encantadora y hermosa dama doña Berta Fainé Bravo. Su esposo había sido un oficial de Ejército del arma de Ingenieros, el Capitán Alejandro Rodríguez.

Berta Fainé era una mujer no sólo bonita y atractiva, sino además una persona inteligente y de gran espíritu de lucha, por lo que al encontrarse en una situación económica muy desfavorecida descubrió una veta empresarial, consiguió que se le adjudicara la concesión del Casino y se dedicó con toda energía al trabajo mientras entregaba su amor al hijo nacido en su matrimonio.

Personas que la conocieron en esos años han afirmado que la señora Berta quedó muy impresionada por la cortesía del Comandante Ortiz y un cierto aire tímido en la conversación. Esto tiene una clara explicación en el carácter de Armando en quien todo el mundo reconoce una gran gentileza en el trato con personas sin importar edad, sexo o condición; y respecto de su relativa timidez, es algo que el propio afectado reconoce cuando afirma que jamás se sintió un don Juan y, por el

contrario, experimentaba una cierta cortedad de genio al conocer a una mujer, lo que atribuye, posiblemente, a la formación recibida en su hogar donde era una realidad aquello de no golpear a una mujer ni con el pétalo de una rosa.

Para Armando, la impresión fue diferente, casi demoledora. Al ver y conversar con la señora concesionaria, experimentó el mismo hechizo de un jovencito que al comenzar la pubertad recibe el primer beso de una niña encantadora. Reconoce que tuvo que hacer grandes esfuerzos para concentrarse en el motivo de su visita y sin embargo alargó la conversación más allá de lo necesario.

Cuando regresó a su oficina y comenzó a redactar un informe de lo observado, al no encontrar asuntos que afectaran a la señora concesionaria pensó que podía estar influenciado por el efecto sentimental que le había producido, razón por la cual transfirió a otro oficial la tarea de informar sobre el Casino.

Desde esa ocasión fue un concurrente asiduo a almorzar en el recinto, aprovechando, cada vez, para saludar a la señora Berta y conversar con ella “algunas palabritas”.

Poco a poco se dio cuenta de que estaba enamorado como un colegial y, cosa curiosa, seguía sintiendo un enorme cariño por su esposa, doña Inés, que no se percataba del problema sentimental que estaba desarrollándose en el corazón de su esposo.

Doña Berta, Bertita, como lo sería por el resto de su vida, fue también poco a poco dándose cuenta que aun contra su voluntad estaba enamorándose del joven Comandante de la Fuerza Aérea –tenía cuarenta y cuatro años– quien era casado y padre de cinco hijos.

Los años 1950 y 1951 los pasó Armando en funciones en distintas reparticiones pero siempre con oficina en el edificio del Ministerio de Defensa, lo que permitió un contacto casi diario con Bertita que a veces era a la hora de almuerzo y en otras ocasiones cuando él bajaba al Casino para tomar una taza de café a lo largo del día.

En aquella época, la familia Ortiz-Fernández vivía en Ñuñoa en calle Los Cerezos y más de una vez Armando tuvo en la mañana la cortesía de llevar en su automóvil a Bertita hasta el Ministerio. Otras veces la cortesía se repitió en la tarde cuando ambos abandonaban el edificio para dirigirse a sus respectivos hogares.

Mientras esto sucedía en el corazón y mente de estos dos seres humanos alterando sus costumbres, Chile se preparaba para un cambio trascendental en la vida pública.

El 8 de enero de 1949 se había promulgado la ley que otorgaba a las mujeres el derecho a participar en todas las elecciones nacionales, incluidas las de Presiden-

te de la República, con lo que se incorporaba un enorme contingente de electores cuya intención de voto se podía suponer con poca exactitud. Sin embargo había un antecedente importante que muchos desconocían y que a la postre resultó definitivo.

En 1946 había sido creado el Partido Femenino de Chile, por María de la Cruz Toledo. Era esta señora una persona inteligente, activa, de un patriotismo ejemplar y dotada de una gran condición como oradora. Su sensibilidad y dotes de escritora le permitieron publicar dos obras: en 1940, *Transparencias de un alma*; y, en 1942, *Alba de oro*. Luego fue escritora y directora de *Luz y Sombra*, una revista dedicada a los ciegos. En 1950 fue candidata a senadora por Santiago pero obtuvo una votación insuficiente y a fines de 1951, cuando el Partido Femenino adhirió a la candidatura de Ibáñez, doña María de la Cruz fue su generalísima. Realmente la verba encendida de esta destacada personalidad política contribuyó en un grado efectivo al triunfo.

En la elección presidencial de 1952 hubo cuatro candidatos: Pedro Enrique Alfonso, representando al continuismo radical que tan desprestigiado estaba en todo el país; Salvador Allende, por el Partido Comunista y un sector Socialista; Carlos Ibáñez, por una coalición inorgánica de partidos que representaban el descontento popular y apoyaban una imagen de austeridad; Arturo Matte, candidato de la derecha, que en parte había apoyado a los gobiernos radicales pero ahora tenía ambiciones propias.

Los resultados de la elección son los que se indican a continuación, donde es interesante observar la incidencia del voto femenino:

Candidato	Total de votos	% del total	% masculino	% femenino
Carlos Ibáñez	446.439	46.8	48.4	43.0
Arturo Matte	265.357	27.8	26.0	32.0
Pedro E. Alfonso	190.360	19.9	19.9	20.0
Salvador Allende	51.975	5.5	5.8	4.6

Es posible desarrollar un análisis profundo de las causas y consecuencias de esta elección, tarea que ya ha sido emprendida por diversos autores en textos especializados; por ahora, señalemos que el fin del período radical se debió a propios errores en la conducción de la vida política y económica. Entre las circunstancias políticas se destaca el abrupto viraje de González Videla, elegido con votos comunistas, partido al que después puso fuera de la ley. La actitud de la derecha obedeció

a un comportamiento que le es habitual en la historia nacional, consistente en distanciarse del gobierno que han apoyado cuando éste comienza a perder arraigo en la ciudadanía, y luego presentar una opción propia proclamándola como novedosa. La izquierda estaba sumida en profundas divisiones, algo que ha sido frecuente en su vida, y además, el candidato Allende todavía no se consideraba como una figura nacional. La candidatura de Ibáñez era una extraña mezcla de sectores de derecha con nazistas, socialistas y desencantados por sobre todo.

James R. Whelan dice al referirse a la candidatura y las circunstancias que tenía la vida política en ese momento:

“A esta brecha marchó Carlos Ibáñez, de 75 años de edad, el militar convertido en figura pública que se describía a sí mismo como un hombre por encima de la política, aunque desde que había dejado La Moneda, su nombre no sólo había aparecido dos veces en las listas de candidatos presidenciales sino que además ocupaba entonces una banca de senador bajo los auspicios de un partido creado por él, el Partido Agrario Laborista. Para un país ensordecido cada vez por las estridencias de políticas partidistas, Ibáñez representaba la esperanza nostálgica de un regreso al orden y la estabilidad de un cuarto de siglo antes, cuando él había gobernado el país con una mano autocrática, firme y vigorosa. Hizo su campaña con una escoba y prometió barrer hasta que quedara todo limpio”.(6)

En las promesas de este hombre creían a pie juntillas los militares que, formando logias secretas o no, esperaban su elección para que por fin el país se sacudiera la politiquería, reinara el orden y se mejorara el nivel de ingresos de los trabajadores, entre los cuales se contaban.

En 1952, el autor de este libro era un Subteniente que prestaba servicios en la Escuela de Especialidades de la Fuerza Aérea y no requiere consultar archivos o textos de historia para recordar la modestia en la que vivían los uniformados por lo escuálido de sus sueldos.

¡Claro está que se abraza la carrera de las armas por amor a la patria y no al dinero!

Igual a como sucede con algunos profesionales, y con la mayoría de los políticos que están animados sólo por su espíritu de servicio y por eso viven en la inopia.

Como ya dejamos dicho varias veces, había un movimiento de carácter claramente conspirativo que pretendía defender “hasta las últimas consecuencias” el triunfo de Ibáñez si el Congreso lo desconocía, ya que al no haber obtenido más de 50% de la votación, era el Parlamento el que por mandato constitucional debía dirimir entre las dos primeras mayorías, esto es entre Ibáñez y Matte que le seguía.

En este sentido, Carlos Prats emite un juicio muy interesante:

“Un buen porcentaje de oficiales politécnicos parecía integrar los ‘PUMA’; porque el líder que pronto aflora es el Coronel Abdón Parra, quien pasa a ser el Ministro de Defensa Nacional de Ibáñez, con la consiguiente ‘degollina’ de todo el Cuerpo de Generales. Emergió, también, ‘como hombre fuerte’ del Ejército, el Coronel de Ingenieros Benjamín Videla, que se inicia como Subsecretario de Guerra” (7).

 Cuando se le ha preguntado al General Armando Ortiz si es que él perteneció a los PUMA u otro grupo que tuviera parecidas finalidades, ha sido enfático en negarlo, afirmando que fue siempre un hombre estrictamente apolítico, convencido que la profesión de las armas está reñida con la práctica política, pues en ese caso se corre el severo riesgo de trastocar el lema de nuestro escudo dejándolo “Por la fuerza o la razón”, lo que repugna a nuestra formación republicana.

Algunos acontecimientos futuros se encargarían de confirmar este aserto del General Ortiz, como lo veremos más adelante en este libro.

Las dudas podrán surgir del hecho que en la Fuerza Aérea también Ibáñez produjo una “degollina”, pero la acción tal vez se motivó en el conocimiento personal que tenía el nuevo Presidente acerca de un Comandante de Grupo con cuyo padre había servido en el ya lejano 1900 en el Regimiento Cazadores.

Pero no nos adelantemos.

Notas

1. González Videla, Gabriel , *op.cit.*, pág. 532.
2. *PEC*, 6 de enero de 1966, en González Videla, Gabriel, *op.cit.*; págs. 579-582.
3. *Forjadores de Chile contemporáneo*, Tomo II, Ed. Planeta, 1990; pág.133
4. Es posible que González Videla, al mencionar al Ejército, incurra en una generalización, queriendo decir “fuerzas armadas”, porque aun sabiendo que el Ministro Barrios era hombre de pocas luces y albergaba una fuerte animosidad contra la Fuerza Aérea, no es posible que en materia tan importante diera seguridades sobre una fuerza solamente e ignorara a las otras dos; aun cuando en la Armada las inquietudes no habían pasado de la etapa de conversaciones, pero en general los marinos se marginaban de acercamientos al general Ibáñez.
5. González Videla, Gabriel, *op.cit.*, pág. 964.
6. Whelan, James R. *Desde las cenizas*, Ed. Zig-Zag, 1989; pág. 103.
7. Prats González, Carlos. *Memorias*, Ed. Pehuén, 1985; pág. 87.

De Comandante a Comandante en Jefe

Después de ser elegido Carlos Ibáñez como Presidente de la República y ser confirmado por el Congreso, comenzó la difícil tarea de comunicar a algunas personas que lo habían apoyado y en cuyos méritos confiaba, que deseaba designarlos para los diferentes cargos que podrían ocupar al comienzo de su gobierno.

Naturalmente, estas designaciones las consultó con dirigentes de los partidos políticos que habían conformado su plataforma electoral, luego y simultáneamente con personas que, sin ostentar jerarquías de alguna especie, eran de la más absoluta confianza del viejo general; tenía setenta y cinco años. Entre estos últimos ¿estarían algunos PUMA? Es muy difícil llegar a confirmarlo, pero todo hace pensar que esas conversaciones tuvieron efecto y, tal vez, en ellas se confirmó la idea de nombrar al Coronel Abdón Parra como Ministro de Defensa.

Este oficial era compañero de promoción en la Escuela Militar con el General Aurelio Celedón Palma, egresados en diciembre de 1920, pero debido a la rapidez de los ascensos entre los aviadores por las bajas producto de muerte o invalidez por accidente, Celedón había ascendido hacía seis años a General y, hacía cinco, era Comandante en Jefe, de modo que Parra estaba muy retrasado respecto de sus compañeros aviadores, situación que durante muchos años producía resquemor en algunos uniformados.

¿Habrán conversado acerca de a quién nombrar como Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea? Parece una posibilidad muy factible. En todo caso, Ibáñez —como lo recordamos— había servido bajo el mando del padre del Comandante Armando Ortiz; y, Abdón Parra era compañero de promoción de un hermano de Armando, Adrián Ortiz, que también había sido oficial de caballería. Además, el Comandante Ortiz era un oficial muy prestigiado en la Fuerza Aérea donde disfrutaba del aprecio de muchos de sus camaradas.



El 18 de septiembre de 1947, como Secretario de la Comandancia en Jefe, acompaña al General Celedón.



Recién designado el Alto Mando, 4 de noviembre de 1952. De izquierda a derecha: Capitán de Bandada Horacio Rojas Donoso, Edecán del Presidente; Comandante Fernando Ortega Yáñez, Comandante Armando Ortiz Ramírez, nuevo Comandante en Jefe; Comandante Darío Callejas Rojas; Comandante Washington Silva Escobar; Comandante Osvaldo Cordero Vallejos; Comandante Ernesto Romero Rojas.

Sea como fuere, un mes antes de asumir la presidencia, habiéndose confirmado su triunfo, convocó al Comandante Ortiz con la aprobación de sus superiores para comunicarle que había decidido nombrarlo Comandante en Jefe.

Esta designación significó en la Fuerza Aérea también una “degollina”, usando la idea de Carlos Prats, pero para ello podemos encontrar una pista en un documento que Gabriel González transcribe en sus *Memorias* y que nosotros también usaremos, con algunos comentarios.

Gabriel González dice que en vísperas de la elección presidencial recibió numerosas informaciones denunciando que algunos jefes y, sobre todo oficiales jóvenes, estarían reuniéndose para “defender la candidatura del General Ibáñez, para el caso de ser desconocida por mí por el Congreso Nacional”.

En realidad lo que se proponían defender era el triunfo de Ibáñez, que daban por descontado, y no su candidatura. Pero, sigamos.

En vista de estos informes, llamó al Ministro de Defensa, General Barrios para que éste tomara las medidas necesarias a fin de poner término a este clima deliberativo.



Insólita fotografía; el nuevo Alto Mando, formado sólo por Comandantes, acompaña al Presidente de la República.

Luego cita las *Memorias del General Guillermo Barrios*, quien escribe lo siguiente de acuerdo a una reunión de generales y almirantes convocada por el Ministro de Defensa:

“El objeto de esta reunión es un deseo personal de S.E. para que sea conocido por todos los oficiales.

”1º. El Gobierno está en antecedentes de dos hechos que afectan gravemente a la disciplina, integridad y honor de las Fuerzas Armadas: el primero es que existen reuniones de oficiales con el deliberado propósito de defender una de las candidaturas presidenciales, y el segundo, el prejuzgar actos privativos de los Poderes Públicos, como lo serían los acuerdos del Congreso Nacional en caso de que tuviera que resolver conforme a la Constitución.

”2º. Esta situación se agrava si se toma en cuenta que quienes transmiten al Gobierno estos antecedentes son los mismos oficiales; o sea que ellos se están labrando su propio desprestigio y el de sus propios compañeros. Por eso, los que formamos parte del Gobierno queremos pedirle a los oficiales jóvenes que cesen en estas actividades y se concreten únicamente a velar por el cumplimiento de las órdenes y disposiciones y dejen de mano los comentarios ajenos a la profesión.

”3º. Estos hechos, comprobados por los hombres de Gobierno, constituyen para el Presidente de la República una deliberación, y le extraña a S.E., ya que nunca antes se había producido una identificación de las Fuerzas Armadas con alguna candidatura, lo que involucra un desconocimiento a los principios más elementales de nuestra legislación, que entrega el acto eleccionario y su pureza a la responsabilidad de las Fuerzas Armadas. Con la trascendencia de estos hechos, ellas pierden el respeto ciudadano.

”4º. Tengo especial encargo de S.E. el Presidente de la República de recordarles las palabras con que puso término a su último Mensaje leído en el Congreso el 21 de mayo, en el cual afirmó por la fe de su palabra que entregaría el Mando de la Nación al ciudadano elegido por la voluntad popular.

”5º. El Presidente de la República estima que se le hace una injuria al propalarse, por medio de representantes de las Fuerzas Armadas, la especie de que estaría dispuesto a suspender las elecciones unos tres o cuatro días antes del 4 de septiembre, especie que vendría a tomarse como justificación de las reuniones denunciadas.

”6º. Después de dar a conocer estos antecedentes, hago una serie de peticiones a los Generales reunidos, consistentes en:

”–Advertir a los jóvenes oficiales que van por mal camino.

”–Los que quedan formando parte de las Instituciones son los que sufren las consecuencias, puesto que los que ya han cumplido honestamente con su misión se irán al descanso. Yo nada espero; podría dejar simplemente que corriera esta ola de rumores y tomar medidas para impedirlos; pero prefiero el consejo, el llamado a mis compañeros para que depongan estas actitudes antidisciplinarias y oigan esta petición orientada a enmendar rumbos.

”–Que midan sus palabras, que no anden dando antecedentes que desprestigian a sus compañeros. Que se pongan un cierre en la boca hasta después de terminado el proceso electoral.

”–Que tengan presente que el 4 de septiembre no terminará el acto eleccionario; porque, habiendo cuatro candidatos, es muy difícil que uno alcance directamente la mayoría exigida por la Constitución, y en tal caso, habría de prolongarse por sesenta o noventa días más la solución de este problema.

”–Pido que se prohíban los comentarios de orden político, porque los oficiales no la entienden. La obligación de las Fuerzas Armadas es hacer respetar el proceso electoral y reconocer la voluntad popular. No somos ajenos a la pureza del acto; por el contrario, se nos entrega la pureza de la elección y debemos actuar con la máxima corrección.

”–No es lícito opinar sobre qué hará o no hará el Congreso Nacional. Somos fuerza con misión clara; el Congreso escapa a nuestras manos. A ciento veinte días plazo no se puede prejuzgar, no podemos dar veredictos, debemos guardar nuestros sentimientos.

”Por último, hago una petición de carácter personal: pido a todos los Generales que les digan directamente y sin rodeos a los oficiales a sus órdenes, especialmente a los jóvenes, que no se sigan destruyendo ellos mismos; que no cometan la felonía de señalar con el dedo las supuestas ideologías de sus compañeros.

”Concurrieron a esta reunión los siguientes Generales y Almirantes:

Ejército:

Comandante en Jefe Acc., General Silvestre Urizar V. Generales: Teófilo Gómez V., Santiago Danús P., Antonio Tovarías A., Arístides Vásquez R., Milcíades Contreras M., Alberto Carrasco G., Carlos Casanovas D., Vicente Martínez A. y José L. Gálvez F.

Director de FAMA E, Coronel Elías Decaud U. Inspector de Ingenieros, Coronel Manuel Feliú de la R.

Armada:

Comandante en Jefe, Almirante Danilo Bassi.

Fuerza Aérea:

Comandante en Jefe, Aurelio Celedón P. Generales: Gregorio Bisquertt P., Ismael Sarasúa I., Jorge Gana E., Germán Rodríguez R., Alejandro Schwerter G., Roberto Rotger W. Agustín Inostroza P. y Raúl Magallanes B.

Subsecretarios:

De Guerra: Coronel Héctor Sagüés Z., De Marina: Capitán de Navío Alfredo Natho D. De Aviación: Comandante de Grupo Darío Callejas R.

Secretario: Teniente Coronel Guillermo Toledo O.” (1).

Primero formulemos algunos comentarios sobre este trozo escrito por el Ministro de Defensa, General Guillermo Barrios, y luego nos referiremos a su relación con los retiros de generales en la Fuerza Aérea y los ascensos consiguientes.

Desde luego, lo primero que se advierte es el conocimiento que tenía el gobierno acerca de las reuniones de los PUMA, tal vez a causa de delatores que nunca faltan, o los eternos indiscretos que habiendo participado en una reunión donde se pide discreción, fallan por darse importancia. Pero esto es algo a lo que deberíamos estar acostumbrados.

En cambio, llama la atención la miopía al referirse solamente a “oficiales jóvenes” cuando sus informantes debían haber advertido que había coroneles comprometidos.

Luego afirma que “nunca antes se había producido una identificación de las Fuerzas Armadas con alguna candidatura”. Este párrafo demuestra que el General Barrios desconocía la historia de Chile o bien quería creer en este gran error de apreciación.

Los consejos que entrega para los oficiales jóvenes acerca de ser prudentes y mantener la boca cerrada son, sin duda, lo más atinado de su presentación.

Pero echa a perder lo anterior cuando más adelante pide que se prohíban los comentarios sobre política, “porque los oficiales no la entienden”. Era obligación del gobierno y por tanto del propio Ministro de Defensa haberse preocupado de que los oficiales estudiaran política para que la comprendieran, pues en caso contrario tendría que aceptar que los oficiales cuando votaran en su calidad de ciudadanos fueran unos corderos llevados por la propaganda.

Otra cosa que llama la atención es su desprecio por los suboficiales al ni siquiera mencionarlos, en circunstancias que debía estar informado de que había

también personal del cuadro permanente comprometido. Esa actitud es comprensible en un funcionario de la oligarquía, lo que también ha sucedido en épocas posteriores.

Estas reflexiones pueden ayudar a comprender por qué el gobierno había perdido el arraigo popular y el aprecio de parte importante de las fuerzas armadas.

Ahora bien, este mismo texto con los nombres de los asistentes, nos da una pista para comprender los sucesos que habrían de venir.

Es bastante comprensible que un Presidente de la República desee que tanto los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, como el General Director de Carabineros sean hombres de su confianza, y negarle esa posibilidad puede conspirar contra la estabilidad institucional del país. Lo que no resulta tan comprensible es que elimine a todos los generales en actividad, siempre con el propósito de contar con gente de su confianza, negándole a una Institución todo el bagaje de experiencia acumulado por el conjunto de aquellos llamados a retiro.

En el caso de Armando Ortiz, el Presidente Ibáñez tuvo la suerte de contar con un hombre de sólidos principios y que por tanto no cedería fácilmente a los golpes de autoridad del gobernante, circunstancia que a la postre significó el término de su carrera.



La señora de Inés de Ortiz, esposa del Comandante en Jefe.

Respecto del cuerpo de generales de la Fuerza Aérea, digamos que se debió reemplazar al Jefe de Estado Mayor, Ismael Sarasúa, quien fue sustituido por Ernesto Romero Rojas, compañero de curso de Armando Ortiz; el Comandante de Unidades Aéreas, Gregorio Bisquertt Rubio (en las *Memorias* de Gabriel González dice Bisquertt P., lo que es un error) fue reemplazado por Fernando Ortega Yáñez, brillante oficial, también compañero de promoción de Ortiz.

En resumen, todos los generales pilotos fueron cambiados por coroneles compañeros de curso del nuevo Comandante en Jefe.

Darío Callejas Rojas también de la misma promoción, que había sido Subsecretario de Aviación en el gobierno de González Videla, ascendió a general y un mes después pasó a retiro. Era hombre de confianza del Presidente y amigo personal con el General Celedón que dejaba el mando.

Los generales de los escalafones de Sanidad y Justicia, Inostroza y Magallanes, fueron reemplazados por gente nueva y así también en los próximos meses continuó el relevo de los antiguos generales por compañeros de promoción de Ortiz o amigos, pero todos menos antiguos que el nuevo Comandante en Jefe.

Unos días antes de asumir su nuevo mando, Ortiz concurrió a la Escuela de Aviación con la autorización del todavía Comandante en Jefe, General Aurelio Celedón y en una reunión de oficiales tuvo el siguiente breve diálogo con el Director, Coronel Aníbal Solminihac Bustamante.

—Aníbal, debo comunicarte una mala noticia.

Ante la mirada interrogativa de Solminihac y la expectación del resto de oficiales, continuó:

—Te informo que vas a perder a uno de tus oficiales.

Nuevos gestos y miradas interrogantes.

—Me llevo como Ayudante al Capitán Enrique Varela Aguirre.

Esta anécdota fue relatada por el propio Varela al autor de este libro, con quien se produjo el siguiente diálogo:

—¿Tu nombramiento como Ayudante obedecía al hecho de que hubieras pertenecido a los PUMA?

—¡No!, en absoluto. Correspondía a lo que mi general Ortiz me había dicho, hacía ya varios años, cuando era Comandante del Grupo N° 3 en Temuco, y yo era un modesto Subteniente a quien había designado su Ayudante en esa Base de Maquehua.

—Resulta difícil aceptar esa explicación tan fácilmente sabiendo que en esa época los PUMA que originaron después a la Línea Recta, se habían apoderado de la Defensa Nacional.

—Tal vez en otra Institución, pero en la Fuerza Aérea no sucedió así; por el contrario, los Línea Recta terminaron siendo llamados a retiro, algunos sancionados, todo esto bajo el mando de don Armando Ortiz.

—¿Tienes algún testimonio de que el General Ortiz se haya opuesto a esos oficiales golpistas?

—A estas alturas de la vida uno va destruyendo muchos papeles que guardó por largos años; pero hasta hace poco tenía un par de cartas donde me decía que esos oficiales le habían hecho la vida imposible.

Al consultarle por los nombres de esos presuntos implicados, Enrique Varela no vaciló en dar algunos nombres que corresponden plenamente con los sumarios desarrollados en aquellos años y con abundante información periodística disponible en archivos públicos. Por lo demás, estos temas volveremos a verlos más adelante.

Así es que cuando Carlos Ibáñez asumió el mando supremo de la nación, en una ceremonia muy protocolar en el Congreso Nacional, estaba acompañado por las nuevas autoridades de la Defensa Nacional, entre otros:

Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, era el Comandante de Grupo (Coronel en la nomenclatura actual) Armando Ortiz Ramírez, acompañado por el alto mando institucional. Varios coroneles.

De esta forma se estaba iniciando uno de los mandos más prolíficos que haya tenido la Institución. La variedad y profundidad de decisiones tomadas por Armando Ortiz con la leal asesoría de sus colaboradores más próximos, fue desde hacer que la Fuerza Aérea entrara a la era del jet y del ala rotatoria, a modificaciones en los uniformes, haciéndolos más funcionales, preocupación por la dignidad de los suboficiales y por la salud de todo el personal.

Al asumir la Comandancia en Jefe, el Comandante Armando Ortiz Ramírez, la Institución no llamó a retiro a algunos generales, entre los que se contaba el médico Agustín Inostroza Pérez, quien había ingresado a los servicios aéreos en 1925 como cirujano 3° de la Escuela de Aeronáutica Militar. Veinte años después, en julio de 1945 llegaba al grado de Comodoro Cirujano, en la nomenclatura actual, General de Brigada de Sanidad. Era comprensible que un hombre que había pasado casi toda su vida profesional en la Fuerza Aérea se sintiera tan identificado con la Institución que hiciera causa común con el resto de los generales cuando expresaron su alineamiento con el gobierno. Pero éste cambió, y el general debía jubilar, lo que hizo el 29 de marzo de 1953, cinco meses después del cambio de gobierno.

Desde entonces dedicó gran parte de su capacidad a la Cruz Roja Chilena, que presidió por largos años y desde donde continuaría prestando servicios importantes a su Fuerza Aérea.

Lo sucedió en la cúpula del escalafón de sanidad otro médico que también había dedicado su vida a la Fuerza Aérea, el Comandante de Grupo (S) Raúl Yazigi Jauregui, quien asumió sus funciones de Jefe del Departamento de Sanidad el 20 de enero de 1953 y ascendió a General, el 26 de agosto de 1953, permaneciendo en servicio hasta enero de 1961.

Hasta el año 1952 la Fuerza Aérea no contaba con hospital propio y para las atenciones de salud que requirieran hospitalización, se debía recurrir al Hospital Militar, que atendía a los aviadores con cordialidad y eficiencia, pero éstos notaban que estaban en casa ajena.

El autor de este libro recuerda que en 1954, el Ejército asumía parte importante de la preparación de las dotaciones que irían a prestar servicios **en las distintas Bases de la defensa, en la Antártica.** Parte de esa preparación consistía en sacarle el apéndice a las tres dotaciones, pero los marinos recurrían al Hospital Naval en Valparaíso y los oficiales de Ejército eran intervenidos en horario diferente al del grupo integrado por los suboficiales de Ejército, Fuerza Aérea y los dos oficiales pilotos.

En el curso del año 1953, en la Fuerza Aérea se tuvo conocimiento que los monjes benedictinos deseaban vender los terrenos y edificio del monasterio en Las Condes debido a que el crecimiento de la ciudad de Santiago mostraba signos de que en plazo relativamente corto estarían situados en medio del bullicio urbano, tan poco propicio para el retiro y meditación que forma parte de sus prácticas piadosas.

Por su parte, la Fuerza Aérea sólo contaba con la modesta instalación en la Base Aérea El Bosque, conocida como Enfermería Central. Era éste un viejo edificio de madera cuyo equipamiento y medios materiales lo hacían más próximo a un consultorio periférico que a una instalación hospitalaria. Sin embargo, era allí donde debían ser internados los cadetes cuando estaban enfermos. Este último comentario permite evocar algunas situaciones relacionadas con ese lugar y que tienen un dejo de nostalgia.

A la Enfermería Central los cadetes de 1948 la llamábamos “las termas” porque a pesar de todas sus carencias y, por cierto, falta de calefacción, permitía pasar dos o tres días de descanso sin tener que asistir a las prácticas de infantería, clases de educación física hechas sin ninguna pedagogía, y, sobre todo, nos evadía de los odiosos gritos de los brigadieres ordenando levantarse a las seis de la mañana con las ventanas de la cuadra (dormitorio colectivo) abiertas por “razones de salud”,

aun en pleno invierno. Durante el día se podía leer revistas o novelas entradas de contrabando por el mismo personal de enfermeros que atendía a los pacientes.

En la cocina de la enfermería, había un cocinero que fabricaba pan amasado con chicharrones y que vendía a los cadetes por un precio razonable y al alcance del modesto presupuesto juvenil. Claro está, lo podían comprar los cadetes enfermos de primer año, porque los sanos, para llegar a disfrutar de esta garantía, debían esperar a estar en segundo o tercer año.

Comer ese pan, caliente, no sólo era un placer, sino también un componente nutricional para un sistema de alimentación verdaderamente aberrante por lo escuálido de las raciones, la falta de variedad y la mala calidad. Con el correr de los años todo fue cambiando para mejor y resulta increíble para muchos el saber cómo se estilaba la vida de los cadetes en esos años antes del ascenso de Armando Ortiz.

En la búsqueda de mejores condiciones de vida para el personal se decidió la compra de los terrenos que ofrecían los monjes benedictinos.

El Coronel Enrique Varela Aguirre, que en 1952 fuera nombrado Ayudante del General Ortiz, recuerda, ahora en la placidez de su hogar después de muchos años acogido a retiro, las circunstancias que llevaron a materializar el hospital propio.

Cuando se le informó que había estos terrenos con un buen edificio disponible para la venta, el general se entusiasmó porque, como le dijeran el propio Varela y otros oficiales, el edificio requería poquísimas modificaciones para ser utilizado como hospital.

Se le entregó al General Raúl Yazigi la tarea de efectuar un estudio de factibilidad a fin de llegar a contar con un hospital propio de la Fuerza Aérea. Al parecer la idea inicial de contar con hospital propio habría sido del entonces Comandante Marcial Baeza Martínez, quien con el correr de los años llegaría a suceder a Yazigi en las funciones de Director de Sanidad y con el grado de General.

Baeza era un excelente médico, de gran prestigio profesional y que había trabajado en coordinación con el anterior Director, el General Inostroza, lo que más de una vez provocó pugnas y discrepancias con Yazigi, quien como ya lo dijimos, tenía a su vez un sólido y merecido prestigio también. Al parecer se produjeron desacuerdos entre Yazigi y Baeza, que llevaron al primero a informar negativamente el proyecto; pero al fin se impuso el sentido común y los valores éticos y se aconsejó al Comandante en Jefe la compra del inmueble.

Para realizar esta operación, el General Ortiz fue a conversar especialmente con el Presidente Ibáñez, quien desde el primer momento se mostró absolutamente favorable a la idea, por lo que el financiamiento fiscal se materializó en un plazo muy breve.



Colocación de ofrenda floral en el Monumento a O'Higgins; con traje claro, Juan Domingo Perón.



Acompañado por el Edecán del Presidente y por su Ayudante, el Comandante de Escuadrilla Enrique Varela Aguirre.



1953. Conversando con el Presidente Ibáñez y el Ministro de Defensa, General de Brigada Abdón Parra.



Parada Militar de 1954. Las principales autoridades iban en carroza.
(Gentileza Museo Aeronáutico)



Primer curso de enfermeras aéreas en la Parada Militar de 1954.



Llegando al Parque Cousiño.

Realizada la operación de compra, los monjes benedictinos pudieron, a su vez, materializar su traslado al actual monasterio, un bello y severo edificio emplazado en lo alto de un cerro que domina un sector precordillerano de la misma comuna de Las Condes.



Funeral de su sobrina Lucy Almazábal, fallecida como consecuencia de accidente de un avión LAN.

Ahora se trataba de realizar obras de adaptación del inmueble y, en especial, debía ser dotado con los equipos mejores y más modernos que fueran posibles. En esta materia sucedió algo muy importante que habla claro acerca del espíritu que animaba y aún anima a los aviadores chilenos, pues todos los miembros de la Institución contribuimos gustosamente con un día de nuestros escasos emolumentos. Sin embargo, es indispensable reconocer que fue el Comandante en Jefe, General del Aire Armando Ortiz Ramírez quien con su inteligente percepción y firme voluntad consiguió que se dotara a la Fuerza Aérea de un hospital propio, que con el tiempo ha ido creciendo y perfeccionándose hasta alcanzar el nivel de excelencia que hoy llena de orgullo a todos los miembros de la Fuerza Aérea de Chile.

Una visión completa y oficial de la operación Hospital, la proporciona la Revista *Fuerza Aérea*:

“Nuestra Institución verá dentro de poco materializada una de sus más caras aspiraciones. Contará con un hospital con capacidad para la atención de su personal

y de sus familiares. El Hospital Militar, pese a los cordiales propósitos y a la abnegación de sus directores y cirujanos, no podía, por razones de espacio, acoger a la totalidad de los miembros de la Fuerza Aérea que tenían necesidad de hospitalizarse. Esta situación, que iba agravándose por la expansión que necesariamente adquiere nuestra Institución como consecuencia de los compromisos internacionales contraídos por el Supremo Gobierno, está en vísperas de recibir una solución radical, gracias a la adquisición del Convento de los Benedictinos, de Las Condes.

"El edificio mencionado se presta admirablemente para su adaptación al efecto, y su ubicación retirada del centro de la ciudad no lo es tanto, ya que dista sólo 6 Kms. del Hospital Militar.

"El nuevo hospital dispondrá en un comienzo de tres secciones: Cirugía, Medicina Interna y Maternidad. Cabe señalar que la Misión Aérea Norteamericana, en un gesto que la honra, ha ofrecido gentilmente su cooperación para dotarlo de equipo y material sanitarios a fin de que a breve plazo pueda iniciar sus funciones.

"Con loable espíritu solidario, el personal de la Fuerza Aérea ha respondido al requerimiento formulado por el Comando en Jefe en el sentido de destinar un día de sueldo a la adquisición del inmueble en referencia. Sin distinción de jerarquías, la totalidad del personal ha prestado su entusiasta cooperación a tan laudable iniciativa del General del Aire don Armando Ortiz, demostrando con ello, una vez más, la honda afinidad que existe entre los miembros de la Fuerza Aérea de Chile..." (2).

En 1945, la fábrica Bell había recibido la primera homologación para que su helicóptero Bell 47 pudiera ser utilizado con fines comerciales. Esta aeronave se perfeccionaría hasta llegar a ser el Bell 47 D1 con una autonomía algo superior a dos horas y una velocidad de entre 60 y 70 millas/hora.

En 1952, Chile había enviado a un distinguido oficial, el Teniente 1° José, Berdichewsky a la fábrica Bell en los Estados Unidos para que recibiera instrucción en ese tipo de aeronaves, y simultáneamente dos brillantes suboficiales: Rodolfo Le Clerq y Eduardo Briones habían concurrido a la Base de San Marcos, Texas, para aprender el mantenimiento de los helicópteros.

La iniciativa para enviar personal a EE.UU. a fin de capacitarse en la operación y mantenimiento de estas unidades pertenecía al período de mando del General Aurelio Celedón, pero por razones burocráticas, propias de la administración González Videla, no se había consolidado la iniciativa de compra correspondiente, aunque existía plena conciencia de la necesidad de contar en Chile con este tipo de aeronaves.

Fue, pues, el General Ortiz quien relanzó el proyecto de compra de 3 Bell 47 D1 que a poco de llegados permitieron la formación de un grupo numeroso de pilo-

tos de helicóptero y estarían en el origen de las Unidades que dotadas con este material han cumplido brillantes jornadas en Chile y el extranjero. Han sido helicópteros los que en miles de horas de vuelo han salvado centenares de vidas humanas y salvaron a una región de una catástrofe inimaginable con la operación Lago Ríñihue. Helicópteros de la Fuerza Aérea han estado en el oriente mediterráneo apoyando a las Naciones Unidas para contribuir a la estabilidad del área.

En 1953 tuvimos la oportunidad de estar en la Plaza Bulnes cuando el primer helicóptero Bell 47 D1, piloto el Teniente 1º José Berdichewsky y llevando de pasajeros al Ministro de Defensa Nacional, el General de Brigada Abdón Parra Urzúa y el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, General del Aire Armando Ortiz Ramírez, aterrizó frente a La Moneda y sus dos ilustres pasajeros fueron caminando a saludar al Presidente de la República, el General Carlos Ibáñez.



Hija, suegra, esposa y nieta del General Armando Ortiz.

Fue realmente emocionante escuchar a una gran masa humana prorrumpiendo en aplausos y vivas a la Fuerza Aérea porque mostraba que estaba entrando en la era moderna, que es lo que la nación espera siempre de esta arma donde cada día se da una revolución científica y tecnológica.



General del aire, señor Armando Ortiz Ramírez, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, institución que hoy celebra un año más de vida autónoma. Su creación fué decretada por el Excmo. señor Carlos Ibáñez, el 21 de marzo de 1930.

Así lo veía un caricaturista en 1954.

Pero el afán modernizador de Armando Ortiz no se detuvo en la compra de los helicópteros, sino que fue más lejos para tratar de mantener el ritmo que otros países de Sudamérica, y especialmente dos limítrofes, estaban imponiendo.

Perú es un país que ha dado tradicionalmente una gran importancia a su instrumento bélico, dotándolo de mucho y moderno material. Las fuerzas armadas peruanas, han exhibido permanentemente un equipamiento que obedece a su concepción geopolítica que mira a expandirse al menos en dos direcciones. El mantenimiento no siempre ha sido el más feliz, imponiendo una gran carga financiera al obligar a frecuentes reposiciones de aviones, buques y blindados, superando largamente el esfuerzo económico que Chile puede realizar sin lesionar sus planes de desarrollo socioeconómicos. Sin embargo, nuestro país ha debido tratar de cumplir una misión disuasiva para lo cual la capacitación del personal es fundamental y requiere menos inversión en equipos.

Con esta filosofía, se ha mantenido una herramienta apta para el resguardo de las fronteras sin descuidar el crecimiento.

Esto también era válido en 1952 cuando, luego de la elección presidencial, asumió Armando Ortiz en la Comandancia en Jefe; pero el asunto se veía agravado porque en Argentina gobernaba Juan Domingo Perón, cuyo sentido mesiánico no pasaba desapercibido y que aun proclamando una gran amistad hacia Chile, había desarrollado unas fuerzas armadas desmesuradamente fuertes.

Su fuerza aérea contaba con cuádrimotORES de bombardeo, lo que para la época constituía un motivo de permanente preocupación; junto a ellos había desarrollado una potente aviación de caza con aviones a reacción, todos de procedencia inglesa.

Tantos aviones de combate no eran una fuente de disuasión y a pesar de todos los discursos americanistas, la lógica obligaba a pensar que ese material o se empleaba en una guerra o terminaría convertido en chatarra de elevado costo. Terminó en chatarra. Pero en esos años no se podía saber.

Afortunadamente para Chile había una serie de elementos parecidos, al menos en la forma, entre los gobernantes de nuestros dos países.

La dictadura populista de Perón, se parecía a lo que hubiera querido ser el gobierno de Chile según muchos próximos al Presidente Ibáñez. Esto facilitó las cosas para que la Fuerza Aérea de Chile pudiera enviar un grupo de oficiales para recibir instrucción y entrenamiento en aviones de combate a reacción.

✓ En 1953, el Comandante en Jefe Armando Ortiz, había tomado la decisión de que la Fuerza Aérea, en un plan de modernización, adquiriera aviones a reacción. Para ello se sondearon diversos mercados, tal como lo ha hecho la Institución siempre que ha comprado material de combate.

Estados Unidos mantenía esa política tan poco comprensible de tratar de mantener el equilibrio estratégico en Sudamérica, permitiendo que algunos países se sobreequipen, mientras deja en condiciones precarias a otros como Chile. En esa época ni siquiera favorecía la idea de entregar excedentes de guerra del tipo jet.

Los fabricantes franceses, italianos, alemanes y suecos tenían interés en vender pero encontraban inconvenientes con la diplomacia norteamericana que, aun cuando Argentina había escapado de ella, trataba de mantener cautivo al continente.

Inglaterra era un caso distinto, pues conservaban una cierta independencia, necesitaban vender a la exportación y ya estaba el precedente de haber vendido aviones a Argentina; entonces hacia allá se dirigieron las miradas.

La casa De Havilland en Hatfield, Inglaterra, tenía un avión que por características y precio convenía a Chile, estaba entre los preclasificados y, sobre todo, se encontraba disponible en plazo breve.

Se trataba del De Havilland DH Vampire, que voló por primera vez el 26 de septiembre de 1943, es decir, estamos hablando de un avión de combate que apenas tenía diez años desde que los primeros de su tipo habían volado. Se puede establecer algunas comparaciones con lo que sucede en 2002, año en que la Fuerza Aérea ha definido su opción por el F-16 de General Dynamics, excelente avión que hizo su primer vuelo el 2 de febrero de 1974, hace 28 años.

En realidad resulta penoso conocer la opinión de algunas personas públicas que critican la operación solamente porque es una gestión de gobierno al que tratan de dificultar todos sus actos.

**Del F-16 se decía cuando hizo su primer vuelo: 2 de febrero de 1974:
Fort Worth.**

El primer vuelo del F-16, el Fighting Falcon de General Dynamics ha durado 90 minutos desarrollándose sin problemas. Han sido necesarios menos de dos años para concebir este aparato, que entra en la competición del nuevo caza ligero solicitado por la US Air Force. La guerra de Vietnam ha modificado completamente la estrategia norteamericana. Se han acabado los aviones pesados y poco maniobreros que no pueden combatir con los Mig. Los últimos acontecimientos en Israel han confirmado el valor de las nuevas teorías. El YF-16 se deberá medir con el YF-17 de Northrop, que volará pronto. El F-16 es un monomotor monoplaza con un peso máximo de despegue de 16 toneladas. Sólo pesa 7 toneladas en vacío. Tiene una forma muy particular, con una gran entrada de aire ventral y un carenado en la unión del ala con el fuselaje. El asiento del piloto está inclinado hacia atrás 30 grados.(3)



Recibe la Gran Estrella al Mérito Militar por 30 años de servicio, en 1954.
Brinda junto al Ministro de Defensa Tobías Barros Ortiz.



En su gabinete de trabajo, 1953.



Inspeccionando un avión norteamericano antes de una demostración aérea.



1953, durante un paseo familiar a Las Melosas.



Celebrando el 18 de septiembre en la Base Aérea El Bosque.



1953, disfrutando del sol en una piscina cordillerana.

Se envió a Inglaterra a un grupo de oficiales y suboficiales para entrenarse en ese material. La delegación la componían tres pilotos, tres ingenieros y seis suboficiales técnicos. Los pilotos eran el Comandante de Escuadrilla (actual Comandante de Grupo) René Ianiszewski Curbis y los Capitanes de Bandada Humberto Magliocchetti Barahona y Claudio Sepúlveda Donoso; los ingenieros, Capitán de Bandada Nino Bianchi Guzmán y Tenientes Ieros. Hernán Barría y Orlando Gutiérrez Bravo. Todos ellos permanecieron algo más de cuatro meses en la fábrica De Havilland donde volaron el material seleccionado y aprendieron su mantenimiento.

En los últimos meses de 1953, y en el curso de 1954, llegó en cajones el material comprado en Inglaterra que fue a integrar el recién organizado Grupo N° 7.

Se pudo observar que la cantidad de oficiales pilotos para dotar al Grupo N° 7 era insuficiente y lo sería aún más, considerando que Magliocchetti y Sepúlveda debían pasar en 1955 a la Academia de Guerra Aérea en calidad de alumnos; por esa razón, en 1954 se comisionó un grupo de oficiales para recibir instrucción en **Argentina en aviones a reacción**.

El Capitán de Bandada Humberto Tenorio Iturra, el Teniente 1° Carlos Uribe Hansen y los Tenientes 2os Silvio Girardi Arestizabal y Carlos Arredondo G. eran los pilotos que volaron en aviones Fiat G-46, un modelo de instrucción italiano de pre guerra; el De Havilland Dove, un avión de transporte ligero (8-10 plazas), bimotor a hélice, con tren triciclo que se había puesto en servicio por Inglaterra en 1945; y el Gloster Meteor que había entrado en servicio en la RAF en julio de 1944 y que esencialmente se le destinó a combatir la amenaza de las bombas V-1 alemanas.

El Teniente 1° ingeniero Carlos Sothers Miranda efectuó un completo curso de mantenimiento en la fábrica de aviones de Córdoba, Argentina.

Los pilotos estuvieron comisionados en el Grupo de Caza N° 3 de la Fuerza Aérea Argentina, en Morón, encuadrado dentro de la 7ª Brigada Aérea.

Es de elemental justicia reconocer que el apoyo prestado por Argentina y su Fuerza Aérea para cumplir esta misión de entrenamiento fue fundamental para capacitar a la dotación de oficiales del Grupo de Aviación N° 7, unidad en la que pasaron a continuar sus servicios una vez regresados a Chile.

Con estas tripulaciones y los aviones Vampire comprados durante el mando de Armando Ortiz, la Fuerza Aérea de Chile estaba dando un gran paso inicial para llegar al nivel de eficiencia actual, que nos enorgullece a los chilenos.

 En 1952, la ceremonia de graduación al término del año en la Escuela de Aviación, fue un acto nocturno presidido por el Presidente de la República, el Gene-

ral Carlos Ibáñez y con la presencia del nuevo Comandante en Jefe, el General Armando Ortiz Ramírez.

Hacía sólo diez años que había comenzado a funcionar la Escuela de Cadetes, pues como recordamos, antes de ese año los oficiales de aviación eran egresados de las Escuelas Militar y Naval, o aun más, eran oficiales en pleno ejercicio en el Ejército o la Armada. Resulta entonces comprensible que las graduaciones, a fin de año, fueran ceremonias sencillas por la falta de medios materiales de que adolecía la Fuerza Aérea, sumados a una dotación reducida y un contingente de cadetes exiguo.

Las situaciones que se presentaban para las diferentes ceremonias pueden parecer, hoy en día, cosa de opereta, pero en aquellos años revestían caracteres especiales que se sobrellevaban con mística y vocación.

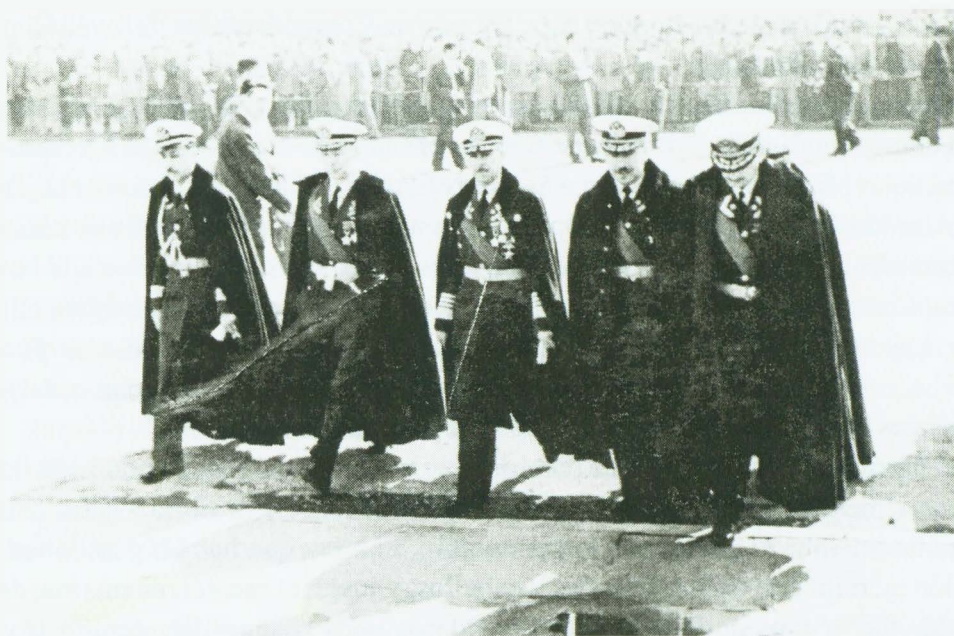
El autor de este libro puede recordar que para la Parada Militar de 1948 llovió torrencialmente. La elipse del entonces Parque Cousiño era de tierra y la Escuela de Aviación iniciaba el desfile del tercer escalón, una vez que habían pasado todo el escalón ejército con carros, cañones y caballos, y luego el escalón de marina, de tal manera que la capa de lodo debe haber sido de unos cinco o diez centímetros de espesor. Al pasar frente a las tribunas, dos o tres cadetes perdieron los zapatos chupados por el barro, pero no importaba porque estábamos empapados y llenos de barro hasta la gorra, de manera tal que no se notaban zapatos más o menos. Se trataba de pasar bien ante las autoridades mostrando que no teníamos menos brío que nuestros colegas de las otras escuelas.

Lo grave se produjo al llegar a la Escuela de Aviación, en el Paradero 34 de la Gran Avenida. Como desfilábamos con el mismo uniforme con el que salíamos –era el único que teníamos– y ya eran más de las siete de la tarde, se ordenó vestirnos con tenida de cuartel y llevar los uniformes mojados a la cocina de cadetes para que se secaran durante la noche, por lo que quedó en claro que esa noche no tendríamos salida.

Esa noche no comimos, porque se “había pensado” que tendríamos salida y por tanto el oficial ranchero no previó rancho. Tomamos una o dos tazas de café y un sandwich.

Al día siguiente nuestros uniformes estaban secos, pero espantosamente sucios y arrugados, por lo que se ordenó cepillarlos hasta cerca de mediodía y salir con capote para que no se notara cuán ajados estaban, con la advertencia de que debíamos hacerlos planchar en nuestras casas.

Finalmente, cuando cerca de la una de la tarde llegamos a Santiago, lucía un sol esplendoroso, hacía un húmedo calor primaveral y nosotros con capote.



Delegación de la Fuerza Aérea de Chile en el Te Deum, en 1954.

Habían pasado sólo cuatro años cuando el General Ortiz tuvo la magnífica idea, algo osada, de realizar esa ceremonia nocturna con la que, ahora sí, los cadetes y los oficiales que se graduaban pudieran lucir con prestancia.

Bajo su mando hubo preocupación seria por mejorar la calidad de los uniformes de la Escuela de Aviación y la Institución en general. Asimismo no se volvieron a sufrir esas anomalías en la alimentación del personal, porque alguien “había pensado”.

Pero la preocupación principal del Comandante en Jefe estaba centrada en la capacitación profesional de los cadetes para que fueran eficientes pilotos de guerra. Con esta idea en mente se coordinó con la Fuerza Aérea de los Estados Unidos para que la mitad del curso que debía egresar como oficiales, fuera a ese país para completar la instrucción de vuelo que aquí en Chile habían alcanzado hasta la etapa básica. Fue una buena iniciativa que se alcanzó a materializar en los años 1953, 1954 y 1955, permitiendo que volaran en aviones T 6-G, como los que teníamos en Chile, pero además pudieron recibir instrucción en T-28 que no teníamos y en B-25, aviones bimotor de bombardeo de los que nuestro país disponía pero que pronto fueron retirados del servicio.

Después de tres años materializando esa iniciativa, la Fuerza Aérea la dio por terminada al estimar que era inconveniente introducir diferencias en los métodos de instrucción en las distintas promociones.



GENERAL ORTIZ CUMPLIO 2 AÑOS EN EL CARGO. — El general del aire, don Armando Ortiz Ramírez cumplió dos años como Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile. Con motivo de este aniversario, el Jefe de la FACH, recibió al séquito del personal de la institución. En el grabado, aparece acompañado del Alto Mando Aéreo y sus más cercanos colaboradores. De izquierda a derecha, señores: los generales del aire señores Fernando Ortega Yáñez y Armando Ortiz Ramírez y el general de brigada aérea, don Alejandro Scherzer Gallardo. De pie: coronel secretario, Hugo Minzka de la Vega; coronel Raúl Geiger Stahl; generales de brigada aérea señores Raúl Yazigui Jáuregui, Javier Undurraga, Vergara, Osvaldo Cordeiro Valdivia, Washington Silva Escobar, Ernesto Romero Rojas y Renato García Vergara, y el comandante de escuadrilla, señor Ezequiel Varela Arizpe.

1954

En 1955, el año en que el General Ortiz se acogería a retiro, terminó una iniciativa, pero se concretó otra. En ese año se modificó el reglamento de vestuario de cadetes definiendo la tenida que se ha conservado hasta el presente y que finalmente vino a dar un carácter propio a su uniforme.

En ese mismo año, y también como una valiosa gestión desarrollada en el mando del General Ortiz, se empezó a recibir un nuevo tipo de avión para desarrollar la instrucción de vuelo a los cadetes, dando término al largo período en que ella se había efectuado en los PT-19 de tela y hélice de madera, los VT-13 de tren fijo y los aguerridos T-6. Ahora se trataba del T-34 Mentor, de Beechcraft. Aeronave de instrucción de gran versatilidad, con tren triciclo, condición importante para preparar a los pilotos cuando se estaba planificando para transformar la aviación de combate a material jet.

Mientras todo esto relatado estaba sucediendo, se continuaba la adaptación del ex monasterio benedictino en Hospital de la Fuerza Aérea, se seguían realizando operaciones de instrucción y entrenamiento y el proceso de modernización no se detenía; había gente que no mantenía un comportamiento leal y disciplinado, por el contrario, obnubilados por pasiones políticas se reunían secretamente y se confabulaban para un incomprensible apoyo al General Ibáñez.

Tal vez una buena muestra de la opinión sana de los hombres de la Fuerza

Aérea cuando se produjo el cambio de mando presidencial en 1952, y al mismo tiempo una demostración de la modestia del General Ortiz en sus actitudes, lo da un párrafo del Editorial de la *Revista Fuerza Aérea* del tercer trimestre de 1952:

“...En 1929, con motivo de la Parada Militar, en el Parque Cousiño, se presentó una formación integrada por 96 aviones, la mayor que hasta entonces había volado, en cielos sudamericanos. Y mientras la Fuerza Aérea no escatimaba sacrificios para dominar ampliamente los espacios nacionales, la Línea Aérea –creación también del Presidente Ibáñez– unía el centro con el sur y el norte del país, en una gesta heroica escrita con sangre y esfuerzos indescritibles.

”Puede decirse, sin temor a incurrir en exageraciones, que ese período constituyó la edad de oro de nuestra Fuerza Aérea, por cuanto señaló su autonomía y la orientó hacia su verdadera finalidad como Institución de la Defensa Nacional.

”En los años ulteriores, nuestra Fuerza Aérea ha debido permanecer estacionaria. Las limitaciones presupuestarias, las dificultades inherentes a una situación política mundial turbulenta e inestable, no permitieron un desarrollo acorde con la importancia bélica que posee el arma del espacio. No obstante, merced a un tesonero esfuerzo, la Fuerza Aérea ha podido, si no progresar en cuanto a medios materiales, al menos mantenerse en un estado de capacitación teórica que le permitirá una vez que se la dote de material moderno, recuperar el expectable lugar que ocupaba entre las aviaciones del Continente. El material humano con que cuenta es excelente y hállase dominado por un profundo amor al estudio y, lo que es más, por la convicción de que el arma aérea es parte esencial e imprescindible del poder bélico de nuestra Nación.

”Hoy, pues, cuando los destinos de la Patria los rige el forjador de la Fuerza Aérea de Chile y lleva el timón de la Defensa Nacional un alto jefe del Ejército, de profunda preparación técnica y acertado criterio profesional, nuestra Institución recobra su pasado optimismo y reafirma la fe más absoluta en su porvenir dentro del conjunto de las Fuerzas Armadas de la República”(4).

Es triste constatar la evolución negativa sostenida por la Institución en apenas algo más de dos décadas, pero al mismo tiempo resulta estimulante observar el espíritu fuerte dispuesto a enfrentar las realidades por penosas que sean, cuando se tiene la fe de los aviadores. Esa fe permitió que bajo el mando del General Ortiz se produjera una renovación que con altos y bajos ha ido apuntando siempre hacia las estrellas.



Celebración de un aniversario institucional en el Club de la Fuerza Aérea, 1953.



Acompañando en la celebración del 5° Aniversario del Club Social y Deportivo "Alas de Chile".

Otro hecho destacable es la evidente modestia de Armando Ortiz, pues es fácil suponer que a los tres meses de asumidas sus funciones, quien escribió ese editorial debe haber estado tentado de caer en el fácil trámite de la alabanza, el culto a la personalidad que tantas veces hemos visto asomar en la vida nacional; pero con toda seguridad debe haber comentado el artículo con el Comandante en Jefe antes de la publicación y, con seguridad, Ortiz le habrá vetado una referencia personal.

Esta faceta de su carácter fue propia de él desde su temprana niñez, le siguió en la juventud y época adulta, le acompañó en los años de Comandante en Jefe y ha seguido siendo uno de sus rasgos distintivos hasta el presente marzo de 2003.

Sobre este particular se ha podido escuchar innumerables opiniones coincidentes en destacar que pocos hombres como Armando Ortiz Ramírez han podido demostrar una mayor moderación aún estando en posiciones destacadas que pudieron impulsar ansias de lucimiento. Por el contrario, siempre ha preferido servir antes que ser servido, ha preferido reconocer las cualidades ajenas antes que cubrirse de armiños.

Un gesto que lo representa con nitidez es lo sucedido en 1970 cuando él, que había sido Venerable Maestro en la Logia “Verdad” N° 10 y por dos períodos ex Venerable Maestro solicitó y se le aprobó ser Guarda Templo, cargo de mínimo rango dentro de la Oficialidad.

Así ha sido Armando Ortiz durante toda su vida tan llena de éxitos profesionales y como un preclaro masón; pero no nos adelantemos.

Notas

1. González Videla, Gabriel. *op.cit.*, págs. 1044-1045.
2. *Revista Fuerza Aérea*, N° 49, 1953; pág. 5.
3. *Crónicas de la Aviación*, *op.cit.*, pág. 718.
4. *Revista Fuerza Aérea*, N° 48, 1952; pág. 5.

Panorama durante el Gobierno de Ibáñez

Carlos Ibáñez del Campo, el hombre que ganó holgadamente la elección presidencial de 1952, no era el mismo caudillo enérgico que realizó muchas y grandes obras en su primer gobierno. Ahora estaba viejo y la política lo había contaminado, aunque él dijera lo contrario y gran parte del electorado lo creyera. Había sido dos veces candidato a la Presidencia, era senador y había figurado en el centro de cuanto conato de golpe de Estado había tenido Chile en esos veintiún años. Sin embargo fue elegido con una base política tan amorfa que resultó incapaz de conquistar mayoría en el Congreso Nacional, pues tanto el Senado como la Cámara de Diputados fueron esquivas para sus partidarios, negando así al primer mandatario una herramienta fundamental para cumplir un programa de gobierno.

La falta de mayoría parlamentaria obligó a Ibáñez a coquetear con todos los partidos, tendencias y, por cierto, con las fuerzas armadas, y fue la causa de la mayor parte de los problemas internos que afectaron al país durante el sexenio.

Su comportamiento con las fuerzas armadas tuvo repercusiones en la disciplina y todo lo que esto puede significar.

En materia económica no le fue bien, pues la producción y el comercio mantuvieron índices discretos mientras que la inflación se disparó. En 1955, la inflación subió a 86% lo que convierte los presupuestos familiares en verdaderos dramas. Cuando todos los productos suben de precio en esa forma, no hay sueldos de clase media o baja que puedan resistir; cunde el desánimo y se da posibilidades a los rumores de todo tipo que son naturalmente aprovechados por sectores políticos de oposición de izquierda y de derecha.

En la Memoria Secreta elaborada el año 1953 por la Fuerza Aérea, se decía en uno de los párrafos en que se refería a la situación de personal:

“Sin embargo, es necesario establecer que exceptuando algunos casos, en general, el personal percibe emolumentos que están muy por debajo del costo de la vida”.

Más adelante agregaba, comentando el tema sueldos, que se ha debido conceder el retiro a personal de excelente calificación debido a que en la vida civil encuentran mejores condiciones de remuneración, acordes con su capacitación.

La modestia de las remuneraciones ha sido un tema recurrente en la vida de las fuerzas armadas en nuestro país, por lo que no debe extrañar que durante el gobierno de Ibáñez encontremos esa condición. Igualmente, la condición de los jubilados ha sido precaria normalmente, hasta llegar a restricciones desmedidas hace algo más de diez años.

Cuando alguien ingresa a las fuerzas armadas, sus padres y otras personas que le quieren, no vacilan en advertirle que se trata de una carrera donde no podrá pensar en ser rico..., pero él o la postulante insiste y dice que sólo busca servir a la patria. Esta vocación se mantiene bastante estable en la mayoría mientras son solteros, pero cuando adquieren responsabilidades de familia comienza el drama de tipo existencial. Muchos logran convencer a sus cónyuges y arrastran una vida de privaciones, mientras ven a amigos y compañeros de colegio en un sistema económico que los uniformados no pueden sostener. Otros ceden a la tentación o necesidad y abandonan el servicio para ir a la vida civil o ganar algo más y no vivir como cafres. A menudo estas personas se equivocan, pues su formación militar les dificulta la adaptación a la vida civil, aun cuando tengan una excelente preparación técnica, y terminan pidiendo se les reincorpore en alguna condición al servicio, con la carga de frustración consiguiente.

La mala evolución de la economía facilitó las cosas para que fructificaran las influencias de sectores de derecha y así se contratara a la Misión Klein-Saks, asesores norteamericanos, que trabajó hasta pocos meses antes que terminara el gobierno. Sus recomendaciones sobre racionalización y reorganización de la administración pública no fueron seguidas como estaban proyectadas y lo mismo sucedió en materia de remuneraciones, precios, política cambiaria y otros ítems.

La Misión tenía una apariencia apolítica y tal vez lo era, pero de hecho significó una alianza con la derecha que propiciaba ideas similares. Este matrimonio de conveniencia tampoco fue de larga duración pues la derecha, al percibir que sus intereses no tenían la dedicación que esperaban por parte del gobierno, se alejó y terminó por levantar la candidatura de Jorge Alessandri que la representaba.

El distanciamiento con la derecha facilitó el terreno para que Ibáñez consiguiera la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia que había permitido a González Videla poner el Partido Comunista fuera de la ley. Así se daba el absurdo de que el antiguo dictador del año '30, el hombre que había sido candidato a la presidencia apoyado por la derecha, el hombre que había figurado en casi todos los proyectos de golpes de Estado desde 1925, el hombre que había sido apoyado por los nazistas, en fin, el hombre opuesto al marxismo hacía que los comunistas recuperaran la legalidad.

Claro está que la cosa no había sido tan fácil como se expone, ni tan espontánea.

El Partido Socialista Popular, liderado por el Senador Raúl Ampuero, se había separado del sector dirigido por el Senador Salvador Allende y apoyó la candidatura de Ibáñez y luego sus dos primeros años de gobierno. “Después del triunfo, Ampuero se convirtió en el portavoz de los asuntos sindicales del gobierno, y la primera acción que hizo fue abogar por el retorno de los comunistas, lo mismo que de cualquiera otra agrupación sindical, en aras de la reunificación. El tema era ‘unidad’ y quien se opusiera a la ‘unidad de todos’ era considerado ‘sectario, traidor, lacayo del imperialismo yanqui’”. Ampuero opinaba que los comunistas serían una minoría y “es mejor tenerlos dentro en donde puedan ser vigilados y controlados que afuera”. No obstante, no contaba con el apoyo del partido agrario laborista (PAL), mayoritario en la combinación del gobierno ibañista, en cuyo interior se sentía mucha simpatía por el régimen de Perón, en Argentina, y su movimiento político y sindical llamado “Justicialismo” (1).

Raúl Ampuero fue un político honesto —*rara avis*— que luchó incansablemente toda su vida en defensa del proletariado, llegando a enfrentamientos muy fuertes dentro de su propio partido. De acuerdo a los antecedentes públicos que se conocen, su exilio fue, al menos, una decisión apresurada.

Entre todas las tensiones generadas antes y después de asumir Ibáñez la presidencia, se llegó al 13 de febrero de 1953, cuando se realizó un congreso constituyente de la Central Única de Trabajadores (CUT) sin personalidad jurídica. En el evento, que se prolongó hasta el día 16, se pudo percibir que la tendencia mayoritaria era comunista, con gente diseminada y encubierta en diferentes organismos. Su presencia disimulada con nombres de varios grupos, se debía a que aún estaba vigente la Ley de Defensa de la Democracia. La segunda fuerza que se evidenció fueron los socialistas populares y luego otros.

Para la elección de la mesa directiva se presentaron cinco listas.



Junto al Teniente 1° José Berdichewsky, con ocasión del primer vuelo de un helicóptero en Chile.



1955. El Comandante en Jefe departiendo con la directiva del Club Aéreo de Suboficiales "Sargento Menadier". (Gentileza del Museo Aeronáutico).

Ganó la lista encabezada por Clotario Blest, católico independiente que obtuvo trece consejeros; apoyado por los comunistas que ganaron cinco consejeros; socialistas de Chile (allendistas) que tuvieron tres consejeros; radicales con dos consejeros y falangistas, dos consejeros. La segunda lista, encabezada por Manuel Collao, contaba con el respaldo del gobierno, obtuvo nueve consejeros.

Clotario Blest, como presidente, fue acompañado por Baudilio Casanova, socialista allendista, como Secretario General y Manuel Collao quedó con la vicepresidencia. Las ideas que animaban a la mayoría de los constituyentes se evidencian en la Declaración de Principios de la CUT en 1953.

“Que el régimen capitalista actual, fundado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos y medios de producción y en la explotación del hombre por el hombre, que divide a la sociedad en clases antagónicas, explotadores y explotados, debe ser substituido por un régimen económico social que liquide la propiedad privada hasta llegar a una sociedad sin clases, en la que aseguren al hombre y la humanidad su pleno desarrollo.

”La huelga será la expresión máxima de la lucha de clases asalariadas. La Central Unica no deberá hacer distingo entre ‘huelgas legales’ o ‘huelgas ilegales’, por cuanto es deber apoyar toda lucha justa que persiga mejorar las condiciones de vida y trabajo, y que persiga imponer el respeto a los derechos y conquistas de los trabajadores. La Central Única de Trabajadores tiene como finalidad primordial la organización de todos los trabajadores de la ciudad y del campo, sin distinción de credos religiosos, de nacionalidad, color, sexo o edad, para la lucha contra la explotación del hombre por el hombre, hasta llegar a una sociedad integral” (2).

El lenguaje marxista leninista no deja lugar a dudas que los triunfadores fueron los comunistas, apoyados por una cantidad importante de incautos, y con la oposición impotente de sectores socialistas no leninistas.

Con los comunistas podía aplicarse aquello de: “los muertos que vos matasteis, gozan de buena salud”; y se encargarían de demostrar al gobierno que estaban dispuestos a todo con tal de avanzar hacia su idílica y antinatural sociedad sin clases.

En la historia nacional hemos encontrado a menudo situaciones similares, en que frente a las evidentes injusticias sociales, un grupo o sector de audaces logra arrastrar a una masa indolente y poco pensante.

Se suele afirmar que la creación de la CUT, junto a la del Banco del Estado, fueron dos de las más grandes realizaciones de Ibáñez; en realidad ambas contaron con su aprobación, pero mientras la primera hay que atribuírsela más bien a los socialistas populares y Raúl Ampuero, el segundo fue obra de la Misión Klein-Saks.

El drama del segundo gobierno de Ibáñez es que trató de gobernar democráticamente con fuerzas disímiles que no supo o no pudo mantener unidas tras un proyecto común, porque cada sector tenía su propia visión del futuro.

Entre todas las fuerzas que le apoyaban o creían apoyarlo, había un sector de las fuerzas armadas que le creó particulares dolores de cabeza.

Antes de la elección se llamaron PUMA; luego de que Ibáñez asumiera, se sintieron vencedores de la lucha política y pensaron que se podría hacer en Chile algo parecido a lo que estaba sucediendo en Argentina, pero ni Ibáñez era Perón, ni las masas trabajadoras estaban inflamadas de un fervor nacionalista como las argentinas pues aquí predominaban las ideologías y, sobre todo, las internacionales.

Sin embargo, a medida que pasaban los meses y mientras se perdía apoyo político y la economía no avanzaba, comenzaron a agitarse nuevamente los ex PUMA para tratar de comprometer al gobierno en una dirección clara.

Una excelente descripción del período que abarca desde 1952 a 1955, la da Alain Joxé, que en el Prólogo de su libro sobre las fuerzas armadas chilenas, dice:

“Este pequeño ensayo no ha sido escrito, en su origen, para el público chileno, sino como aporte a una investigación acerca de la función no militar de los ejércitos en los países del ‘Tercer Mundo’ encargado por el Centre National de la Recherche Scientifique. Tampoco data de ahora (1970, N. del A.) sino de hace más de un año. He vacilado, pues, en publicarlo en Chile, temiendo enfrentar las críticas de los especialistas chilenos que se distinguen por las precauciones que habitualmente adoptan cuando se dan a la tarea de describir la historia del refinado sistema político que impera a orillas del río Mapocho, historia de la que no puedo pretender un conocimiento profundo, pese a mi permanencia en este país...” (3).

A pesar de lo dicho –tal vez por modestia innecesaria– el autor estudió y conoció muy bien el tema, lo que lo lleva a decir sobre la situación político-militar en el gobierno de Ibáñez:

“La presencia de un candidato –y luego presidente– militar, como Ibáñez, en su segundo mandato, constituye un test importante para el funcionamiento del sistema. El hecho de que el mismo Ibáñez haya puesto especial empeño en aparecer como presidente constitucional y civil y en terminar su mandato con tranquilidad refleja, si se quiere, un diagnóstico exacto acerca del estado del sistema que no necesitaba un golpe. Pero en ese tiempo ciertos grupos del ejército se entregaron a actividades ilegales ‘de apoyo incondicional al presidente’”.

A continuación el autor cita como ejemplo lo sucedido “en 1951, en vísperas de la elección y se llamó PUMA”.

Sigue luego refiriéndose a lo ocurrido con estos grupos de oficiales, después de la elección:

“... en 1955, después de la elección, en un momento en que el presidente tenía algunas dificultades con el Senado, y se conoce con el nombre de LINEA RECTA. Estos movimientos sufren indudablemente la influencia ideológica del peronismo, influencia que explica también –al menos en parte– el movimiento de los electores en favor de Ibáñez. Existe una diferencia importante entre el movimiento de 1924, y los de 1951-55: es que estos últimos encontraron la hostilidad declarada de la masonería –al contrario del primero– y que Ibáñez, con algún embarazo, o tal vez con alivio, tuvo que dejar al alto mando del ejército que adoptara las sanciones legales impuestas a los conjurados”.

Tiene razón Joxe cuando afirma la influencia del peronismo; basta revisar la prensa de aquellos años para confirmar esta apreciación, además de lo que entonces se escuchaba en boca de oficiales que sin duda estuvieron vinculados con los movimientos chilenos.

Por lo demás eso no debe extrañar, puesto que personalidades de caudillos como Perón y Fidel Castro sobrepasan largamente las fronteras de su propio país donde han logrado desarrollar enormes movimientos de apoyo.

Sin duda que la actitud de caudillo de Perón era mucho más atractiva que la de Ibáñez, viejo cachazudo y silencioso.

Respecto del apoyo masónico en 1924 y la falta de éste en 1952, llega más allá, pues en el segundo gobierno, la masonería fue explícita en su rechazo al com-

portamiento de Ibáñez –hermano suyo– y hacia los oficiales que querían apoyarle “hasta las últimas consecuencias”.

Esta situación debe haber resultado incómoda para Armando Ortiz quien era un activo masón en la Logia “Verdad” N° 10, tan activo como que en el período 1953-1954 fue elegido por sus pares como Diputado de la Logia Verdad N° 10.

En la actualidad este cargo no existe, salvo en los Talleres que no tengan su sede en el Valle (lugar de asiento o residencia) de la Gran Logia de Chile.

Por respeto a la personalidad del General Ortiz Ramírez, y a sus convicciones filosóficas, es posible afirmar que la posición de la masonería frente a Ibáñez debe haberle resultado compleja, aun cuando no es dable suponer que haya influido en sus decisiones ético-militares.

Ya comentaremos la afirmación de que Ibáñez “tuvo que dejar al alto mando del ejército (y ciertamente también de la Fuerza Aérea, N. del A.) que adoptara las sanciones impuestas”.

Continúa Joxe:

“El grupo PUMA estaba destinado a apoyar la victoria de Ibáñez, en caso que ella fuera ‘demasiado estrecha’, y aun en caso de derrota. Se dijo en la prensa que la cabeza de este movimiento era el coronel Abdón Parra Urzúa, que durante el gobierno de Ibáñez llegaría a ser general y Ministro de Defensa. Cuando en octubre de 1954, una crisis provocada por el Ministro de Justicia, Koch, eliminó del gobierno al General Parra se habría reconstituido con el nombre de Línea Recta, a fin de apoyar a Ibáñez o, eventualmente, obligarlo a seguir en ‘línea recta’ el programa que se le suponía en algunos círculos ‘activistas’”.

Sin duda que Parra estaba a la cabeza del movimiento PUMA, pero no era el único y otros oficiales de su grado habrían sido “conversados” y mostrado simpatía con la idea de apoyar a Ibáñez. Esos oficiales, a su vez, habían tenido que conversar con otros de grados inferiores y sin formar una cofradía, ni estar bajo juramento, se sentían comprometidos y haciendo parte de un grupo que comenzó con posiciones idealistas pero paulatinamente muchos de ellos esperaron ver resultados materiales en sus respectivas carreras.

La Línea Recta no fue un movimiento organizado piramidalmente porque no se comprometieron los jefes superiores de las Instituciones de la defensa, sino más bien oficiales de la categoría jefes que fueron incapaces de dirigir a un grupo bastante politizado y un poco anárquico.



1955. Reunión de la Junta de Aeronáutica Civil: cuarto desde la izquierda, en primera fila, es Armando Ortiz R. (Gentileza del Museo Aeronáutico)



Despedida que se ofreció al General Gregorio Bisquert R.

Continúa Joxe:

“El comando representado en la Junta de Calificaciones (órgano que se reúne anualmente con el fin de llamar a retiro un cierto número de oficiales antes de la fecha que corresponde a su grado) había llegado a ser opuesto a la política presidencial que, según ellos, favorecía a ciertos oficiales ‘ibañistas declarados’ a costa de los demás. La Junta eliminó algunos de esos oficiales favorecidos, a los cuales había dejado sin protección gubernamental la partida del ministro. Algunos oficiales fueron entonces invitados a un ‘té’ organizado por el presidente Ibáñez en su domicilio, por lo cual esta reunión se consideró como un acercamiento **entre el Presidente y la ‘Línea Recta’**. Como en esa reunión se habló sin miramientos de los problemas de la **jerarquía militar** y de la política en general, algunos oficiales fueron condenados por la Corte Marcial, en 1956, acusados de conspiración, falta de disciplina y violación del principio jerárquico, así como del principio de apoliticismo del ejército.

”Todo sucedió como si Ibáñez, desbordado por el militarismo de algunos oficiales, les hubiera permitido comprometerse demasiado gravemente, a fin de poderlos entregar después a la justicia de sus superiores.

”Disponiendo de plenos poderes, no deseaba –ni tenía ninguna necesidad– de embarcarse en la dictadura para defender los intereses de la clase media”.

Este párrafo deja la impresión de que el **movimiento de la Línea Recta** se produjo en 1956, en realidad fue algo paulatino que comenzó a gestarse **en 1954**, cuando algunos oficiales subalternos fueron invitados a reuniones en las casas particulares de gente con mayores grados y que ya habían estado comprometidos en 1952.

Durante el año 1955 aumentaron la frecuencia y cantidad de implicados en los conciliábulos, todos los cuales tendían a inculcar la idea de que “mi general” debe endurecer su línea de acción poniendo atajo a los desbordes de los políticos.

¡Cuántas veces hemos escuchado cosas parecidas!

Se olvida que en una democracia los desbordes de los políticos son sancionados por el electorado. Salvo, claro está, en un régimen electoral en el que los **candidatos son impuestos por las cúpulas partidistas** y de acuerdo a los esquemas en uso **puede ser elegido hasta un inepto o corrupto**.

Pero en esos años, esos **aprendices de golpistas creían que podían operar sin cortapisas**, a pesar de que **por falta de precauciones, todos sus movimientos eran poco menos que de dominio público**.

Antes de referirnos a las sanciones es conveniente recordar algunos antecedentes para comprender mejor el ambiente que se vivía.

En la documentación que hemos tenido a la vista, llama la atención un oficio secreto N° 24 del 17 de junio de 1953, en el que la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea propone al Ministro de Defensa que el Agregado Aeronáutico Argentino en Chile sea tratado como un oficial chileno en lo referido a honores, autorización para volar en aviones militares chilenos y simplificando al máximo el procedimiento por el cual ese Agregado podría visitar unidades de las fuerzas armadas chilenas. Todo esto en retribución al trato que se daba en Argentina al representante chileno.

Se encuentra el of. secret, Sección Secreta N° 35 de 16 de marzo de 1955 en el que se da cuenta que un oficial del Grupo N° 10 acusa a otro –que se sabía estaba comprometido en la Línea Recta– por “hablar mal” del Subsecretario de Aviación que era un Coronel en servicio activo; junto con dar cuenta, citaba a otro oficial como testigo de los hechos.

El subsecretario era hombre de toda confianza del Comandante en Jefe. Antes de asumir estas funciones había sido Secretario General de la Fuerza Aérea y se acogió a retiro junto con el General Ortiz. Pero también hay que aclarar que el Coronel le dispensaba un sólido afecto al Teniente que supuestamente lo defendió en una discusión con uno de sus iguales. A su vez, este Coronel cuyo carácter lo ponía fácilmente en conflicto con otros, mantuvo una larga desavenencia con otro coronel, desavenencia que terminó con un tribunal de honor por calumnias, dimes y diretes y a consecuencia del cual el otro coronel debió retirarse de la Institución. Más adelante, volveremos a ver el conflicto de estos dos coroneles.

Los problemas con la Línea Recta se fueron agravando hasta una ocasión en que Ibáñez, influenciado por personas de su círculo más próximo, invitó a varios oficiales de la Fuerza Aérea y de Ejército a tomar té a su casa particular, en Ñuñoa.

Este hecho fue criticado por mucha gente y particularmente por los altos mandos de las dos Instituciones, ya que la Armada, con gran sabiduría o por no tener representación en Santiago, se había mantenido bastante al margen de estos aires de complot.

El asunto rápida y escandalosamente destacado por la prensa, salió del ámbito castrense y llegó hasta el Parlamento, donde se pidió una investigación especial. El asunto continuó en la Fiscalía Militar de Santiago donde el Fiscal Máximo Honorato Cienfuegos interrogó a una gran cantidad de oficiales, cuyas fichas de citación hemos tenido a la vista.

Entre toda esa ruma de papeles llama la atención un oficio de la Comandancia en Jefe consultando a la Fiscalía de Aviación acerca de la condición judicial del

Comandante de Escuadrilla Oscar Squella Avendaño a mediados de 1955, cuando ya Armando Ortiz Ramírez había entregado el mando, porque había la intención de enviarlo a efectuar un curso al extranjero. Responde el Fiscal de Aviación, Aquiles Savagnac Sánchez, diciendo que Squella está declarado reo en libertad bajo fianza y que en ese caso no procedería destinarlo fuera del país, atendido a que debe estar permanentemente a disposición del fiscal Honorato.

El Comandante Squella era un hombre de características muy especiales. De estatura corriente, casi bajo, ancho de hombros y con un andar desenvuelto. De pelo negro que llevaba algo largo, ojos negros con mirada acerada, bigotes a lo mosquetero, usaba la gorra algo cargada al ojo derecho y deshormada como se había llevado en la II Guerra Mundial por los pilotos estadounidenses. Era un piloto de condiciones normales que gustaba hacer ostentación de sus frecuentes indisciplinas de vuelo. Estuvo en el primer grupo de paracaidistas militares en Chile, cuando aún era Teniente 1º, junto al también Teniente 1º Hernán Tellez, el chuzito Tellez, excelente profesor de educación física que ingresó a la Fuerza Aérea por su calidad de paracaidista.

Oscar Squella efectuó “varias reuniones conspirativas” en un departamento de Avenida Santa María, a las cuales se invitó cada vez a grupos de ocho a doce oficiales, con lo que no hubo secreto de ninguna especie.

Con estos sucesos, en los cuales estaba siendo acompañado permanentemente por tres o cuatro oficiales, entre ellos el teniente que había “pelado” al subsecretario, fueron todos ellos y algunos otros sancionados por el sistema jerárquico institucional. Este grupo de oficiales que podía haber pedido apoyo a Abdón Parra, ahora estaba inhibido por cuanto éste había dejado el Ministerio del Interior; así las cosas, se produjo la invitación de Ibáñez al tecito en su casa. Fueron sancionados por el Comandante en Jefe por no respetar el conducto regular para hablar con el Presidente quien no estuvo de acuerdo con las sanciones (algo parecido estaba pasando en el Ejército) y así se lo hizo saber a los dos Comandantes en Jefe.

Mucha gente supone que el ejercicio de altos cargos es un continuo paseo entre el placer y el deber estar presente en ceremonias y saraos. Esa mucha gente olvida o ignora que para ejercer bien en esos altos cargos hay que tener voluntad de servicio y, como dice el vocabulario popular, tener los pantalones amarrados con rieles, ya que a menudo deberá tomarse medidas que repugnan al propio interés; y, además existe la imprescindible obligación de decir siempre la verdad, aunque pueda resultar molesta.

Algo así debe haber sucedido cuando el Presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo, le hizo saber al Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, General del Aire Armando Ortiz Ramírez que sentía un profundo desagrado porque se hubiera sancionado al Comandante Tal, al Capitán Zutano y al Teniente Merengano, además de otros dos o tres.

Ortiz le respondió con la mayor serenidad que esos oficiales habían faltado al Reglamento de Disciplina; habían demostrado poco criterio; habían sido terriblemente indiscretos y en vista de lo cual los había sancionado y que salvo una demostración clara de haber procedido con injusticia, la medida disciplinaria se mantenía.

Ya veremos más adelante cómo continuó este diálogo.

Entre los hechos curiosos que obligaron al general a tomar medidas enérgicas, figura un acontecimiento que muestra el carácter de un oficial y las ansias que dominaban a toda la Institución.

En febrero de 1947 se había fundado la Base Naval Arturo Prat en una de las islas Shetland del Sur. Un año después, se construyó la Base de Ejército Bernardo O'Higgins y en su primera dotación se incluyó al Teniente 1º de la Fuerza Aérea, Carlos Toro Mazote Granada.

A la inauguración de esta Base concurrió, nada menos, que el Presidente de la República, pero la presencia de la Fuerza Aérea estuvo limitada al oficial que permanecería agregado a la Unidad de Ejército, a un avión de la Base Aérea de Quintero que realizó vuelos de reconocimiento en la Antártica, avión que viajaba embarcado en el Transporte Angamos y que era bajado hasta el mar mediante una grúa del buque, pero nadie se atrevía a proponer vuelos desde Punta Arenas, a pesar que la Fuerza Aérea tenía aviones Catalina de gran radio de acción, pero no se hablaba de realizar otras operaciones aéreas y, por cierto, ninguna después que la flotilla antártica regresara a Sudamérica.

En estas circunstancias había un sentimiento de frustración en la Fuerza Aérea porque la mayoría se sentía haciendo el papel de segundones frente a las otras Instituciones.

Estos temas eran a menudo motivo de conversaciones en los casinos de oficiales y en ellos había unas veladas críticas al mando que no se expresaban de manera contundente, porque eran ahogadas por el sistema jerárquico, pero vino 1952 con su carga de conciliábulos y los consiguientes rumores acerca de que tal o cual oficial estaba muy próximo a Ibáñez y entonces se podría realizar todos los sueños.



Respecto de los vuelos en la Antártica, tal vez por razones geográficas, donde más se opinaba era en Punta Arenas cuyo material aéreo se limitaba a aviones T-6. Esta excelente aeronave era un monomotor metálico, de ala baja y con una autonomía de aproximadamente unos 600 Kms.

Uno de los oficiales que prestaba servicios en el Grupo N° 6 era el Teniente 2° Luis Nuñez Rojas, conocido por sus amigos como “Pilotín Nuñez”.

Había nacido en Valparaíso, ciudad en la que cursó todos sus estudios escolares en el Colegio Seminario San Rafael. Allí se distinguió por su carácter valiente y definido, excelentes condiciones de deportista y dotes de buen amigo que le granjearon la simpatía y afecto de cuantos le conocieron.

A comienzos de 1944, terminado el sexto año de humanidades, Luis Nuñez no pensó en la universidad como casi todos sus compañeros, sino que se presentó a concurso y fue admitido en la Escuela de Pilotines de la Marina Mercante, que por esos años funcionaba en la corbeta Baquedano fondeada junto al molo de abrigo del puerto. Después de algunos meses de estudio le correspondió el período de “práctica”, que realizó en uno de los buques de la Compañía Sudamericana de Vapores que viajaba a Nueva York durante la guerra, trasladando materiales considerados estratégicos, tales como cobre y salitre.

Cuando terminó su práctica y debía reincorporarse a la Escuela de Pilotines, en el mes de enero de 1945, renunció a la carrera de marino mercante y se presentó como postulante a la Escuela de Aviación. Cuando egresó como oficial, era un hombre feliz que veía sus sueños de aventuras e ideales patrióticos en camino de realización.

Este hombre, algo inocente como todo soñador, se desesperaba en Punta Arenas viendo que su Fuerza Aérea no era capaz de repetir hazañas como las de Dagoberto Godoy, Armando Cortínez o Diego Aracena. En esas circunstancias no resultó difícil que pensara en otra disciplina de vuelo, como había sido el glorioso cruce de los Andes, por Armando Cortínez.

Se puso de acuerdo con el Sargento 2° Mecánico Israel Salas, a quien contó fácilmente su idea: volar hasta la Antártica y tratar de aterrizar en Isla Decepción; sería el primero en cruzar el Paso Drake en vuelo y le daría gloria a su país y a su institución.

Al avión T-6 N° 290 le modificaron los estanques de combustible, dándole una mayor autonomía de vuelo y el 13 de abril de 1953 despegó rumbo a la Antártica.

Las condiciones meteorológicas no lo favorecieron y el mal tiempo le impidió cumplir su sueño, por lo que debió regresar después de algunas horas de vuelo,

pero falto de combustible aterrizó en una pampa en Isla Navarino donde el avión sufrió severos daños.

Es de imaginar la escandalera que se armó cuando se supo todo lo sucedido; y como del árbol caído todos hacen leña, surgieron voces condenatorias, no por los errores técnicos cometidos en la planificación del vuelo, sino más bien porque con su indisciplina dejaba en evidencia a una cantidad de pusilánimes.

Naturalmente, fue separado del servicio. Una excepción la constituyó el Comandante en Jefe, el General Armando Ortiz, quien dijo: “Tuve que tomar esa decisión con mucha pena porque Nuñez era un hombre valiente y bien inspirado, pero su comportamiento alocado podía representar un mal ejemplo. Me alegré mucho cuando supe que después le había ido muy bien”.

Una vez en retiro, siguió volando como piloto privado y en esa condición fue contratado por un particular para traer en vuelo desde EE.UU. un avión deportivo.

Cuando se aprestaba para aterrizar en el principal aeropuerto de una capital centroamericana, se enteró que ese día había estallado allí una revolución y las fuerzas gobiernistas al ver aterrizando un avión que creyeron enemigo, le dispararon ráfagas de ametralladora y lo derribaron. [GUATEMALA]

El propio gobierno se hizo cargo del herido y hubo una enfermera voluntaria que quedó prendada de la varonil belleza y simpatía de Nuñez. Resultó que era hija de un rico hacendado y figura política en el país.

Como en los cuentos de hadas, se casaron y fueron felices por muchos años. [no es cuento.] !!

Otro acontecimiento que dio pie para muchos comentarios en esa época y originó serios enfrentamientos entre colegas, se produjo en Iquique, en el Grupo de Aviación N° 1.

En 1953, el oficial ranchero del casino de oficiales, que había recibido el cargo hacía poco tiempo, dio cuenta que desde la administración anterior se encontraban deudas muy cuantiosas con el comercio local y que esos compromisos no habían figurado en el balance de entrega de la comisión.

El asunto dio motivo para que se efectuara una Investigación Sumaria Administrativa que derivó en una Investigación Judicial a cargo de la Fiscalía de Aviación.

Se comprobó que el Soldado Ecónomo era todo un pillo, que había estafado mucho dinero y engañado a varios de sus jefes, por lo que terminó por ser condenado a pena de cárcel; pero los oficiales rancheros también fueron sancionados. El que dio cuenta algunos meses después de recibido el cargo, recibió un castigo de días de arresto que finalmente no tuvieron trascendencia en su Hoja de Vida, pues

alcanzó a ser general. El que entregó la comisión sin saber que había esos compromisos fue acusado de negligencia grave y dado de baja de la Fuerza Aérea. El 2º Comandante de la Unidad y el oficial Presidente de Casino fueron sancionados con severos llamados de atención.

A todo esto, el Comandante de la Unidad estaba resultando impoluto, pero en los interrogatorios y las declaraciones formuló algunos cargos contra el Comandante que le había entregado la Unidad un año antes. En el momento de estas acusaciones, el acusador era Coronel en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, y el acusado era Coronel, Subsecretario de Aviación.

La discusión terminó en un Tribunal de Honor, como lo comentamos en páginas precedentes; al fin, ambos se fueron a retiro con una diferencia menor a un mes en las dramáticas circunstancias del retiro del General Ortiz.

* * *

Desde hacía muchos años estaban determinados tanto la nomenclatura de los grados, como los distintivos que correspondían a cada uno.

Esto se prestaba para frecuentes problemas de carácter protocolar pues grado de Comandante de Grupo correspondía al de Coronel en el Ejército y el Capitán de Bandada, al de Mayor en el Ejército.

Estas denominaciones tenían su origen en la Marina, pero ya no obedecían a la jerarquía de cada uno, por lo que durante el mando del General Ortiz se modificó esta designación de la siguiente manera

GRADO ANTERIOR	GRADO ACTUAL
General del Aire	General del Aire
General de Aviación	General de Aviación
General de Brigada Aérea	General de Brigada Aérea
Comandante de Grupo	Coronel
Comandante de Escuadrilla	Comandante de Grupo
Capitán de Bandada	Comandante de Escuadrilla
Teniente 1º	Capitán de Bandada
Teniente 2º	Teniente
Sub Teniente	Sub Teniente
Alférez	Alférez

Si se observa la denominación actual a la luz de las Unidades cuyo mando corresponde al grado, se puede apreciar la lógica del cambio efectuado por Armando Ortiz.

Un Coronel manda un Ala o similar.

Un Comandante de Grupo, manda un Grupo de Aviación o similar.

Un Comandante de Escuadrilla, una Escuadrilla, y

Un Capitán de Bandada, una Bandada.

Estaba ya la Fuerza Aérea operando con los nuevos grados, cuando el General Abdón Parra había dejado de ser Ministro de Defensa para asumir la cartera de Interior y el Presidente había nombrado en su reemplazo a Tobías Barros Ortiz, hermano de quien sería Comandante en Jefe algunos meses después.

La actividad incesante del General Ortiz lo llevó a presentar un proyecto ambicioso pero de gran lógica para construir varios pabellones nuevos en la Escuela de Aviación, que reemplazaran a las viejas construcciones, algunas de las cuales tenían más de cincuenta años de uso, con lo que las paredes de madera se encontraban en estado lamentable.

Junto a esta solicitud, había otra cuyos fundamentos eran indiscutibles, destinada a dotar al país de un sistema de Bases Aéreas que permitieran un desarrollo acorde con los tiempos que se vivían.

El General Ortiz había convencido al Presidente Ibáñez de la necesidad que nuestro país entrara en la etapa del jet, tal como hacía ya varios años lo habían hecho otros países latinoamericanos, entre los que destacaban nuestros vecinos.

No era posible pensar en aviones a reacción con pistas de tierra o pasto por la ingestión de objetos duros en las turbinas.

Punta Arenas, Puerto Montt, Escuela de Aviación y Antofagasta figuraban con prioridades que el gobierno aceptó con distintos grados de urgencia. El aeropuerto Carlos Ibáñez del Campo en el extremo austral recuerda esa iniciativa de la Fuerza Aérea y su aceptación por el gobierno.

Como ya lo hemos comentado, la situación económica nacional era delicada y eso se fue agravando con el paso de los meses, de forma tal que los sueldos se hacían cada vez menores en términos proporcionales. Sin embargo, a pesar de la mediocridad de los sueldos en las fuerzas armadas, se mantenía una añeja costumbre de ser pobres pero vivir como si no lo fueran. Con este torpe criterio se abundaba en reuniones de camaradería y otras actividades sociales para las cuales las señoras debían incurrir en gastos extras de vestuario, además del costo de los alimentos y bebidas que se consumían en esas ocasiones.

Las llamadas reuniones de camaradería se hacían con bastante frecuencia y se agregaban los aniversarios patrios, los de las Instituciones y los de las Unidades. No

faltaban las comidas formales por el cumpleaños del general, el coronel, el comandante, etc., lo que empezó a ser notado y comentado por la comunidad que no entendía que con la situación económica difícil y con la queja de las fuerzas armadas pidiendo presupuesto, se realizaran estas fiestas en las que más de una vez “se echó la casa por la ventana”.

En esas circunstancias, el Ministro de Defensa Nacional, el General Parra, emitió una circular en la que si no se prohibían esas reuniones, se exhortaba al personal a erradicarlas de la vida funcionaria, salvo la recomendación de efectuar una celebración para el aniversario de la Unidad.

Unido a esta condición de precarias remuneraciones, se comenzó a despertar, naturalmente, el deseo por ganar más.

Las comisiones al extranjero han estado siempre en mejores condiciones pecuniarias, pues el sueldo se bonifica en un porcentaje determinado y además, en esa época, el funcionario ganaba en moneda dura lo que era tremendamente importante en una época en la cual la inflación era un drama permanente. Por esas razones muchos funcionarios de las fuerzas armadas cifraban sus esperanzas de alivio económico en ser enviados al extranjero, fuera a cursos o agregadurías. De este deseo, algunos pasaron a pedir formalmente o haciendo “lobby”, ser distinguidos con esas comisiones; como el procedimiento se estaba haciendo habitual, se generó la Circular Reservada, de la Sección Secreta de la Comandancia en Jefe N° 1 de 3 de mayo de 1954 prohibiendo ese tipo de gestiones, agregando que quien recayera en esa conducta sería sancionado.

El documento en cuestión era absolutamente claro y decía que se había dado el caso de quienes creyendo tener los méritos necesarios para una de esas destinaciones, al ver frustrados sus deseos, reclamaban porque consideraban injusto que no se les reconocieran así sus virtudes.

Se comprenderá que tal actitud de los interesados era totalmente opuesta a lo que debe ser el principio de disciplina justa en que han de basarse los cuerpos armados y como se relacionaba con intereses pecuniarios, el Comandante en Jefe debió tener una gran firmeza de carácter para dictar la circular en cuestión, y luego controlar su cumplimiento.

Desde luego que no debe haber faltado quien usó de amistades para tratar de influenciar decisiones superiores.

En 1954 se terminó la construcción de edificios, hangares y pista de aterrizaje en Antofagasta y el 22 de febrero de 1954 se creó el Ala N° 1. Algunos meses

después, se inauguró la Base Aérea de Cerro Moreno, en una ceremonia presidida por el Ministro de Defensa Tobías Barros y el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, General del Aire, Armando Ortiz Ramírez.

Allí comenzó a operar el Grupo de Aviación N° 8 que se encontraba antes asentado en la Base Aérea de Quintero. Su material eran los inolvidables Mitchell B-25 y se trasladaron bajo el mando de su Comandante Carlos Guerraty Villalobos, quien algunos años más tarde sería Comandante en Jefe.

Carlos Guerraty era hombre de carácter recio y animado por la tenacidad suiza de sus ancestros que habían fundado una familia en Chile, grande no sólo por su número, sino fundamentalmente por los valores morales. Estricto pero justo era tremendamente respetado por sus subalternos y si alguien sentía temor por su personalidad militar, pronto podía captar otra vertiente humana si tenía la suerte de conocerlo en la intimidad de su hogar, donde reinaba el encanto de su esposa Carmen, inteligente como su marido y dotada además de un toque de exquisita delicadeza propio de los verdaderamente importantes.

Hasta la actualidad (2003), cuando Carlos Guerraty hace años se encuentra en retiro, resulta encantador juntarse con ese matrimonio modelo de virtudes morales, intelectuales y ciudadanas.

El Grupo de Aviación N° 8 vio pronto incrementado y diversificado el inventario de sus aviones, pues a los B-25, vinieron a sumarse 10 B-26 que algún tiempo después sería incrementado por otros 24 aviones del mismo tipo.

La gran preocupación del General Ortiz por la pavimentación de pistas tenía sobradas razones, porque Chile ya estaba adquiriendo aviones a reacción en Inglaterra, se pensaba en otro material jet para instrucción y ya estaba en pleno desarrollo una operación de compra por una cantidad significativa de aviones Mentor T-34, avión de tren triciclo cuya operación requería pistas limpias. Además, se mantenía el sistema de viajes de instrucción de vuelo en los cuales las formaciones de aviones con cadetes como pilotos, exigían operar en diversos aeródromos del país, que también debían ser pavimentados. Esto significa que la Fuerza Aérea estaba dando un gran paso en su modernización, como no se veía desde los mandos respectivos de Merino Benítez y Diego Aracena.

En general durante los años 1953 a 1955, la Fuerza Aérea experimentó significativos progresos en su desarrollo en todos los campos de su actividad.

Desde aspectos más bien formales, como modificaciones en los uniformes, o cambios en la denominación de grados; pasando por adquisiciones “revolucionaria-

rias” de aviones jet y helicópteros, gestiones que en años anteriores parecían inalcanzables; mantenimiento mejorado de los aviones existentes, como ejemplo podemos señalar que en 1953, de 23 aviones P-47 de inventario, 17 estaban en vuelo como promedio anual; la construcción de edificios administrativos, hangares y pavimentación de pistas fueron un avance enorme aunque poco espectacular; la construcción de un hospital clínico propio vino a confirmar la preocupación del General Ortiz por el bienestar del personal.

 Armando Ortiz Ramírez fue nombrado Comandante en Jefe cuando estaba en posesión del grado de Comandante de Grupo (Coronel) y tenía cuarenta y seis años de edad.

Cuando recordamos las instrucciones que en 1951 había impartido el Ministro de Defensa descalificando la capacidad de los jóvenes de entender la política, ¿estaría pensando en ese joven Comandante de Grupo?, o fue precisamente su juventud la que le dio la fuerza para realizar en sólo tres años, mucho de lo que no se había realizado en veintidós.

El Presidente Ibáñez tenía en el General Ortiz un jefe leal, honesto y eficiente que pudo haber hecho mucho más por la Defensa Nacional si hubiera permanecido un período mayor en el cargo, pero diversas circunstancias pesaron en el ánimo del gobernante y decidió prescindir de sus servicios y el 13 de julio de 1955 se acogió a retiro.

¿Por qué?

Es un tema que veremos más adelante.

Notas

1. Ponce Molina, Homero. *Historia del movimiento asociativo-laboral chileno*, Primer Tomo, Ed. Alba, 1986; pág. 159.
2. *Ídem*, pág. 162.
3. Joxe, Alain. *Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile*, Ed. Universitaria, 1970; pág. 11.

Institución y familia

El avión Comet de la De Havilland fue el primer reactor comercial en el mundo. Inglaterra estaba orgullosa de este nuevo triunfo de su aviación, lo que no hacía mucha gracia a EE.UU. El 2 de mayo de ese año, se produjo un accidente, el tercero que afectaba a un Comet, ese avión de líneas muy limpias y dotado de cuatro reactores que daban diez toneladas de empuje y permitían un vuelo cómodo, silencioso y rápido. La prensa de la época informó abundantemente sobre la materia:

“Calcuta:

La fatalidad se ceba en el Comet. El mismo día del primer aniversario del vuelo inaugural del avión de línea a reacción, en dirección a Johannesburgo se ha producido un tercer accidente, más grave que los precedentes. El primero, que tuvo lugar en Roma, el pasado 26 de octubre, ocurrió durante el despegue y había causado sólo un herido. BOAC había atribuido la causa a un error de pilotaje. Cinco meses después, el 3 de marzo, otro Comet se había estrellado en Karachi en condiciones idénticas, muriendo las once personas de a bordo. Pero la catástrofe de hoy es la más dramática, pues las cuarenta y dos personas que transportaba han perecido. Esta vez no parece que se pueda imputar a fallo humano. El Comet, atrapado en una violenta borrasca tan pronto despegó, se ha desintegrado en pleno vuelo. Esta serie de accidentes demuestra que este avión contiene un fallo oculto, a pesar de que se le considera el más avanzado de su tiempo. Existen ya diversas hipótesis sobre las causas de esta nueva catástrofe. La presurización de la cabina funciona bien, pero puede que haya problemas de fatiga de los materiales. También se ha aludido a la posibilidad de una descompresión rápida” (1).

Cualquiera fuera la causa del accidente, todo el mundo lamentó que sucediera porque siempre es triste que muera gente, pero además esto significaba un golpe

para el progreso de la aviación en general, aun cuando los fabricantes sacarían lecciones para el futuro de esas aeronaves.

Menos espectacular fue la noticia de otro accidente ocurrido a un avión comercial, en un pequeño país subdesarrollado y además situado en el último confín del mundo.

La Línea Aérea Nacional que ahora se conoce sólo como LAN, la que había fundado Merino Benítez a punta de carácter y con el sacrificio permanente de una legión de oficiales de aviación, ya había crecido algo, y poco a poco se independizaba de la Fuerza Aérea para seguir un camino propio.

Merino Benítez había sido nombrado Vicepresidente Ejecutivo de la empresa y de inmediato se puso a la tarea de hacerla crecer en número y calidad de aviones, como en amplitud de la red de puntos a donde llegaba.

La empresa contaba con aviones Lodestar, DC-3 y De Havilland Dove; y se tenían avanzadas gestiones para la compra de tres aviones DC-6B. Respecto de sus destinos, se gestionaba la posibilidad de agregar Lima y La Paz a los ya existentes de Montevideo y Buenos Aires.

El día 15 de junio de 1953, el avión Lodestar N° 0100 despegó del antiguo aeródromo de Copiapó y pocos momentos después tuvo falla en uno de sus dos motores. Se intentó el regreso a la pista, lo que todos los pilotos saben que es una maniobra compleja por el riesgo que involucra, y en ese caso, desgraciadamente, el avión cayó a tierra donde se incendió, produciéndose la muerte de la tripulación y pasajeros. El piloto era Raúl Palacios Pinochet, el copiloto, Temístocles Rojas Acuña, y la auxiliar, Lucía Almazábal Ortiz. Los pasajeros eran: el diputado socialista Héctor Montero Soto, Tomás Moodie Mitcherl, Roberto Fiddler Neumman y Norman Olavarría Jehli.

En este accidente se dio el penoso caso de que la auxiliar fuera una hermosa joven con licencia de piloto privado y que por su belleza, simpatía y horas de vuelo había sido elegida Reina del festival aéreo de Puyehue. Lucía Almazábal, Lucy para su familia y amigos que eran muchos, había nacido en el matrimonio del cirujano dentista Humberto Almazábal Pinto y Cefira Ortiz Ramírez, hermana del Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea.

La pasión de la jovencita se había formado allá en su querido Temuco, porque su padre era un enamorado de la aviación y desde pequeña escuchó en su casa conversaciones sobre temas aéreos. La segunda y definitiva influencia la ejerció su tío Armando, en particular cuando fue Comandante del Grupo de Aviación N° 3, quien más de una vez llevó a volar desde Maquehue a su pequeña sobrina.

La muerte de Lucy fue un golpe desgarrador para toda su familia, que tenía motivos especiales para estar más unida. En efecto, un hermano mayor de Lucy, Mario Almazábal Ortiz estaba de novio con su prima Sara Ortiz Fernández, hija mayor de Armando Ortiz Ramírez e Inés Fernández de Ortiz.

En la prensa de la época se encuentra una cantidad importante de informaciones sobre el accidente y los funerales correspondientes. Respecto de estos últimos se lee en un diario de gran circulación de la capital: "A las 11 horas de ayer se efectuaron en el Cementerio General los funerales del piloto señor Raúl Palacios Pinochet; de la auxiliar de a bordo, señorita Lucy Gabriela Almazábal Ortiz, y del pasajero señor Norman Olavarría Gertli (sic), que perdieron la vida en el accidente aéreo que ocurrió en el río Copiapó el lunes último. Asistieron a los funerales el Ministro de Defensa Nacional, General don Abdón Parra; el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, señor Armando Ortiz Ramírez; el vicepresidente de la Línea Aérea Nacional, señor Arturo Merino Benítez; numerosos parlamentarios y dirigentes de algunas entidades".

Enseguida se refiere a los seis oradores que despidieron los restos. Luego incluye la nota una información sobre la despedida en, Estación Central, del cadáver del diputado Héctor Montero Soto con destino a Talca, y señala que los otros funerales se realizaron en Antofagasta, La Serena y Valparaíso.

El General Ortiz experimentaba un gran dolor por la pérdida de su sobrina, pero un grato placer sería el sentimiento de reemplazo cuando, algunos meses después, su hija Sara se casó con el hermano mayor de Lucy.

El matrimonio se realizó con gran elegancia en la iglesia del Sagrado Corazón, en Avenida El Bosque y la recepción se efectuó en una elegantemente sobria residencia, casi al frente de la iglesia: la casa fiscal destinada al Comandante en Jefe.

Un año después, Armando Ortiz tuvo la emoción de ver un nieto en la Clínica Santa María.

El nacimiento de un niño debe ser siempre motivo de alegría, pues es una confirmación de la más maravillosa aventura, la vida misma.

Ahora, si la criatura está directamente vinculada a alguien poderoso, las alegrías reales siguen siendo las mismas, pero las personas que dicen alegrarse aumentan en progresión geométrica. Eso sucedió en el caso que recordamos.

En 1954, todavía había mucha gente en Chile creyendo que Ibáñez era casi omnipotente; seguían viéndolo como el gobernante fuerte de 1929; suponían que eran mentiras de la prensa lo referido a su pérdida de apoyo parlamentario; conti-

nuaban negando que la situación económica declinaba y por tanto, quienes estuvieran cerca de él, también eran muy poderosos.

En la actualidad, un Comandante en Jefe de alguna institución armada tiene una cuota importante de poder que emana de lo dispuesto en las leyes de la República; a ello se puede agregar el peso específico de su propia personalidad y, sin duda alguna, la gravitación nacional de la institución en cuestión. En los tres primeros años del gobierno de Ibáñez, el peso del poder era significativamente mayor porque se le asociaba a la confianza de un Presidente mucho más fuerte que la realidad.

Recuerda Sara Ortiz de Almazábal que cuando nació su primer hijo, la amplia habitación de la Clínica Santa María casi no daba abasto para albergar los canastillos de flores enviados por una gran cantidad de personas a las que apenas conocía de vista o por referencias. Asimismo, las visitas constituían un desfile permanente que llegaba sonriente a felicitar a la feliz mamá y que, de paso, aprovechaban para recordar cuánto afecto sentían por el feliz abuelo.

Ante la pregunta acerca de cómo interpretaba esos saludos y flores, la respuesta fue casi instantánea:

—En realidad estaba tan feliz que creí en la sinceridad de todos. Hay que pensar que yo sólo tenía diecinueve años, y a esa edad, una mamá que es mimada por mucha gente cree en la sinceridad; no puede suponer que haya doble intención.

—¿Y qué pasó cuando nació el segundo hijo?

Ahora que ya es abuela, sonríe con un poco de nostalgia y en forma algo irónica, responde:

—Recibí flores de mi esposo, mi papá y algunos parientes y amigos; y casi toda mi familia me fue a visitar, pero ahora mi papá ya no era Comandante en Jefe.

Sic transit gloria mundi.

 Pero Armando Ortiz no era un hombre que se dejara envanecer por todas las reverencias que se hacían a su paso. Se había formado en severas disciplinas y entendía muy bien que la misión fundamental del hombre sobre la tierra es servir, y no ser servido.

Animado de pensamientos como ése, observó que en general se daba poco reconocimiento al personal de suboficiales, en circunstancias que a menudo las vidas de los pilotos podían depender de la eficiencia de un suboficial mecánico;

pero no solamente las vidas, sino algo mucho más importante como es el cumplimiento de una misión.

Ya los suboficiales no eran en 1954 los mismos mecánicos, un poco autodidactas de décadas anteriores, animados por un espíritu admirable y un ingenio superior que superaban las deficiencias con algo... o mucho de picardía criolla. Ahora, los suboficiales eran egresados de la Escuela de Especialidades, a la que habían llegado con sus estudios de humanidades en el colegio, y donde en dos o tres años de firme disciplina y de estudios guiados por excelentes profesores, egresaban como Cabo 1° con la capacitación técnica que los comparaba con centros de estudios superiores civiles.

En la Escuela de Especialidades se formaba el cuerpo de suboficiales de todas las especialidades, porque en la Institución técnica por excelencia no se puede descuidar ningún aspecto, por secundario que parezca. La Fuerza Aérea es un equipo donde todos tienen que tener un rendimiento excelente, porque si falla un engranaje se resiente todo el sistema.

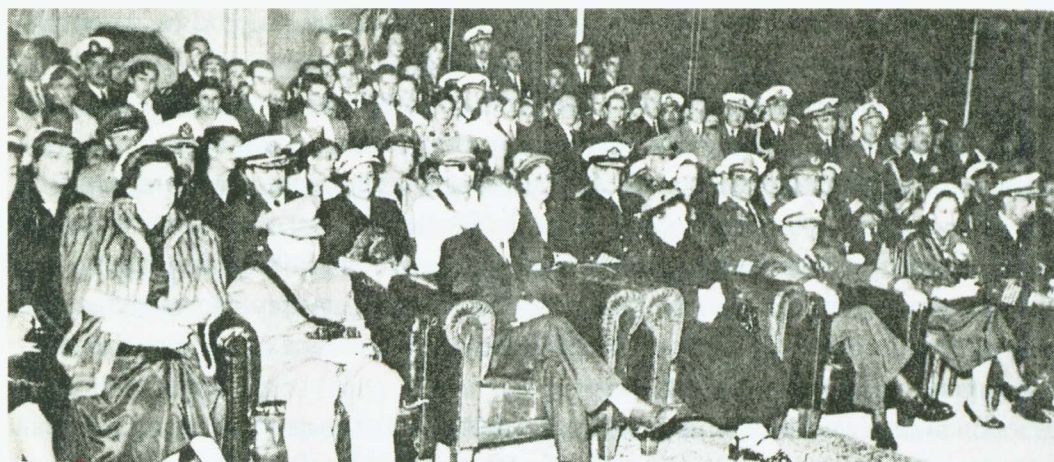
Cuando tuvimos el honor de ser oficial instructor en la Escuela de Especialidades, nos sentíamos orgullosos de servir en “el mejor instituto técnico” y así lo demostrábamos en desfiles y competencias deportivas, pero por sobre todo cuando veíamos la alta calidad de suboficiales que egresaban para integrarse a las filas de la Fuerza Aérea.

Los cursos de mecánicos de motores, electrónicos, escribientes o cocineros, eran objeto de preocupación intensa y se procuraba darles la mejor formación. Como ejemplo podemos señalar que los alumnos cocineros, cuyo curso duraba dos años, recibían una completa formación militar, física y, naturalmente, profesional, para lo cual tenían clases dos días a la semana en la Escuela de Dietistas de la Universidad de Chile.

Este personal altamente capacitado llegaba a las Unidades de la Fuerza Aérea para mantenerse en servicio por un período que podía superar los treinta años. Al final de la carrera, a los mejores les esperaba un ansiado ascenso a Suboficial Mayor.

Se decía que un Suboficial Mayor debía tener tratamiento similar al de un oficial y que, en consecuencia, si lo deseaba, podía tener acceso al casino de oficiales y otras facilidades parecidas, pero en la práctica, no se respetaba este status en todas las Unidades por diversas razones. Se olvidaba que ese funcionario había entregado los mejores treinta o treinta y cinco años de su vida a la Fuerza Aérea.

Con reflexiones como éstas, el General Ortiz rompió inercias y prejuicios; tomó un camino propio y en 1954 dictó una orden.



Graduación de oficiales en la Escuela de Aviación. Primera, a la izquierda, en primera fila, la señora Inés de Ortiz, esposa del Comandante en Jefe, 1953. Ésta fue una de las últimas ocasiones en que se los vio juntos en alguna ceremonia.

La Orden de la Comandancia en Jefe N° 97 del 22 de marzo de 1954 fue en la que señaló: para darle la importancia debida al grado de Suboficial Mayor, se establece “el día del Suboficial Mayor” y se fija el 15 de octubre de cada año como fecha de su celebración.

Desde entonces, el General Ortiz ha sido invitado de honor a la celebración de este aniversario, porque los Suboficiales Mayores no olvidan este gesto suyo hace casi medio siglo.

En la actualidad, los Suboficiales Mayores de la Fuerza Aérea de Chile disponen de un Club cuya sede social está en Avenida Dieciocho número 552, en un elegante inmueble que puede enorgullecer a cualquier organización.

* * *

La ciudadanía ve a sus autoridades como personas diferentes al resto de los seres humanos; y en realidad son distintos en cuanto ejercen funciones de elevados rangos, pero solamente cuando están en posesión de esos cargos. Esa perspectiva del común de las gentes ignora que se trata de personas con cualidades y defectos, con vicios y virtudes, aunque lo deseable es que sean lo más próximo a la perfección. Las autoridades, como todo el mundo, sienten hambre y sed, alegría y tristeza, afecto y rechazo, aun cuando frecuentemente dan una impresión de seres hechos de algún material especial.

El pueblo disfruta contemplando a las autoridades en las ceremonias y paradas; este deseo es tan fuerte que las masas esperan ver a esos personajes hasta en ocasión de tragedias o cuando las propias personalidades caídas en desgracia deben someterse a un veredicto popular condenatorio por diversas circunstancias.

Esta situación en la que se encuentran quienes ejercen cargos de importancia y figuración pública, les obliga a cumplir el aserto latino: la mujer del César, no sólo debe ser virtuosa; también debe parecerlo. Esto es válido también entre todos aquellos que se sitúan en altos niveles de la vida pública, y saben que se les observa desde todos los niveles y en distintas oportunidades.

La sociedad chilena de los años cincuenta era todavía bastante rígida en cuanto a apariencia de moralidad y pulcritud; todavía se hablaba de las relaciones matrimoniales, y de cualquier desviación familiar, en voz baja y con aires de complicidad.

Se sabía que había matrimonios disueltos o en vías de disolverse, pero se esperaba que eso sucediera de tal forma que –como se decía– “ojalá no haya escándalo”. Y, escándalo era ver hombres o mujeres en público sin sus cónyuges.



Antes de asistir al Congreso Nacional, en 1954.

A pesar de la sobriedad en sus costumbres, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea está obligado por razones sociales y por tradiciones protocolares a aparecer en muy variadas circunstancias públicas en Santiago o a lo largo del país.

En la mayoría de esas ocasiones las autoridades van acompañadas por sus esposas, particularmente cuando a esas ceremonias asiste el Presidente de la República junto a la suya.

En este punto haremos un pequeño paréntesis para referirnos a la posición de la esposa de alguna autoridad y en especial del Presidente de la República.

En una costumbre ya centenaria, la prensa se ha referido a la esposa del gobernante como la Primera Dama, pero esto no significa que ése sea un título adquirido, como el de Presidente de la República, por voluntad de la nación. Simplemente quiere decir que para efectos protocolares tendrá prioridad respecto de otras señoras. Así lo han entendido la mayor parte de las esposas de presidentes chilenos, comportándose con una discreción admirable.

Por circunstancias especiales en la vida nacional, una o dos de estas señoras, en el pasado, dieron la impresión, voluntaria o no, de sentir que ellas eran depositarias de la voluntad popular. El efecto producido en la ciudadanía fue exactamente contrario al que se podría haber buscado, pues en lugar de admiración despertaron críticas.

Se decía de la señora Graciela Letelier de Ibáñez que ejercía una gran autoridad sobre el Presidente y en el entorno social y administrativo que les rodeaba. Doña Graciela era una mujer de gran distinción y profundas convicciones morales y religiosas. En cambio Ibáñez era un hombre campechano, sobrio en sus costumbres, parco en la palabra y por su condición de masón, alejado de las prácticas católicas, que eran las de su esposa y de cuya vida privada nunca se filtró información pública alguna que lo señalara como tolerante con la infidelidad conyugal.

En estas circunstancias, no es de extrañarse que haya empezado a notarse que frecuentemente, cuando en ceremonias o actos sociales todas las autoridades estaban con sus esposas, Armando Ortiz concurría solo.

Las primeras veces bastó una explicación anodina respecto de enfermedades de la señora Inés o de los niños, pero poco a poco comenzó a comentarse que había nubes empañando el cielo matrimonial y terminaron por no preguntar y asumir que el Comandante en Jefe asistiría solo.

La verdad es que en 1954 ya la situación familiar era bastante tensa, enterada como estaba Inés del romance que se tejía entre Armando y Berta Fainé.

Con un gran sacrificio de todas las partes, procuraban dar la impresión formal de que su matrimonio continuaba normalmente, pero ambos esposos sabían que no había posibilidad de volver a condiciones pretéritas. Por otro lado, el amor arrollador entre Armando y Berta se trataba de mantenerlo en discretas tinieblas, pero ya la relación era conocida por todo el entorno del gobierno y de los altos mandos de las fuerzas armadas.

Llegados a este punto, entramos en un terreno de sospechas, teorías y ruido de rumores. Hay que recurrir al manoseado “se dice” tan usado en periodismo.

El autor de este libro le consultó directamente al General Ortiz cuál creía él que podía ser la reacción del presidente y señora sobre su situación familiar.

La respuesta fue un vago: “No sé”.

Pero como la labor del historiador obliga a investigar, la misma consulta se planteó a dos personas cercanas al Presidente Ibáñez y coincidieron en afirmar que “al parecer” la señora Graciela le habría comentado a su esposo acerca de esta situación, agregando que en su opinión un Comandante en Jefe no podía mantener esta condición privada.

Sin embargo, otra persona, digna de todo crédito y que trabajó algunos años en un contacto casi diario con el Presidente Ibáñez, ha asegurado que más de una vez, cuando se le propuso algo a Ibáñez diciendo que “la señora Graciela me pidió que le recuerde ayudar a tal persona”, la respuesta fue un casi hosco: “no le haga caso”. Es decir, el Presidente también era autoritario en el hogar.

Pero la señora Graciela habría vuelto sobre el tema más de una vez, impulsada por otras personas que deseaban ver al General Ortiz fuera de sus funciones.

No fue posible conocer los nombres de esas personas, pero es comprensible pensar que esos puestos despiertan ambiciones y crean resentimientos, por lo que no resulta muy complicado pensar en varios posibles interesados, pero al no haber pruebas, terminaríamos en una comidilla inconveniente.

Sin embargo, no resultaría muy extraño que efectivamente haya habido esas conversaciones, las que poco a poco fueron dejando algunas inquietudes en Ibáñez.

Por otra parte, algunos hermanos suyos masones le hicieron conocer sus opiniones sobre las reuniones conspirativas de algunos grupos de oficiales, en el sentido que todas las acciones que se alejen de la práctica democrática también se alejan de la concepción republicana de la masonería. Estas opiniones, aun expresadas en términos privados, enfriaron sus relaciones con masones que ocupaban altos cargos en la administración pública.

A principios de 1955, en la Fuerza Aérea fueron sancionados algunos oficiales proclives a la Línea Recta por haber incurrido en conductas alejadas del apoliticismo que debe regir a las fuerzas armadas; entre esos oficiales se encontraba aquel teniente que fue objeto de una denuncia por parte de un colega y que terminó con un tribunal de honor para definir un desencuentro entre dos coroneles.

Todas estas personas tuvieron la ocasión de conversar con el Presidente y, dicho de alguna forma, le pidieron que usara su autoridad para que esas sanciones fueran anuladas.

El Presidente cedió a las presiones y primero le mandó un recado al General Ortiz haciéndole ver su interés porque los oficiales no fueran castigados, lo que ya se podía prever llegaría en algunos casos a la separación del servicio. Ortiz respondió a los mensajeros que no era posible lo pedido por el Presidente en atención a varias consideraciones: desde luego estaba el grave riesgo de sentar un peligroso precedente, pues sería bien posible que en el futuro muchos funcionarios al ser sancionados tratarían de conversar con el Presidente para pedirle reconsideración por decisiones de jefes o fiscales en relación a comportamientos censurables; además, había por medio un aspecto ético y es que las faltas eran graves por cuanto lesionaban no sólo la disciplina militar, sino además contravenían el ordenamiento institucional, fundamento de la República; el hecho que las faltas sancionadas fueran actos deliberativos de pretendido apoyo al Presidente, y el propio Mandatario intercediera daría la impresión de poca imparcialidad a la opinión pública; Ortiz pensaba que sería altamente inconveniente, y poco justo, desconocer la autoridad de quienes habían aplicado sanciones; con este último punto estaba relacionado el menoscabo que sufriría el prestigio del Comandante en Jefe pues se sabía que él había confirmado las sanciones, y ahora aparecería inclinándose dócilmente a deseos del Presidente, que por lo demás eran inconvenientes; finalmente, no podía olvidar que había un proceso judicial en desarrollo y que el tema había dado mucho material de discusión al Congreso Nacional.

A pesar de todos los argumentos esgrimidos por Ortiz, el Presidente insistió en su deseo de dejar las sanciones sin efecto.

Es posible que en esta actitud del Mandatario haya pesado un sentimiento de lealtad hacia un grupo de oficiales que habían arriesgado mucho por apoyarlo. El comportamiento de esas personas pudo tener motivación en convicciones políticas, en idealismos desmesurados o simples intereses materiales, pero se había manifestado de manera evidente y pública, lo que debía despertar sentimientos de lealtad en

el viejo soldado. También es posible que Ibáñez haya visto en la Línea Recta un posible núcleo duro para pensar en futuros movimientos políticos cuando percibía la situación nacional con agravamientos indeseables.

El hecho es que consideró oportuno volver a plantear al General Ortiz ese tema, esta vez en términos más enérgicos que sólo lograron despertar una más sólida negativa en éste.

Después de una conversación particularmente tensa entre el Presidente y el General Ortiz, éste reunió a sus principales asesores y luego de exponerles la situación creada con Ibáñez, les pidió sus opiniones. En general coincidieron en que era inaceptable el deseo del Presidente acerca de los oficiales sancionados.

Entre ellos contaba siempre con el consejo leal de sus compañeros de promoción en la Escuela Militar, Washington Silva y Ernesto Romero, que no abrigaban ambiciones de sucederlo en el cargo y efectivamente debieron acogerse a retiro inmediatamente después que jubiló Armando Ortiz.

De los otros contemporáneos, recordamos que Fernando Ortega había jubilado en marzo de 1955, y Schwerter como Cordero eran de los escalafones técnicos y por tanto estaban inhibidos para ascender.

Al parecer, el retiro del General Fernando Ortega Yáñez, estuvo vinculado con una conversación muy especial acaecida en marzo de 1955, cuando ya Ibáñez tenía en observación al general Armando Ortiz por los motivos que conocemos.

Un día, el Presidente viajó en el avión presidencial (El Canela) al norte del país e invitó para que lo acompañara al Jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea, el General Ortega.

Antes, el Presidente había pedido informaciones acerca de este general, interesándose en conocer sus antecedentes profesionales, familiares e ideas políticas.

Se le dijo que Ortega era un profesional del más alto nivel, hombre de conducta intachable, tremendamente respetado por sus subalternos y absolutamente marginado de la cosa política.

Durante el vuelo, Ibáñez llamó a Ortega y mantuvieron una conversación privada de casi una hora, al cabo de la cual Ortega regresó a su asiento y continuó acompañando al Presidente durante toda la gira, durante la cual en algún momento Ibáñez comentó que Ortega le impresionaba muy bien.

No obstante, pocos días después de regresar a Santiago, Ortega presentó su expediente de retiro.

¿Qué se dijo en esa conversación?

Otro de los próximos a Ortiz era Renato García, quien tenía un carácter in-

flexible en materia de respeto a las leyes y reglamentos y por tanto no concebía la aventura política en un militar. Su concepto de la lealtad se pondría a prueba.

Con el acuerdo de sus más próximos, incluyendo al Subsecretario de Aviación, Coronel Diego Barros Ortiz y al Coronel Rudy Geiger que había sido Secretario General, acudió a la próxima entrevista con el Presidente quien, en resumen, le ordenó suspender las medidas adoptadas; como Ortiz se negara, no le quedó otra alternativa que informar al Presidente que presentaba su renuncia, la que Ibáñez aceptó diciéndole que pensaba nombrar en su **reemplazo a Renato García**.

Después de conversar con el Presidente y con el Comandante en Jefe, García aceptó **condicionado a que revisaría los casos en discusión pero no aceptaría interferencias en su mando**.

Armando Ortiz renunció y fue nombrado Renato García Vergara como su sucesor, pero **alcanzó a durar tres meses en el cargo**, pues le resultó imposible entenderse con Ibáñez y con el Ministro de Defensa, Tobías Barros Ortiz.

Cuando el General Armando Ortiz Ramírez renunció a su cargo como Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, le llegó el tiempo de recordar y revisar su desempeño para ver si había cumplido bien o no.

Releyó su Circular N° 1 del 7 de noviembre de 1952, leída cuando en una ceremonia realizada en la Base Aérea El Bosque, asumió el mando:

“Por Decreto Supremo N° 711, S.E. el Presidente de la República, en uso de sus facultades constitucionales ha tenido a bien honrarme con la designación de Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile.

”Llego al más alto cargo de la institución después de 29 años al servicio de la defensa nacional y de haber escalado uno a uno los grados del arma, en medio de la consideración generosa de mis superiores a impulsos del afecto fraternal de mis compañeros y enaltecido con el respeto cariñoso de mis subordinados.

”Como a toda institución armada, corresponde a la nuestra una estricta obediencia a la autoridad legalmente constituida, un respeto absoluto a las jerarquías y un mantenimiento riguroso de la disciplina.

”A fin de afianzar estos principios fundamentales, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile será inflexible para exigir al superior que inspire confianza al subalterno a través de su eficiente calidad profesional, de la inva-



Poco
después del
retiro,
descansando
unos días en
la cordillera,
junto a
Bertita.

riable rectitud de su conducta y del celoso cumplimiento de su deber. Le asegurará de esta manera el respeto y la lealtad de sus subordinados, y se habrá impuesto una disciplina sólida e inquebrantable, capaz de afrontar los más fuertes embates, porque estará grabada, más que en la letra de las disposiciones reglamentarias, en la conciencia individual de todos y de cada uno de los aviadores de Chile.

”Por mi parte, al asumir las funciones de mi nuevo cargo, presento a S.E. el Presidente de la República, Generalísimo de las fuerzas de Aire, Mar y Tierra, el respeto y la adhesión de la confiada a mi mando y ofrezco a mis colaboradores y subalternos de todas las jerarquías –jefes, oficiales, suboficiales, tropa y empleados civiles– mi firme propósito de contribuir a que podamos en día no lejano ver cómo el espacio y los cielos de Chile son cruzados por la potencia aérea que la patria necesita y cómo en tierra se logra la infraestructura capaz de facilitar el mantenimiento de ese tan ambicionado potencial”.

Armando Ortiz Ramírez
Comandante de Grupo
Comandante en Jefe

Cuando reflexionaba sobre esta circular, la primera de su mando, tiene que haber visto su consecuencia entre el decir y el hacer. Había escrito en esa ocasión: “estricta obediencia a la autoridad legalmente constituida, respeto absoluto a las jerarquías y mantenimiento riguroso de la disciplina”. Así se había comportado el General Ortiz y por actuar así abandonaba la Fuerza Aérea en una confirmación de lo que son las veleidades políticas.

Otro documento que relejó una y otra vez para su tranquilidad de conciencia fue lo que los medios de comunicación del sábado 8 de noviembre de 1952, daban a conocer como la primera conferencia de prensa ofrecida por el nuevo Comandante en Jefe:

“Planificación y construcción de nuevos aeródromos que permitan operar toda clase de aviones, incluso a chorro, capacitar al personal para cumplir con sus funciones básicas, dar importancia al transporte aéreo militar, tal como existe en Estados Unidos, Argentina, Perú y otros países para propender al progreso del país en tiempos de paz, incrementar la preparación profesional del personal mediante la creación de nuevas escuelas y por cursos de perfeccionamiento en Estados Unidos, impulsar el desarrollo y la fabricación de

aviones y accesorios, fueron los puntos principales del plan de acción que se ha propuesto el Comandante en Jefe de la FACH, comandante de grupo, don Armando Ortiz, que dio a conocer ayer a la prensa”.

Podía tener la satisfacción de decir que había cumplido.

En realidad había cumplido con creces, y en un plazo de dos años y medio. La tarea enorme se hace mayor si nos atenemos al período tan corto. Podemos hoy, con la perspectiva de los años, afirmar, no sólo que cumplió, sino que fue extraordinariamente fecundo.

Desde la comandancia de Diego Aracena no hubo otro tan prolífico; y, pasaría un largo tiempo para que en períodos de varios años se pudiera observar una tarea comparable. Sin duda que el Comandante Ortiz cumplió.

Debe haber recordado con nostalgia ese día en que fue festejado por sus compañeros de estudios en el Seminario Conciliar allá en su niñez. Personalidades como los presbíteros Fidel Araneda Bravo y Rudecindo Lisboa Mendiluce, junto a Carlos Zamorano Berarsi, Gustavo Baeza Rosales, Augusto Román Castro, José Ramón Ruiz Tagle, Juan de Dios Vergara y otros le habían celebrado el nombramiento de Comandante en Jefe.

Ahora, había terminado su carrera militar y volvería a vestir ropa de civil como en su niñez.



1970. Curso militar de 1926. Justo al centro, en segunda fila, el Alferez Armando Ortiz Ramirez.

Por su mente pasaron miles de recuerdos de todo lo sucedido durante sus largos años de servicio. Se acordó de cuando en una oportunidad, siendo Teniente 2º de la recién creada Fuerza Aérea, allá en la cancha de El Bosque había un grupo de oficiales escuchando unas instrucciones del maestro de vuelo Diego Aracena y él, Armando Ortiz, hizo algunas morisquetas llevado por un espíritu festivo, y don Diego, sonriente y amable le dijo que no hiciera monerías, que se estaba comportando como un monito; y... el sobrenombre pegó de inmediato y se convirtió en el Mono Ortiz.

Ahora, en el invierno de su vida, recuerda la escena con emoción:

–Sí, señor, fue don Diego quien me bautizó Mono, y quedé así para siempre.

Luego agrega con una sonrisa algo tímida:

–A ese gran jefe debemos mucho reconocimiento. Estricto, pero simpático y muy justo.

* * *

Cumpliendo con normas legales, envueltas en formalidades, el General Ortiz presentó su renuncia en los siguientes términos:

♥ "Armando Ortiz Ramírez, General del Aire, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, a V.E. con todo respeto, expone:

"Que por causas de orden estrictamente particulares desea acogerse a retiro absoluto de la Institución, solicitud que eleva a V.E. en forma indeclinable.

"El infrascrito se hace un deber en expresar a V.E. en esta ocasión solemne de su vida de soldado, sus más profundos agradecimientos y manifiesta el orgullo con que reconoce la confianza que en él depositara, distinguiéndolo al investirlo con el cargo de más responsabilidad en nuestra joven Institución, como es el de Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, el cual ha servido con plena conciencia y asumiendo el mando en todo momento y sin reticencias de ningún orden, por espacio de dos años y medio.

"Al acogerse a retiro, el Comandante en Jefe infrascrito lo hace con el absoluto convencimiento de haber actuado y servido con toda lealtad a V.E., a la Institución y a la Patria.

"Para terminar, deseo, Excelentísimo Señor, que siempre estéis seguro que esta misma lealtad seguirá invariable hacia vuestra persona, en quien reconozco al eximio gobernante y gran patriota, que sólo le preocupan los grandes destinos de la nación.

”Por tanto, a V.E. viene en rogar, tenga a bien concederle su retiro absoluto de la Fuerza Aérea de Chile, conforme a las disposiciones contempladas en la letra c) del artículo 29 del DFL N° 209, de 5-8-1953.

(Fdo.)

Armando Ortiz Ramírez

General del Aire”.

Ésta es la carta renuncia de un caballero, patriota y animado de buenos deseos. La respuesta de Ibáñez fue la siguiente:

“Mi estimado general y amigo:

”Tengo el agrado de dirigirme a Ud. con motivo de su renuncia al cargo de Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, y al servicio activo que, por las razones aducidas de carácter estrictamente particular e indeclinables, hube de aceptar. Aunque oficialmente, a nombre del Gobierno, por intermedio del Ministro de Defensa Nacional, ya se le envió la sentida y justiciera respuesta, creo en un deber de amigo y Gobernante que sabe aquilatar a sus colaboradores, responderle a varios de sus conceptos que expresara en su carta-renuncia.

”Su labor, en este sentido, durante los dos años y medio de su período de Comandante en Jefe, ha sido la prueba más objetiva de su lealtad, ya que, entre hombres de armas, es la cooperación decidida y entusiasta a los superiores y el cumplimiento de las responsabilidades y atribuciones inherentes a cada cargo y grado, lo que caracteriza con noble espíritu y decisivos hechos, la realidad irrefutable de ser leal.

”Quedo satisfecho de su actuación, y, por lo tanto, muy agradecido de su acción cooperadora en la que puso, también, factores del sentimiento y emotividad personales, que saben vigorizar más los lazos e imperativos del deber con las obligaciones del afecto y que, en el mismo terreno anímico, yo le retribuía con toda simpatía y honda sinceridad.

”Para terminar, le agradezco los deseos y conceptos sobre mi gestión presidencial, que, a no dudarlo, siempre tendrá buenos éxitos y facilidades si se cuenta con colaboradores que sean tan patriotas, tan soldados y tan amigos leales como Ud.

”Con el afecto invariable lo saluda su amigo

Carlos Ibáñez del Campo”.

Al leer esta carta surgen varios temas de distinto peso, atendiendo la época que se vivía.

Lo primero es ver cómo con palabras amables, con insistencia en los conceptos de amistad, trata de ocultar la realidad del despido. Insiste en decir que el General Ortiz fue un hombre leal, pero, naturalmente, se cuida muy bien de referirse a las deslealtades que rodearon el retiro. No podía hablar, tal vez lo hizo privadamente, de que desde dentro del conjunto de las fuerzas armadas surgieron gestiones condenatorias para Ortiz.

Esta carta es la de un gobernante que de veras lamenta el alejamiento de un excelente colaborador, pero forzado por los acontecimientos y presiones desarrolladas en los círculos de poder, debe aceptar la renuncia.

Tal vez Ibáñez haya recordado muchas cosas cuando forzó a Ortiz para presentar la renuncia. Es posible que haya recordado cuando a sus jóvenes veintidós años, siendo Teniente en el Regimiento Cazadores, muchas veces fue aconsejado y guiado por su Capitán Adrián Ortiz Lois, el padre de quien ahora presentaba la renuncia por motivos particulares.

También puede haber recordado esa conversación estando recién asumido como Presidente de la República, cuando frente a las ideas impulsivamente creadoras del nuevo Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, le recomendó paciencia con el usado término de que aún era muy joven; Ortiz le respondió en aquella oportunidad:

—Mi general, tengo un año más que usted cuando asumió la Presidencia por primera vez.

Ibáñez había pensado esa vez que era muy acertado tener un Comandante en Jefe de las características de Ortiz.

Se podría deducir de la narración de los hechos que culminaron con la renuncia del General Ortiz que ocurrieron en un período relativamente prolongado y en circunstancias previsibles.

Alguien podrá suponer que la situación familiar de Armando Ortiz fue el factor desencadenante, pero sería un error. La situación privada era bastante conocida, como ya lo hemos señalado; en cambio las entrevistas fuera de conducto regular con el Presidente eran asunto reciente que reventó cuando Ibáñez ordenó levantarles las sanciones a algunos oficiales y se produjo el rompimiento que llevó a la renuncia de Ortiz. Tan es así, que el General Washington Silva, uno de los hombres

de mayor confianza de Ortiz, estaba en Venezuela asistiendo como invitado oficial a la celebración de fiestas patrias de ese país y fue sorprendido por la noticia de la renuncia del Comandante en Jefe, y nombramiento de Renato García, según lo señaló la prensa refiriéndose a él y al General Ernesto Romero:

“Al conocerse lo resuelto por el primer mandatario, el general de brigada aérea don Ernesto Romero Rojas, comandante de la Base Aérea El Bosque, presentó, asimismo su expediente de retiro, por ser más antiguo en el escalafón que el general García, S.E. la aceptó como en el caso anterior.

”El General don Washington Silva, comandante de la guarnición aérea, también es de mayor antigüedad que el nuevo comandante de la FACH, pero se desconoce la resolución que adoptará, pues viene de regreso de Venezuela, donde asistió invitado a la celebración de las Fiestas Patrias de ese país”.

La importancia que Ibáñez daba a algunos factores personales le llevó a tomar medidas poco frecuentes y sin duda inconvenientes para los conceptos de disciplina militar que deben imperar en la defensa nacional.

Ya hemos recordado que al asumir la presidencia de la nación nombró Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile al Comandante de Grupo (Coronel) Armando Ortiz y su decisión se mostró acertada, porque Ortiz fue con holgura uno de los más eficientes jefes que haya comandado la Institución. También nombró como Ministro de Defensa a un Coronel que enseguida ascendió a General, atendido, que el mando del Ejército y la Armada lo tenían un general y un almirante, respectivamente.

La función de Ministro de Defensa es ejercer el mando político sobre las fuerzas armadas y por tanto, en teoría, lo puede ocupar cualquier ciudadano que cuente con la confianza del Presidente y tenga la habilidad política necesaria. Este ciudadano puede ser civil o militar, pero la prudencia aconseja que en caso de ser militar en servicio activo, por razones vinculantes entre grado y mando, sea de mayor o al menos igual grado que los comandantes en jefe.

De allí que resultara equívoco ver la ceremonia de entrega de la comandancia en jefe, que hizo Armando Ortiz a Renato García Vergara presidida por un coronel de Ejército. En este caso estamos obligados a recordar las palabras de Carlos Prats en sus *Memorias* al referirse a la elección de Ibáñez y sus relaciones con los PUMA: “Emerge, también, como ‘hombre fuerte’ del Ejército, el Coronel de Ingenieros Benjamín Videla, que se inicia como Subsecretario de Guerra”.

Es posible que Videla fuera un oficial de brillantes merecimientos y de gran habilidad política, pero queda el hecho que en cuanta ceremonia militar en toda la defensa nacional, cuando asistía el Ministro del ramo, era un coronel quien recibía los honores que debían rendir los generales presentes.

Así fue el gobierno de Ibáñez y por razones ajenas al buen desempeño, desperdició a un gran general y luego a un segundo.

Cuando se revisa la documentación de 1955 se encuentra que en el año hubo tres comandantes en jefe, lo que es bastante absurdo, con el debido respeto a esos tres generales. De esa manera, una organización lesiona su desarrollo; afortunadamente la Fuerza Aérea de Chile pudo continuar su camino de progreso, por el que ha seguido siempre, con oscilaciones de intensidad según las circunstancias políticas y económicas de la república.

En 1955, el General Ortiz se acogió a retiro de las fuerzas armadas, pero no fue el reposo del guerrero, ya que continuó llevando una vida extremadamente activa.

Notas

1. *Crónicas de la aviación, op. cit.*; pág. 520.

CAPÍTULO IX

La vida continúa

Atrás habían quedado las preocupaciones del mando, en la actividad que había tomado veinticinco años de su vida, desde ese lejano 7 de junio de 1930 en que pasó a los servicios aéreos, dejando de pertenecer al Ejército. Esta última Institución lo había recibido en sus juveniles dieciséis años, allá por el 10 de mayo de 1922. Las inquietudes de sus mocedades vibraron por cuatro años en el viejo alcázar de las Cien Aguilas. Allí, en una especie de vela de armas, había acunado sueños que despertaban naturalmente en el corazón y cerebro de quien pertenecía a una familia militar.

A medida que se acercaba el ansiado momento de la graduación, muchas veces conversó con sus camaradas acerca del arma en la que deseaban servir por el resto de sus vidas. Encontraban infinidad de argumentos para demostrar que aquella de su elección era la más importante y por tanto quienes optaban por ella debían ser necesariamente los mejores.

Su gran amigo Oscar Izurieta Molina le insistía en que la infantería era la base de un ejército, a lo que Armando Ortiz replicaba que la caballería definía el resultado de las batallas, pero... además, llevaba la caballería en la sangre.

Armando fue un excelente deportista y especialmente se distinguió por sus condiciones de equitador. ¿Cómo si no? Su padre y tres hermanos mayores fueron oficiales de caballería, con el paso de los años, también fue oficial de caballería su sobrino Adrián Ortiz.

Entre los deportes que más le agradaban figuraba la esgrima, no sólo por tener rápidos reflejos, sino también porque al igual que la caballería, tenía algo de romántico que embargaba el alma de nuestro joven Subteniente que fue destinado a Tacna.

El documento donde figura la destinación de toda su promoción, 138 en total, es un Anexo a la Minuta de Decretos Supremos, publicado en el Boletín Oficial N° 1.331 del 29 de diciembre de 1926 que dice:

“P.1. N° 3401.- Santiago, 29.XII.926. Vista la propuesta de la Dirección de la Escuela Militar en nota Núm. 438 de 27.XII.926

”Decreto:

”Espídase (*sic*) título de Subteniente de Ejército en las armas que se indican, a favor de los siguientes alféreces que han terminado satisfactoriamente sus estudios en la Escuela Militar y se les destina a prestar sus servicios a las unidades que se espresan (*sic*).

1

2

3

4

5

6

7

8

9 Armando Ortiz Ramírez Caballería Reg. Cab. N° 5

10

138

Firmaba C. Ibáñez C. (1)

Firmaba el mismo que 26 años después firmaría el decreto por el cual se nombraba Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, a ese mismo que como Subteniente se fue a Tacna para servir a su patria.

Y la sirvió en distintas guarniciones a lo largo del país, hasta 1955, año en que el mismo C. Ibáñez C. le aceptó la renuncia que le había insinuado.

Cuando Ortiz volvió a vestir de civil, no sintió que el mundo se hubiera acabado, experimentó una profunda pena porque dejaba proyectos inconclusos, pero nos podemos preguntar si no es así siempre en la vida.

Cuando se tiene un proyecto, particularmente en ese tipo de instituciones que no se extinguen, se sabe que el reemplazante deberá continuar las obras emprendidas, pero al mismo tiempo iniciará otros proyectos, algunos de los cuales terminará y dejará siempre algo para los sucesores, y así continuará la vida.

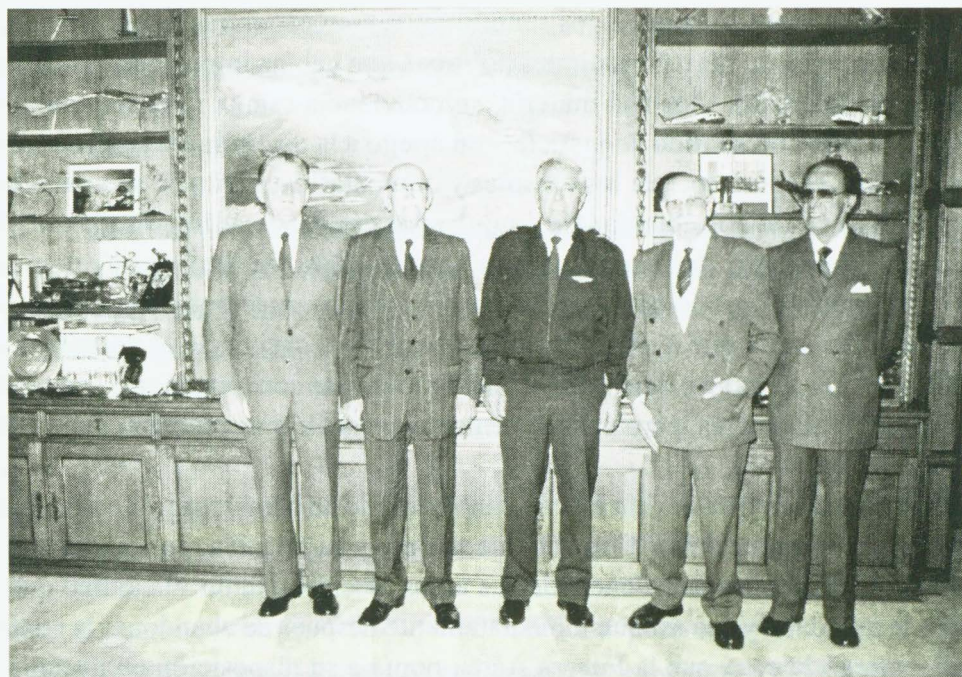
En el caso que nos ocupa, los sentimientos eran encontrados puesto que no tenía dudas acerca de las motivaciones políticas que habían impulsado el comportamiento presidencial, y en esa materia, su conciencia estaba muy tranquila por haber procedido con sentido de justicia, con apego a la disciplina y con una sólida lealtad. Sabía, en cambio, que los chismes y comentarios acerca de su vida privada, habían circulado con abundancia, impulsados por personas interesadas en provocar su alejamiento del cargo. A algunos de ellos los tenía perfectamente individualizados, como lo ha dejado entrever en conversaciones con este autor; pero... también sabía que a una autoridad de ese nivel casi no se le permite tener privacidad y lo que haga o deje de hacer será motivo de conversaciones, comentarios, críticas o alabanzas, pero particularmente estas últimas cesarán cuando deje de tener poder.

Sabía también que su vida afectiva había tenido un cambio significativo hacía ya algunos años, antes de ser Comandante en Jefe y su relación, en aquella época, era conocida. Con clara conciencia de sus actos, decidió asumir el camino que su corazón le mandaba y fue así que inmediatamente después de abandonar la comandancia, entregó la casa que la Fuerza Aérea ponía a su disposición en avenida El Bosque. Simultáneamente con la mudanza, decidió dejar a Inés en su casa de Ñuñoa y él constituyó un nuevo hogar junto a Berta.

Los dados estaban tirados. La vida familiar junto a su esposa era una falacia con la que sólo lograban herirse muchas personas y donde los hijos serían víctimas. Sin embargo, la separación se produjo en términos bastante serenos, estableciéndose que Armando podría visitar a los hijos y concurriría con lo necesario para el sostenimiento de la familia; estando ambos –Inés y Armando– conscientes de que la relación jamás podría recomponerse. En todo caso se mantuvo legalmente el matrimonio por no lograr acuerdo para efectuar trámite alguno de nulidad.

Poco a poco la vida comenzó a recuperar una cierta tranquilidad y se fueron estableciendo nuevos regímenes de vida. Inés con los niños, y Armando viviendo un romance con Berta que terminó sólo con la muerte, cuarenta años más tarde.

Pero un hombre como Armando Ortiz no podía permanecer en la inactividad de un retirado; además, había un aumento de gastos por tener que mantener dos casas. La jubilación, aun de un Comandante en Jefe, era en esos tiempos muy limitada y aunque siempre fue un hombre parco, de costumbres sobrias, no tenía posibilidades de disfrutar con cierta soltura de su nueva vida.



Reunión del Comandante en Jefe Ramón Vega Hidalgo con algunos antecesores, Carlos Guerraty Villalobos, Aurelio Celedón Palma, Armando Ortiz Ramírez y Gustavo Leigh Guzmán.



Un homenaje al cumplir 90 años de edad.



Despedida del Centro de Cadetes y Oficiales Águilas Blancas, a su ex Presidente General del Aire César Ruiz Danyau; a su izquierda, sentado, Armando Ortiz R.



1992. Recibiendo el mando de Águilas Blancas.

Afortunadamente, los amigos se redujeron rápidamente y muchos de los antiguos camaradas tampoco tenían tiempo disponible para visitar al hombre caído en desgracia a los ojos del Presidente. Por esa razón es que la vida en su hogar comenzó a transcurrir con relativa placidez, aunque los problemas de carácter económico empezaron a hacerse notar.

Hay un viejo proverbio “pastelero a tus pasteles”. No sólo significa ocuparse de sus propias tareas, sino también quiere decir que cada uno haga aquello para lo cual está capacitado. Lamentablemente, vemos con gran frecuencia cuán poco se respeta este sabio consejo y Armando Ortiz fue un ejemplo más de que se debe trabajar en aquello que se conoce.

Alguien próximo a su grupo familiar le aconsejó entrar al mundo de los negocios, en un campo que no requería estudios especializados y para el cual bastaba una capacidad de organización: la tenía; unas buenas relaciones personales, su carácter era ideal; y algún capital: no lo tenía. Esto último no era inconveniente en opinión de sus consejeros, porque un hombre de su respetabilidad podía disponer fácilmente de un amplio crédito bancario, y como se trataba de un negocio que producía ganancias diariamente, no habría dificultad para servir el crédito y los intereses correspondientes.

Con estas ideas en la mente, se convirtió en industrial de la carne en el matadero.

Omitieron decirle que esa actividad requiere un conocimiento importante de diversas variables tales como las diferencias estacionales en el precio de la carne; la calidad del ganado que se compra en pie, los costos de fletes, los costos del matadero, la calidad de los compradores y algo fundamental: la prontitud y corrección de los pagos de sus eventuales compradores.

Un hombre que había pasado casi treinta y cinco años dando y recibiendo órdenes, en un ambiente de lealtad, corrección y puntualidad, no estaba capacitado para dudar de la palabra de sus proveedores y compradores. También aceptaba como buenas las seguridades que recibía respecto a peso y calidad de los animales, como respecto a puntualidad con que sus compradores cubrirían las letras con que le pagaban.

Agreguemos a esto la pésima situación económica que dominaba al país, con una inflación muy acelerada que hacía difícil cubrirse a futuro y poder pagar los créditos bancarios y sus intereses. Lentamente fue percatándose de que el negocio no solamente no producía las ganancias supuestas, sino que empezó a aumentar sus compromisos bancarios.

Pero la esperanza es lo último que se pierde y siempre quedaba la posibilidad

de que la situación nacional se arreglara, la inflación se controlara y pudiera ganar lo suficiente para cubrir los créditos que se le hacían un martirio.

Al cabo de muy cortos años, la triste realidad se hizo tan evidente que para poder pagar debió vender casa y automóvil, quedando con su honor a salvo, pero reducido a vivir de su modesta jubilación.

Entre tanto, su sucesor en la Fuerza Aérea, el General Renato García Vergara, un hombre lleno de prestigio profesional, debió renunciar cuando faltaba una semana para completar tres meses en el mando superior de la Institución.

Seguían penando y pesando los asuntos relacionados con la Línea Recta, y todavía Ibáñez trataba de buscar apoyo en unas fuerzas armadas políticamente incondicionales.

En el Ejército, el Comandante en Jefe, General Enrique Franco, también debió renunciar por tratar de mantener a su Institución libre de la politiquería.

El ambiente que se vivía en las fuerzas armadas era peligrosamente convulso, pues los rumores se apagaban con rumores y las críticas a los mandos superiores y al gobierno fueron haciéndose casa vez más ostensibles, de forma tal que el Presidente comprendió que las fuerzas armadas serían obedientes, según el mandato constitucional, pero no habría esa perniciosa adhesión a un hombre como le habría gustado. De esa manera se iban reduciendo los factores de apoyo que habían aclamado su elección.

Las masas populares descontentas con una situación económica precaria y una inflación desatada; la CUT, creada en 1953 –como ya lo vimos– llamaba a paro general desde 1954. Viéndose falto de apoyo y con una fuerte oposición en el Congreso, recurrió a lo último que le quedaba:

“Ibáñez, presionado cada vez más por el deterioro económico y temeroso de ver la repetición de la crisis económica que a comienzos de la década del 30 lo obligara a dejar el gobierno, buscó el apoyo de los partidos de derecha”.(2)

Pero éstos estaban interesados en modificar las condiciones económicas y llegar a conquistar el poder. La influencia de la derecha llevó a la contratación de la Misión Klein Saks, pero los consejos de estos asesores no se aplicaron con la rigurosidad que correspondía y la economía siguió dando tumbos, por lo que la derecha le quitó su apoyo y levantó su propia candidatura en la persona de Jorge Alessandri, que fue elegido en 1958.



1993. El General del Aire Armando Ortiz Ramírez en su oficina en Águilas Blancas.



Presidente de la Agrupación de Scouts de Chile.



1989. Directorio de la Universidad Gabriela Mistral, durante una ceremonia de graduación.



1996. Homenaje del Comandante en Jefe, General Fernando Rojas Vender, al General del Aire Armando Ortiz Ramírez.

Sobre el fracaso de Ibáñez en materias económicas y sus consecuencias políticas, hay que considerar la mentalidad de la época con amplio predominio de conceptos vinculados a la planificación central que requería una disciplina ausente en Chile y en otros países de la región, por lo que resulta comprensible que los consejos norteamericanos no dieran resultado, con las consecuencias correspondientes.

“Su gobierno (el de Ibáñez) no tardó en pagar el precio. Las medidas iniciales fueron de austeridad. Un primer objetivo fueron los servicios públicos, que de forma invariable cobraban tarifas muy bajas en tiempos de rápida inflación, ya que sus responsables dudaban en cargar los costos crecientes a los consumidores para evitar la protesta pública. Un incremento en el billete de autobús, por ejemplo, provocó una respuesta furiosa. Los disturbios comenzaron en Santiago y se extendieron a otras ciudades. Dada la fortaleza de los sindicatos y los partidos de izquierda, Chile era un lugar difícil para las medidas antiinflacionistas. Al final Ibáñez no fue capaz de cumplir sus grandes propósitos. Había demostrado ser un viejo general cansado con poca base política y aún menos ideas políticas” (3).

En esas condiciones de la vida nacional no resultaba extraño que un inexperto comerciante como Armando Ortiz fracasara de manera lamentable.

Si la situación hubiera transcurrido en un país con estructura económica sólida y sana, como sucede en Chile 2003, ¿habría quebrado?

Tal vez, sí; porque la actividad comercial está profundamente distante de la práctica castrense y para ejercer se debe tener una flexibilidad y tolerancia que están habitualmente ausentes de la mentalidad militar.

En 1960, Armando Ortiz era un general en retiro, joven relativamente, pues tenía cincuenta y cuatro años.

Este hombre es uno de aquellos seres que ven la vida como un constante desafío y por tanto puede perder batallas pero continuar luchando; y así lo hizo.

Se consagró con gran dedicación al servicio de sus ideas masónicas, a cuya práctica no había podido dedicar todo el tiempo y entrega que hubiera querido; ahora era la oportunidad de realizarse en el terreno de las ideas.

Sus condiciones evidentes como un buen comunicador, sumadas a la constante asistencia a su Logia “Verdad” N° 10 llevaron fácilmente a que se le eligiera como Orador de Taller por el período 1960-1961. Su función consiste --como se

sabe— en expresar públicamente el pensamiento de la Logia en diversas ocasiones ceremoniales, siendo una de las más frecuentes los discursos oficiales en funerales.

Luego, en los años 1961-1962 se le eligió como Segundo Vigilante, cuya tarea es altamente delicada, pues le corresponde preocuparse por la formación de las nuevas generaciones (aprendices) del Taller.

Tan acertadamente satisfizo las expectativas que en él se habían cifrado, que sus Hermanos lo eligieron Primer Vigilante para el bienio 1962-1963, donde tenía como deber la preparación de los Compañeros (Segundo Grado), quienes podrían aspirar a ser Maestros.

Transcurrirían ocho años desde que había dejado sus funciones como Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile y ya los momentos tristes del retiro eran sólo recuerdos. Todos los hombres habían pasado y ahora conducía los destinos de la Institución el General Eduardo Iensen Francke, durante el período presidencial de Jorge Alessandri, cuando las limitaciones económicas se tornarían apreciables, interrumpiendo el deseable desarrollo del instrumento militar. Cuando el general Iensen jubiló, se dedicó a la investigación arqueológica con un entusiasmo verdaderamente juvenil, que le acompañó el resto de su vida. Pero en 1962, estaba en funciones.

Entretanto, Armando Ortiz mantenía una vida muy ordenada, que le permitía disfrutar el sentimiento recíproco que se brindaban con su amada Bertita y podía ver cómo sus hijos y los de su compañera iban creciendo e independizándose.

La principal actividad a la que dedicaba casi todo su quehacer estaba radicada en la Logia “Verdad”, que reconociendo sus innegables condiciones le eligió como Venerable Maestro por el período 1963-1964.

El Venerable Maestro preside la Logia y es su representante natural. En consecuencia, responde por la vida logial de acuerdo con la Constitución Masónica, la tradición y los antiguos límites.

Esta distinción y los deberes que implica no lograron modificar la serenidad ni el ímpetu laborioso de Armando, que mantenía su actividad con el respeto y aprobación de sus hermanos.

Los años 1964-1966 lo encuentran como ex Venerable Maestro. Al respecto, un distinguido amigo común manifestó al autor de este libro:

“Es un cargo no electivo, corresponde a quien haya desempeñado por un

período completo el cargo de Venerable Maestro, y sus responsabilidades corresponden al asesoramiento del V.M.

”Le correspondió desempeñarse en dos períodos, por reelección del V.M. que le sucedió en ese cargo.

”Cuando asume el cargo de Venerable Maestro pasa a integrar –de acuerdo a la normativa reglamentaria– como Miembro Transitorio de la Asamblea de la Gran Logia de Chile, organismo que es la expresión genuina de la más alta Autoridad de la Francmasonería Simbólica en todo el territorio de la República, a la que pasa a Miembro Permanente después del término de sus funciones a cargo de la Logia.

”Todos los cargos de la Gran Logia de Chile, deben ser servidos por Miembros Permanentes de ella”.

En 1969-1970, pide y es elegido para desempeñarse como Guarda Templo, cargo de mínimo rango dentro de la oficialidad del Taller, dando con ello –una vez más– una muestra de su profunda y sincera modestia interior, como también de su intensa vocación masónica.

El año 1970 fue para Chile un momento de grandes cambios en su historia. Ese año fue elegido Presidente de la República Salvador Allende Gossens, cuyo gobierno de reducidos tres años estaría marcado por un profundo desencuentro entre distintos sectores de la ciudadanía que conducirían finalmente al golpe de Estado de 1973.

En esos tres años tan convulsos, era indispensable contar con instancias de reflexión que pudieran aquietar los espíritus y, consecuentemente, bajar la presión político-social que amenazaba con desbordarse.

Los esfuerzos desarrollados por la Iglesia Católica, por algunas otras confesiones y por la masonería, fueron denodados tratando de conseguir la ansiada paz social, pero finalmente el caos imperante en el país, al que habían contribuido sectores de todo el espectro político y económico, avivados por una prensa mayoritariamente panfletaria, logró que las fuerzas armadas intervinieran con resultados diversos que hasta entrado el siglo XXI son apreciables.

En esas circunstancias, en la masonería se requería que los hombres con responsabilidades más significativas tuvieran serenidad, espíritu de justicia y personalidad muy definida. Armando Ortiz era poseedor de esas cualidades, por lo que fue elegido Miembro del Tribunal de Honor de la Logia por el período 1970-1971.



En 1994, con su bisnieta Catalina Andrea, en el día del bautizo de la pequeña.



1989. En el dorso de la fotografía, Armando escribió: "Una flor de verano que opaca a las más hermosas hortensias".



En 1994, disfrutando en familia.



En 1988, celebrando su cumpleaños.

Y cuando el país se debatía entre marchas y contramarchas, acuciantes reclamos en favor y en contra del gobierno, escasez y acaparamiento, y los ánimos estaban enardecidos, en julio de 1972, Armando Ortiz fue designado Miembro Honorario del Taller, lo que constituye el más alto honor que puede recibir un masón de la masonería simbólica.

Desde 1973 y hasta 1999 fue Miembro del Tribunal de la Logia “Verdad” N° 10, lo que demuestra la solidez del prestigio que le distingue en la masonería y, por cierto, también en muchos otros ambientes.

En el período 1974-1978 fue elegido Miembro del Consejo de la Gran Logia de Chile, durante el mandato del Gran Maestro Horacio González Contesse.

Constituye un gran honor y una seria responsabilidad pertenecer a este cuerpo colegiado de nueve miembros, elegidos por la Asamblea de la Gran Logia de Chile.

A lo largo de todos estos años, Armando jamás ha rehuido las responsabilidades que se le ha pedido asumir, casi siempre con sacrificio de su tiempo y a menudo sin más retribución que el honor de contribuir al bien de Chile, por medio de distintas organizaciones.

En su momento, fue miembro del Directorio de la Universidad Gabriela Mistral y también Presidente de la Agrupación de Scouts de Chile, funciones ambas que coincidían con su preocupación de siempre por tratar de que la juventud sea preparada, sana y activa, para bien de Chile.

El 24 de octubre de 1981, fue objeto de un nuevo reconocimiento por su larga y abnegada trayectoria en la masonería chilena; en efecto, en aquella ocasión, la Asamblea de la Gran Logia de Chile le otorgó la Medalla y Diploma de Honor correspondiente a su ininterrumpida actividad masónica durante los últimos cincuenta años. Es de recordar que en páginas anteriores decíamos que, en 1931, cuando hacía poco había llegado a Santiago desde Tacna, en su juventud como oficial de Ejército, ingresó a la Logia “Verdad” N° 10 que lo albergó por el resto de la vida.

Su ineludible voluntad de servir fue nuevamente puesta a prueba por sus amigos y subalternos de antaño.

Presidía el Centro de ex Cadetes y Oficiales “Águilas Blancas” el ex Comandante en Jefe César Ruiz Danyau cuando fue designado Senador Institucional en virtud a lo dispuesto por la Constitución. Su reemplazo se presentaba como algo

más o menos complejo, pues la personalidad de César Ruiz y su prestigio personal habían dado lustre al organismo. Casi nadie se atrevía a pensar en proponer como sucesor al General Ortiz pues era ya en esa época un hombre de más de ochenta años; sin embargo, no sólo aceptó, sino que fue un brillante presidente del Centro dejando una dura tarea a sus sucesores.

* * *



En octubre de 2002, el General del Aire Armando Ortiz Ramírez acaba de regresar a Santiago, habiendo pasado un período de reposo de algunos días en el encantador oasis de Pica. Respirando a pleno pulmón el aire perfumado a mango y naranja, mientras el sol del desierto dora los días en el silencio pedemontano, sintió que sus ya menguadas fuerzas se revitalizaban y con alegría casi infantil, a los noventa y seis años de edad, dice que está listo para emprender cualquier desafío, y con un ánimo asombroso, agrega que lo único molesto son las rodillas que no lo dejan caminar como antes.

Hace ya algunos años que murió Inés, su esposa, y cuando eso sucedió contrajo matrimonio con su amada Bertita, que también lo dejó. Ahora hay dos mujeres que lo amaron y lo esperan más allá.

Entre tanto, queremos verlo como el joven centauro que galopaba en la pampa tacneña; o el aguilucho que probaba sus alas en El Bosque; como el oficial pun-donoroso que escaló con inteligencia, lealtad y constancia todo el escalafón de su amada Fuerza Aérea, hasta llegar al más alto rango que dejó por oscuras incomprensiones.

Tal vez no importa cómo queremos verlo; lo vemos como un hombre integral, modelo de esos chilenos que saben construir la Patria.

Notas

1. Boletín Oficial del Ejército N° 1.131 del 29 de diciembre de 1926.
2. Aylwin, Mariana. *Chile en el siglo XX*, Ed. Planeta, séptima edición, 1996; pág. 195.
3. Skidmore, Thomas E. y Smith, Peter H. *Historia contemporánea de América Latina*, Ed. Crítica, Barcelona, 2ª Ed. Castellana, 1999; pág. 143.

Impreso en los talleres
digitales de RIL® editores
Teléfono: 2254269
ril@rileditores.com
Santiago de Chile, marzo de 2003.

Carlos Castro Sauritain es autor de varios libros sobre géneros diversos que abarcan narrativa, poesía, política e historia; en este último campo, ha escrito tres biografías de ex Comandantes en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, un libro con la historia del carbón de Lota, un ensayo sobre los orígenes de la nacionalidad chilena, y otro sobre la mujer chilena en la historia. Es autor de numerosos artículos sobre política internacional y ha sido columnista en diversos diarios y revistas.

Durante su permanencia en la Institución aérea alcanzó el grado de Coronel, habiendo desempeñado funciones en diversas guarniciones desde Iquique hasta la Antártica, como también un año en la Escuela de Comando y Estado Mayor de la USAF y tres años como Agregado Aéreo en Francia, todo lo cual le ha dado una particular visión del mundo y de las instituciones humanas, lo que se hace notar en sus diferentes escritos.